

UNAMUNO Y FRANCISCO ANTÓN CASASECA. EPISTOLARIO

Unamuno y Francisco Antón Casaseca. Letters

J. Ignacio TELLECHEA IDÍGORAS (Ed.)

Universidad Pontificia de Salamanca

RESUMEN: La edición de este epistolario tiene dos partes tras una introducción general. En la primera se recogen las cartas de Unamuno dirigiera a Antón Casaseca editadas por éste en 1962 con interesantes glosas personales. En la segunda cincuenta cartas de bella prosa del zamorano Francisco Antón muestran la admiración entusiasta de un joven por el maestro, al que conoció en Salamanca y acompañaba en sus visitas a Zamora. La mayoría son de los años 1905-1911, en que Antón contaba 25-30 años.

Palabras clave: F. Antón Casaseca, Unamuno, correspondencia.

ABSTRACT: Fifty Letters by Francisco Antón in a fine prose show a youth's enthusiastic admiration for the master, who he knew in Salamanca and accompanied when he would visit Antón's native Zamora. Most of them were written during the 1905-1911 period, when Antón was 25-30 years old.

Key words: F. Antón Casaseca, Unamuno, correspondence.

PALABRAS PRELIMINARES

Cada obra tiene su pequeña historia y la de este artículo es sumamente sencilla. Mi ilustre y buen amigo D. Felipe Ruiz Martín, algún día en que comenté con él mis trabajos sobre las cartas a Unamuno, me espetó sinuosamente: —¿No ha encontrado usted cartas de Francisco Antón? Fue muy amigo suyo. Incitado por estas palabras, pronto di con las numerosas cartas de Francisco Antón, las transcribí y anoté y di

cuenta de la faena rematada a mi incitador. Sólo entonces supe que una hija de Francisco Antón fue la esposa de Ruiz Martín, y que las nietas guardaban gran veneración a su abuelo. Una de ellas, María, me proporcionó con entusiasmo algunos escritos de Francisco Antón y sobre todo un extenso artículo suyo, editado en una revista de vida efímera, Orbis Catholicus, ya en la ancianidad. En él daba a conocer numerosas cartas de Unamuno a él dirigidas, sobre todo en los años 1910-1913, aunque el epistolario se inició ya en 1905 y sus últimas muestras pertenecían al año 1923.

A través de ellas se descubre una entrañable amistad entre uno y otro, maestro y discípulo, cuajada sobre todo en las frecuentes charlas peripatéticas de Unamuno y Antón en torno a Zamora o refugiados en un café provinciano, en que el maestro le leía sus cuartillas y disparaba sus bolitas de pan. Las cartas son del mayor interés y en ellas Unamuno se muestra cordialísimo, confidencial, especialmente franco. En charlas y cartas aparece un Unamuno un tanto diverso de los clichés habituales, bondadoso, capaz de hondos afectos, verdaderamente dialogante y no sólo monologante. Pero no menos interesantes son las glosas del propio Antón a tales cartas, llenas de vivos recuerdos y apostillas muy sabrosas, dictadas siempre por la amistad.

Hubiese sido tarea fácil extraer el texto de las cartas unamunianas para intercalarlas con la de Francisco Antón, mas semejante despojo nos privaría de los comentarios sabrosísimos de Antón, novedosos y hasta sorprendentes, dignos de atención acendrada. Es en ellos donde reluce una imagen lejana de Unamuno, el Unamuno de la primera y segunda década del siglo, distante y distinto en la memoria de Francisco Antón de la imagen de Unamuno de los años de la Dictadura y de la República. El distingue cuidadosamente los planos y evoca al Unamuno entrañado que él conoció tan hondamente.

Por ello he optado por respetar en su integridad y sabor su texto como primera parte de este artículo, y añadir en la segunda las cartas de Antón con alguna introducción y notas. Claro que ello me impide atribuirme la autoría plena del artículo. Las cartas son ajenas y buena parte de los comentarios también. Simplemente he transcrito y comentado las cartas de Francisco Antón, conjuntado las dos partes y editado el conjunto. En Italia se diría que es una edición «a cura di J. Ignacio Tellechea Idígoras».

¿Diremos en español que es una edición cuidada por quien esto suscribe? Me conformo con ello, seguro de aportar unas páginas esclarecedoras sobre el vasco salmantinizado y sobre el castellano unamunizado. Todo ello lo dedico a D. Felipe Ruiz Martín y a su simpática hija María.

I
UNAMUNO A FRANCISCO ANTÓN*

Probablemente, no añadirán nada nuevo a la personalidad espiritual, literaria y política de Unamuno los textos suyos que voy a publicar, y aún menos las aclaraciones y comentarios míos que forzosamente han de acompañarlos. Insisto en que «forzosamente» porque, si no lo juzgase así, me guardaría muy bien de añadirles ni una sola tilde.

Se trata de una correspondencia entre el maestro y yo, que comenzó hacia 1904 y que duró hasta 1923, pero con interrupciones y lagunas notables, incluso de años enteros, y ello motivado por causas de diversa índole por silencios muy justificados de ambos corresponsales. Lo más asiduo de esta comunicación epistolar corrió desde 1905 a 1913, y, aun siendo muy frecuente, se entreveraba con mutuas visitas, de ciudad a ciudad, casi siempre de Don Miguel a Zamora, donde yo vivía, y a donde Don Miguel llegaba a veces semanalmente, con los bolsillos llenos de cuartillas y de migajas de pan blanco. Se anudaba entonces el hilo pendiente de la última carta o de la charla anterior o comenzaba la lectura de algo nuevo, en no pocas ocasiones rehecho y en muchas continuación y secuencia de lo que, estuvo en el telar. Yo escuchaba las lecturas, pero no me callaba, ni me mordía la lengua, para opinar libremente sobre lo dicho y recitado por Don Miguel, que a menudo me incitaba a ello, y él, que pasaba por orgulloso y engreído, deponía sus humos atendía cuidadoso a las petulancias de su interlocutor y hasta las aprovechaba. Esto no sólo de palabra y en polémica oral, sino declarado francamente en sus cartas. Aceptaba el criterio ajeno y lo emparejaba con el suyo después, en artículos de revista y en algún prólogo de sus obras.

Era, pues, Unamuno, hombre bondadoso y capaz de afectos muy hondos, aunque se fingía duro y hostil a todo y a todos: parecía defender y disfrazar así su debilidad. Yo sé que nuestra amistad fue siempre cordialísima, con el natural predominio de los años y del prestigio de Don Miguel.

Así conocí yo, en cuartillas, una parte muy considerable de su obra, y puedo asegurar que no poco de ella nació en aquellas charlas peripatéticas en torno a Zamora y a la vista de su importante silueta reflejada en el Duero.

Pero también a cielo abierto, cuando helaba o llovía. Refugiados en el solitario café provinciano, seguía la lectura de las cuartillas o de los sonetos más recientes, y, de pronto, se interrumpía Don Miguel: había descubierto una partida de dominó en cualquier mesa cercana. Para él, los cuatro aburridos señores que golpeaban el mármol eran interesantes y más atendibles que la lectura. Los fijaba con sus ojos

* Publicado en *Orbis Catholicus* 6 (1963) 173-226, por F. Antón con el título «Unamuno a través de un epistolario inédito».

de miope, sin gafas: arrancaba del bolsillo un trozo de miga; amasaba una bolita y con el pulgar y en el medio de la diestra, menuda catapulta, lanzaba el proyectil a la cabeza del preferido: el blanco era seguro, no fallaba nunca. Y la estupefacción del «blanco» segura también. Vuelve rápidamente la cabeza y nos encuentra a don Miguel leyendo con su voz atiplada y a mí escuchando absorto: luego, los autores no podemos ser nosotros. Además Unamuno es conocidísimo en Zamora... Bien. Pues el caso se repite en cuanto hay posibilidades de acierto...y de impunidad. A falta de cogotes humanos para recibir el proyectil, había pájaros, o perros, o, sencillamente, el aire ingrávito: la cosa era disparar bolitas de pan, pero principalmente contra cualquier prójimo embobado.

Cuando leía Don Miguel, como muy miope, se quitaba las gafas, fortísimas, y entonces variaba sensiblemente su fisonomía conocida y vulgarizada: los ojos tornábansele menudos e inquisitivos, y guiñados. Perdía personalidad.

Otro asunto: los chalecos cerrados, que le llegaron a ser consustanciales de su presencia física. Yo le propuse un día la cuestión de tal indumento y me replicó muy serio que buscaba con él tan sólo fastidiar a los sastres, por habernos impuesto los chalecos abiertos, tan fáciles de cortar y asentar: «Que esos alfayates aprendan y corten prendas cerradas con peto y alzacuello como las sotanas: ya verán lo que es bueno». Es decir: que el chaleco de Don Miguel tenía un fin correctivo y educador. Andando el tiempo, benévolamente, hizo algunas concesiones a los sastres y les toleró la supresión de la tirilla del alzacuello y el peto atacado a la diestra, para dejar la prenda abierta y abotonada al frente, como la de todo el mundo, aunque a lo alto cortada en redondo, y ya no como al comienzo, cuando los chalecos de Unamuno eran bastante parejos a la casaca de un guardia civil o de ordenanza cuartelero. Después... hasta suprimió el chaleco algún verano; hasta corbatas flotantes le vi aquel año en Francia, cuando me parece que iba flechando rigideces, de acuerdo con cierto aforismo suyo de una patente originalidad: Hay que ser rígido y antipático hasta los sesenta años; después, lo contrario. Por esa época, creo que llegó a reconciliarse con el vascuence. Y tuve esta señal. En la cocina labradora de un pueblo pirenaico, ante unos vasos de sidra, se lanzó a conversar animadamente con el casero en su idioma nativo, con extraordinaria facundia y calor cordial. Ello me sorprendió bastante y tenía yo hartos motivos para sorprenderme, después de haberle escuchado no pocas apreciaciones y diatribas filologicoprácticas sobre aquella lengua, a la que él consideraba pura y tan sólo útil gracias a los copiosos injertos neolatinos en frase a cada dos palabras vernáculas... Aquel día que digo. Don Miguel pareció no reparar mucho en cuestiones filológicas y charló fluidamente en vascongado, aprovechado tal vez lo práctico de éste para entenderse con los caseros de Urruña. Tal concesión era cosa insólita pocos años antes, cuando acontecieron sucesos públicos que están en la memoria de todos y que pudieron costarle la vida al conferenciante demasiado franco y al filólogo demasiado estricto para masas incultas y apasionadas. Ni tampoco cuando, ante una etimología «Descubierta» por Cejador y apuntada por mí, se desató Don Miguel, indignado, en improprios contra los etimologistas en general y contra alguno en

particular, maniáticos, cuando no ignorantes e irresponsables. La etimología de Cejador, no hay que decirlo, era vasca.

Volviendo a los chalecos clericales, alguien ha visto en Don Miguel así vestido, como la imagen o la imitación de un pastor anglicano, y a ello le ha sacado punta. Me parece, sin embargo, que todo esto no pasa de las apariencias, pues del mismo modo visten también los sacerdotes católicos, incluso obispos y cardenales, en los países protestantes. De todos modos, algo sacaremos en limpio relejendo la conferencias epistolares de mi ilustre amigo, y en ellas advertiremos bastante de lo que conturbaba el ánimo del hombre mortal, del escritor e incluso del ciudadano.

Porque la amistad nuestra, por afectuosa y constante, autorizaba la comunicación de los temas más diversos y, muy a menudo, tocaba cosas familiares. Pero todo esto he de suprimirlo en publicación del modesto epistolario que seguirá, dejando tan sólo aquello que ofrezca interés para el conocimiento de nuestro pensador y pueda ayudar al estudio de personalidad tan notoria, y completar, si es posible, su biografía. De las cartas conservadas por mí, aprovecharé las que van de 1905 a 1908, pues, sobre ser las comunicadas con más frecuencia, corresponden a un período que se me antoja crítico en la vida del escritor; algo como años de formación, de fermento y, por qué no decirlo, de titubeos, dudas, desfallecimientos y relaciones contradictorias. El mismo me lo dice en una carta de 1913: ...*Yo lo más y lo mejor he hecho después de pasar los 40 años...* Pues bien, en 1905 tiene Don Miguel 35. Desde los 30 a los 40 ha sido la etapa angustiosa de confianzas y desconfianzas: de ascensión, en fin cuesta arriba. Y a esos momentos corresponden la mayor parte de las cartas que integran esta colección mía, la mínima, digo, conservada de las que formaron el importante correo unamunESCO a mi consignano. Otras muchas, acaso las más, desgraciadamente perdidas.

El que oyó y comentó lecturas y publicaciones de Unamuno fue también su contradictor a veces, hace ya tantos años... Hoy lo sería con más fundamento y lejos de aquella alucinante personalidad, aunque dudo que su influencia fuera jamás eficaz y proselitante, ya que él mismo ansiaba ser prosélito, perdido en un mar de angustias y en busca de la luz de la fe, cuando la había hallado hacía mucho tiempo en su guía y lecturas permanentes: el Evangelio. Una contradicción más de Unamuno.

No fue ésta la única, pues vivió en contradicciones y de contradicciones. Por lo demás, él mismo confiesa el supremo hallazgo, cuando dice: Señor, te busco porque te he hallado. Y es cierto: cuando se busca de verdad a Dios es que se le ha encontrado ya; es que está en nosotros: Jamás se oculta. Lo que pide es que se busque con humildad: resiste a los soberbios. ¿No sería éste el caso de Unamuno?

Me he salido de mi papel, que será tan sólo el de ilustrador, cuando las cartas o algo de ellas pidan aclaraciones, y también el de impugnador, cuando en cualquier punto lo exija la defensa de nuestra fe.

EL EPISTOLARIO

Cartas y glosas

Me ha parecido muy oportuno comenzar la transcripción de las cartas de Don Miguel por una fechada en 8 de mayo de 1905, porque ella nos coloca de pronto dentro de un momento capital para la vida y para la lucha del autor. Este momento habría de prolongarse indefinidamente, pues siempre le escoció en el alma la postración de un pueblo y la petulancia de una minoría selecta (?), audaz, ramplona y miserable. Encumbrada sobre los más y tal vez sobre los mejores.

El rector de la Universidad de Salamanca, 8-5-1905

Sr. D. Francisco Antón.

Mi querido amigo:

De vuelta de una quincena pasada en Madrid me encuentro con su carta, que llegó acá el mismo día que yo a la corte. Para ahora supongo mi Quijote en su poder y si no, dígamelo para que haga de modo que llegue a sus manos. Y si su lectura le sugiere algo y quiere decírselo al público, se lo agradeceré. El libro va abriéndose poco a poco camino, gracias al entusiasmo que ha logrado inspirar en algunos jóvenes, y rompiendo la hostilidad más o menos silenciosa de la mazorca de espíritus viejos que forman cotarro en Madrid. Entre los que tienen una firma más o menos cotizabile y una rutina de pensar, ha caído mal —ejemplo, Cavia—. Pero soy hombre lleno de fe en mí mismo y en mi porvenir.

Tan verdad es sólo lo que usted dice del impenetrable cotarro madrileño, que pienso meterme con él y decir unas cuantas desvergüenzas a esos señores aprovechando La República de las letras, donde tendré franca entrada.

La más túpida y mezquina cobardía tiene agarrotados los espíritus y los que forman el cotarro rotativo; aquello es una muerte. En este viaje he visto y medido todo el horror de la ramplonería periodística y todo el anbelo con que luchan unos cuantos jóvenes, a los que me temo ver desalentados pronto. Y al ver cómo me recibieron y cómo sus muestras de simpatía han excitado la hostilidad hacia mí de los otros, de los que forman la trama, he comprendido cuál es mi Quijote.

Cualquier domingo de éstos, me tiene por ahí.

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

Antes de esa carta me había enviado el libro *Vida de Don Quijote y Sancho*, respondiéndome a mi extrañeza por no verlo en las librerías.

Y me lo envió, digo, con nota que transcribo:

Abí va el libro amigo Antón, que por lo que me dice veo no ha llegado a Zamora. No me extraña: Libreros y periodistas parecen conjurados con él.

Si le sugiere algo y quiere decirlo en alguna parte, se lo agradecerá mi Quijote. y todo lo que sea hacer que circule. El público parece no haberse enterado de esta su carta, su cuarta salida y resurrección. En fin, le agradeceré todo menos que preste el ejemplar a ningún gorrista.

Por lo que hace a si quiere cantar verdades en la prensa, cuente conmigo.

Y basta la vista.

Suyo,

Unamuno

Escribí el artículo que me pedía Don Miguel. Hoy hubiera sido totalmente distinto de cómo fue y de él me arrepiento bastante por muchas razones, incluso por las de pura lógica y buen sentido. Pero, en fin, véase lo que me dice Unamuno, pocos días después de enviarle mi fermentado engendro:

Salamanca, 19-6-1905

Señor D. Francisco Antón.

Mi querido amigo:

Gracias mil por su artículo, que está ya hace unos días en poder de González Blanco, uno de los del comité de redacción de La Rep. de las letras. Veremos si nos lo publican. En el Heraldo han ido al cesto tres artículos sobre mi libro, uno de Pinilla, otro de Ricardo Royo Villanova y otro de Eloy Luis André. Me están queriendo hacer pagar las verdades que les dije en el banquete de los viveros. Además se me figura que mi libro, ha causado, más que otra cosa extrañeza en el cotarro literario madrileño, vivero de ramplonería, donde se dicen: «Y esto ¿qué es?, ¿Cómo se clasifica? Este hombre está evidentemente loco».

En cambio, en Barcelona, Marquina le ha dedicado tres hermosos artículos, disintiendo, pero como escritos con calurosa simpatía, le he contestado. Así como pienso contestar al final del de usted, a aquello de si no habría sido mejor que D. Miguel se hubiera casado con Aldonza, etc., etc.

Pero ahora estoy atravesando un vendaval de asco y de tedio. Volví a Madrid rebosándolos y se me han acrecentado.

No intente usted poner aquí alma en nada. Lo mejor de las filosofías archiramplonas y ultra-vulgares de los personajes de Blasco Ibáñez o las cursis superficialidades científicas de los inevitables ingenieros de Galdós. Nuestro pueblo rechaza por igual lo bondo y lo fino; sólo quiere lo superficial y lo tosco.

Pero como todo esto es mejor para hablado, a ver si voy a verle pronto.

Sabe cuán su amigo es y cuán agradecido le está

Miguel de Unamuno

No abandona a Don Miguel la obsesión de su «aventura» quijotesca y parece difícil también abandonarlo en sus soledades; pero el comentario se hace igualmente, y por fuerza, amargo.

Así en esa carta segunda, escribió Unamuno lo que se ha visto, refiriéndose a lo que habría pensado el «cotarro» madrileño de «su» *Quijote*: «Y esto. ¿qué es?, ¿cómo se clasifica?... Este hombre está evidentemente loco».

Sorprende bastante el afán de buscar aplausos y aprobaciones de un jurado que Unamuno desprecia, y mucho más para una obra que él tiene por la mejor de las suyas. Contradicción y vacilaciones. Y eso cuando afirma reiteradamente su fe en sí mismo y su seguridad de paso en la senda escabrosa y empinada. Pues, sin embargo, se regocija luego porque Marquina en Barcelona dedicaba al libro dichoso «tres hermosos artículos...» Pocos son los supervivientes de entonces que lo recuerden, y, de los recientes, menos los que han oído hablar de Marquina. Don Miguel, que se tenía por buen medidor de estaturas, se achicó en ésa y en otras ocasiones más de la cuenta.

Ya se vera cómo consideraba respetablemente a cualquier pedantuelo de la institución (¡), incapaz de alcanzarle aquel tobillo ni aun poniéndose de puntillas.

En fin, cuando formula esa pregunta que comento, ¿no se la propondría, con escalofrío y espanto, a sí mismo, en lo subconsciente, para despertar inquieto y angustiado? No sé, pero a veces lo parece. Extraño hombre, y más observando de qué manera reacciona en la siguiente carta, para ir saliendo a flote de la obsesión casi persecutoria que le domina durante mucho tiempo.

Salamanca, 5-7-1905

Sr. D. Francisco Antón.

Mi querido amigo:

Por casualidad tenía dos ejemplares del último número de La República de las Letras y hoy le envío uno. Allí verá su dirección, si es que quiere conocer los

restantes. En ellos he publicado tres artículos, uno titulado Caponería espiritual, que es acaso lo más recio y áspero que he hecho.

Si a usted le agrada el semanario y quiere colaborar en él, mándeme a mí lo que sea. Que yo lo haré llegar a González Blanco. Pero yo le recomiendo que haga algo franco, sincero, rudo si es preciso. Quiero que las cosas que yo envíe se aparten del tono de preciosismo modernista que priva entre ciertos jóvenes.

Voy reponiéndome de asco y tedio que de Madrid traje. A fines de mes, hacia el 28, saldré para Bilbao, mi pueblo, donde he de pasar el mes de agosto.

Luego me pondré a trabajar mi próximo libro. Escuela e Instituto, que son recuerdos de mi infancia y primera juventud. Lo hago sobre la base de catorce artículos que publiqué hace trece años en Bilbao.

Y luego otra cosa, y otra luego. No pienso cejar: ni el poco resultado que hasta ahora he obtenido con mi Vida de D. Quijote ha de arredrarme. Soy vizcaíno: es decir, terco.

Y ahora voy aprendiendo tranquilas administrativas. Mientras Fe no me lleva vendidos sino 350 ejemplares, yo por mí mismo, escribiendo acá y allá he colocado otros tantos. Y espero hacer mi negocio en América directamente.

Si usted lee el Nuevo Mundo verá dos artículos que he enviado a él sobre eso de que sean los literatos los que se arroguen el dictado de intelectuales. Vendrá el primero en el próximo número.

A ver si voy un día a verle.

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

En esta carta sigue Unamuno preocupado y asqueado, y bien se advierte que lo que le revuelve lo poco de su asco es el vacío y la incomprensión con que han recibido «los del cotarro» el libro que Unamuno llama un poco fanfarronamente «su» *Quijote*.

Los latigazos menudean aquí, como se ve, y tras Cavia en la carta anterior. Los aguantan después Galdós, Blasco Ibáñez y el *Pueblo* en general. Y no sin razón, porque pocas veces estuvo España más postrada, soñolienta e indiferente como en esos años que siguieron al desdichado 1898.

Por estas cartas se columbra bien la obsesión que absorbe a Unamuno: «su» *Quijote* y su verbo «Quijotizar».

No caben aquí consideraciones de índole crítica sobre la *Vida de Don Quijote*..., y no me abstengo de ellas. Es Unamuno quien habla. Pero podría esbozarse ahora un juicio libre sobre el *Quijote* unamunescos, que si no concepción original, sorprende, parece discutible como obra literaria. Tal vez su más alto valor

esté en que el libro es un espejo fiel del estado de ánimo del autor de esa época indecisa.

Y no sé si apuntar por mí cuenta que, a él y a otros creo se les escapó alguna circunstancia curiosa y tal vez digna de reflexión bastante seria.

En esa obra hace gala Unamuno, con frecuencia, de cierto humorismo sarcástico antirreligioso, y estampa alguna frase que parece soplada por Voltaire.

Por ejemplo, ésta: A los católicos no les basta con creer en Dios: necesitan tragárselo. Ya está observado que la intención es francamente blasfematoria. Pero la frase se volvió contra el autor, y en lugar de sarcasmo irreverente y sacrilegio resultó el dicho la afirmación de un dogma, y precisamente el más excelso: la «necesidad» de la eucaristía.

En efecto, los católicos «Necesitamos tragarnos a Dios». San Pablo fue aún más crudo de expresión: dijo «Devorar», o sea comer con ansia. Y el mismo Cristo desiderio desideravi: «deseos deseé comer esta pascua antes de mi pasión» (Lc 22, 15). «Necesidad», exactamente. Esto es lo que debe sentir un cristiano ante el cuerpo de Cristo que se le ofrece.

Pues véase: «Mientras comían, Jesús tomó el pan, y lo bendijo, lo partió y lo dio a los discípulos, diciendo: Tomad y comed: esto es el cuerpo mío...». «Y tomando el cáliz, dio a ellos diciendo: Bebed de él todos, porque ésta es la sangre mía, la cual se derramará sobre muchos para el perdón de los pecados» (Mt. 26,26-28) Preciso será repetir algunas palabras de éstas. Así «Tomad y comed» en imperativo absoluto. Y «bebed de él todos». En imperativo y con carácter de mandato universal.

Ahora en Marcos (14, 22-24). Su versión es casi idéntica a la de San Mateo, siempre imperante y siempre para «todos». En San Lucas (22, 19-20), Cristo ordena también, como se ha visto, y añade: «Haced esto en memoria mía». Y el cuerpo y la sangre se dan, dice, «a vosotros, para vosotros». Es decir, para todos.

En San Juan, todo el discurso de la sinagoga de Cafarnaúm sobre el pan de vida y la eucaristía es concluyente. Dice Jesús: «El pan que yo os daré es mi misma carne para el mundo» los oyentes murmuran: «¿Cómo puede éste darnos su carne a comer?» Y Jesús replica: «En verdad os digo: si no coméis la carne del hijo del hombre, no tenéis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna, y yo lo resucitaré el último día. Porque mi carne es verdaderamente una comida y mi sangre una bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él...» «el que come vivirá por mí...» (Ioh 6, 53-58)

Aquí ya no sólo se advierte la «necesidad» de «comer» la carne de Cristo (eucaristía), si no que nos anuncia el premio de comerla y el castigo de no comerla. De donde la «necesidad» insoslayable de comer, de «tragar» el pan eucarístico, que es el propio Cristo.

San Pablo (I Cor. II 23-29) describe la institución eucarística con palabras, como recibidas del Señor, parecidas a las de San Lucas, repitiendo: «Haced esto en

memoria mía», y añade: «Así pues quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, es reo del cuerpo y sangre del Señor. Examínese el hombre a sí mismo antes de comer el pan y beber el cáliz, pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo y la sangre del Señor, come y bebe la propia condenación».

Por consiguiente, no sólo por necesidad, si no también por obediencia, los católicos debemos «comer» el cuerpo de Cristo, quien nos lo manda, lo ordena taxativamente. Y no tengamos miedo en decir «comer» y «tragar», ya que así dicen el propio Jesús y sus evangelistas. San Pablo es aún más rudo y expresivo. Aceptamos sin reparo ni timidez la expresión de Unamuno y afirmémosnos en ella, repitiendo que, en efecto, a los católicos no nos basta creer en Dios: necesitamos tragárnoslo, como Él mismo nos lo manda.

Como se ve, Unamuno, queriendo ser diabólico, asevera una verdad dogmática, y de las más eminentes de nuestra fe.

Es curioso que Unamuno conocedor como nadie del nuevo testamento, su lectura y meditación constante, no cayó, como digo, en que, pretendiendo lanzar un sacrilegio, afirmó rotunda y crudamente evangélico. San Pablo, enérgico impetuoso y reverente. Unamuno, impetuoso e irreverente, en la intención torcida, pero, a su pesar, catequista. Así hace Dios las cosas.

Por lo demás, Unamuno no era nada amigo de desperdiciar el ingenio en frases volterianas. Creo, por el contrario, que despreciaba profundamente a Voltaire y a sus payasadas tan francesas.

Dice la carta comentada: Me están queriendo hacer pagar las verdades que dije en el banquete de Los Viveros, y ya que serán bien pocas la personas que conozcan lo que fue «aquello» he creído conveniente recordar el episodio, que refleja exactamente cómo era Unamuno en esos días amargos de su fracaso momentáneo.

Un viejo amigo mío, hoy general insigne, lo refiere así en nota que me envía y que copio a la letra:

Quando tú y yo frecuentábamos el Ateneo de Madrid, hubo un escándalo público, de cuyo detalle no me acuerdo, pero del que se apoderó la prensa, con tal motivo se exacerbaron los ánimos y hubo alguna manifestación pública contra la prensa, a tal extremo que ésta creyó oportuno una acción reivindicatoria, y para ello organiza un banquete popular en Los Viveros y encargan a Don Miguel que pronuncie una alocución. A mí se me ocurrió ir, y en la hora del discurso se levanta Don Miguel y encomia las condiciones de la prensa, defensora de la verdad, independencia, etc. Y, como colofón dice éstas o parecidas palabras, en lo que yo recuerdo: Estas son las condiciones de la buena prensa, pero no la de Madrid, que se vende al mejor postor... y así por el estilo. No pudo acabar; primero le tiraron un panecillo, luego un plato y con gran escándalo salió protegido por la fuerza pública.

«A los pocos días reaparece en el Ateneo don Miguel con la cabeza vendada y allí vuelve a despotricar contra la prensa...».

Y esto fue «lo del banquete de Los Viveros» y sus consecuencias.

Por lo que hace al «Preciosismo modernista que priva entre ciertos jóvenes». No era ello entre «ciertos», sino entre casi todos, ganados por un ambiente cursi, blando y de pésimo gusto que envenenó durante bastantes años a toda la literatura euro-americana.

Unamuno se defendió bien de esa infección, pero debe advertirse que ya no era «joven», es decir, había pasado felizmente el sarampión literario que va de la pubertad a la treintena.

Traída a cuento la «caponería» espiritual de la carta, no recuerdo el artículo así encabezado, hoy seguramente recogido en las *Obras completas* de Unamuno, pero a distancia se acredita la justicia del ramalazo, porque hoy aún nos abochorna a los viejos aquel tiempo miserable. Aquella castración del espíritu trajo consecuencias terribles, tan dolorosas y duraderas, que persisten y se aprecian, tal vez, en las generaciones actuales.

Va Don Miguel reponiéndose —dice— del asco madrileño, aunque no se olvida de su libro, pero ahora es para lamentarse del poco resultado económico de la edición. La confesión resulta tremenda.

Como ya anticipé, Unamuno consideraba a «su» *Quijote* como la mejor de sus obras; al año casi de publicado, le había vendido Fernando Fe 350 ejemplares, y el propio Unamuno, «escribiendo acá y allá», había colocado otros tantos ... Bien se sabe que mucho de ese «acá y allá» son amigos que compran por compromiso, y muchos con la intención de no cortar las hojas del libro ... A eso lo llamaba el bueno de Don Miguel ir aprendiendo tranquilas administrativas ...

Realmente, había para desesperar. Esto ocurría poco después de las lamentaciones de Don Juan Valera, tan repetidas y comentadas. A Don Miguel no le hubiera dado «su» *Quijote* ni para comprar un abrigo de verano ...

El libro en preparación, *Escuela e Instituto*, que aquí menciona Don Miguel es el que luego se llamó *Recuerdos de niñez y mocedad*. Por cierto que el título parece sugerido por el mismo que puso Víctor Hugo a su obra análoga, bien divulgada.

Salamanca, 29-3-1906

Sr. D. Francisco Antón

Mi querido amigo:

Pasa a ver esa linda ciudad mi amigo el profesor norteamericano D. Alberto Bushnell Johnson, y quiero que sea usted quien se la muestre. Nadie mejor.

¿Qué es de usted?

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

Transcribo esta carta, aun careciendo de interés, para muestra de tantas idénticas con las que me enviaba ejemplares así de turistas y estudiosos extranjeros recalados en Salamanca y luego derivados hacia Zamora, que siempre les causaba un efecto sorprendente y alucinante, curiosísimo; algo como un revulsivo o como remecedor de ideas preconcebidas y reposadas...

Es posible que Unamuno buscara, con intención, estos choques, que tanto le divertían. A esta carta siguió bien pronto, por contraste, la que va a continuación:

El rector ..., Salamanca, 6-4-1906

Sr. D. Francisco Antón.

Mi querido amigo:

Su carta me coge en días de tribulaciones e inquietudes de ánimo, y no sé ni cómo irá ésta. Y hablaremos de usted.

No me sorprende lo que pasó en El Liberal, aunque no sé a qué atribuirlo. Tal vez no sea a su presencia allí y a haberle conocido.

Cada día siento más repugnancia hacia la «gran» prensa diaria, su espíritu de raquitismo y sus miserucas. Y me refugio en las revistas, donde hay más libertad, y donde si el público es, al parecer, menor, es más escogido...

Es lo único que se lee algo fuera de España ... y para hacerse un nombre antes de dar un libro es mejor que la prensa diaria, aunque todo va mal al respecto.

Y no se desanime. O sí, desánimese, pero para volver a recobrar ánimo. Así se camina, cayendo y levantándose, y nadie llega a creer en sí mismo sin haber dudado mucho de sí.

No, no conozco el Tristán de Palacio Valdés, y por lo que de él me dicen, tengo pocas ganas de conocerlo.

De lo que pasó en la Zarzuela hablaremos cuando vaya yo a ésa, que pienso ir pronto. Aquello goteará mucho tiempo. Me llevaron a que hiciera una cosa, un «acto», algo para un efecto inmediato y político y yo hice otra cosa, algo para un efecto más duradero. Dije lo que me había propuesto decir y no lo que querían que dijese, y estoy de ello satisfecho. Y el público lo recibió muy de otro modo que la prensa.

Sí, ponga usted alma en cuanto escriba, póngala entera aunque sea hasta quedarse sin ella, que ya la recobrará centuplicada. Yo la estoy sembrando a jirones, a pedazos sangrientos, por todas partes, en mis ensayos de La España Moderna, y sé que la recobraré.

«El que quiera salvar su alma la perderá», dice el Evangelio. Hay dos virtudes madres: la sinceridad y la generosidad, y dos vicios (tachado: padres) madres: la hipocresía y la avaricia espiritual.

Y luego la lucha, la tremenda lucha con el destino, con el misterio del tiempo. Casi todos hemos nacido o demasiado pronto o demasiado tarde; casi nadie a su tiempo. Y esto lo digo a usted sangrándome el corazón. Y le remito a mi ensayo El secreto de la vida que me publicará La España Moderna.

Escriba usted. ¿Sobre qué? Sobre lo que el secreto de su vida le dicte, pero dejándolo secreto. Sàngrese el corazón.

Y no prosigo, porque temo caer en incongruencias. Perdónemelo.

Nos hemos de ver. Está seguro de que le quiere su amigo,

Miguel de Unamuno

Todo el Unamuno de aquellos días está aquí, inquieto, contradictorio y, él lo dice: incongruente e inseguro, lleno de ansiedad ante el misterio, cuando lo tiene iluminado por el Evangelio: contradictorio. Y los temas de la carta, barajados en saltos imprevistos, según surge la improvisación y le viene a la mente: lo hondo y lo superficial; lo muy serio y lo muy liviano; la preocupación del momento y aquella otra suya permanente y angustiosa. En fin, más Unamuno que nunca. Y tal vez esto, por ser lo que escribe una carta de amigo para amigo y no un artículo de revista ni un ensayo, donde no acostumbra a confesarse la gente de letras, sino a disimular bastante, y también a representar un poco de teatro.

Salamanca, 26-7-1906

Sr. D. Francisco Antón

Mi muy querido amigo:

De prisa y corriendo le pongo cuatro letras antes de que el correo de esta noche salga, esperando reciba ésta algún tiempo antes de que llegue a ésa mi excelente amigo Luis de Zulueta, que sale mañana en el tren del mediodía ... Siento no poder acompañarle, pero pronto he de ir y hablaremos.

En tanto, mándeme su artículo sobre esa iglesia gótica de la hoz del Esla. Léaselo a Zulueta.

Éste merece todo. Verá usted un joven culto y entusiasta. Es catalán y publicista.

Como ha estado aquí cerca de dos meses conmigo, él le dirá de mí.

Cuando vaya a verle llevaré mis poesías. El correo va a salir.

Un abrazo de

Miguel de Unamuno

La brevedad y el poco interés de la carta justificaría su omisión, pero sobre ella me conviene apuntar algunas indicaciones que servirán igualmente para apostillar otras análogas. Porque Don Miguel me enviaba con frecuencia emisarios de este carácter ambulatorio, precedidos de grandes elogios, que luego resultaban excesivos para los débiles hombros de sus portadores. Llegaban a Zamora con humos científicos, productos del rescoldo, de la Institución Libre de Enseñanza, y, si bien no decían más que sandeces y «coladuras» sobre la historia y el arte de Zamora, en cambio, se admiraban de los muchos curas y militares que veían por las calles del insigne poblado, y comentaban la presencia de ellos con la misma agudeza rufianesca que lo hacían entonces «El Motín» o «Las Dominicales». En suma: eso era lo que venían a sacar de Zamora: la flor, la nata y la espuma que rebosaba aquella catarata de pedantería y de mala fe conocida antonomásticamente por la «Institución» y a su timonel por «Don Paco». Parece, y lo era, todo ello una cosa grotesca, y lo inconcebible es que los hombres como Unamuno ignorasen la realidad de la tal, o cerrasen los ojos ante ella, o cedieran a conveniencias de momento. De aquellos polvos vinieron muchos lodos; no habrá olvidado la justicia inmanente a los que levantaron la polvareda.

Hay en la carta copiada una alusión a cierto escrito mío «sobre esa iglesia gótica (*sic*) de la hoz del Esla». Y ello como consecuencia de una excursión que hicimos por junio o julio del mismo año, para pasar el día junto al templo venerable de San Pedro de la Nave, reposando a la vez en aquel recóndito e indescriptible lugar, vera del Esla y su barca, y ante el airoso puente de Ricobayo, doble como un acueducto.

Aquello, con categoría y prestigio de ayuntamiento, carecía de vecinos, desde siempre desierto: la iglesia, la casa parroquial con su huerta y la casa del barquero. Esto para los vivos; para los muertos, un cementerio de peñascos y retamas. Mas no para los muertos del propio municipio deshabitado, sino para los de allende el río. De manera que los pasaban en barca, conducidos muchas veces por la hija del barquero, moza briosa que manejaba la pértiga lindamente tras el ataúd, cuando el muerto era de posibles, o tras unas breves parihuelas descoyuntadas las más de las veces.

Pues el día que llegamos allí con Unamuno, la moza que digo estaba trillando, de pie en el tablero, arrastrado por dos vaquitas de juguete, y a media hora por vuelta de una parvita como rueda de esparto: «Centeno», dije; y, mirando a la faena, Unamuno comentó sonriendo: «Esto es más viejo que la iglesia». «Esto» era la trilla sobre una tabla erizada de pedernales. Y así, de pronto, nos vimos sumergidos en la edad de la piedra tallada. La iglesia, pobre de ella, no tenía más que trece siglos de vida...

Ya es sabido de qué se trata: San Pedro de la Nave, la joya visigoda que Don Miguel, de intento, llamaba gótica, y no sin razón, después de todo. A la vez nos llevaba la contraria a los puristas, ejerciendo lo que para él era deber de carácter general. Lo que Unamuno entonces no vio, y yo sí, más adelante, fue al cura párroco agarrando la mancera, arando su huerta con las mismas vaquitas aquellas o con otras iguales. Y con dejarnos ver aquella escena evangélica nos hizo Dios un gran favor.

Todo ello ha desaparecido. La «nava» entera está bajo las aguas de una presa colosal y han aupado a la iglesia hasta plantarla sobre una eminencia cercana, en un pueblo, donde es forastera. Ya no tiene sentido apellidarla «de la Nave», porque lo era, correctamente dicho, de la «nava», que es tanto como valle hondo entre escarpes: una hoz, como escribe en su carta justamente Unamuno.

De la excursión comentada no creo que reste más recuerdo; ni figura entre las referidas por Don Miguel en sus relatos de viajes. Por eso no me pesa haberla traído a cuento, con más extensión y hartas digresiones de las debidas.

No le bastó a Don Miguel con la carta anterior, y al día siguiente de ella me manda otra por mano del anunciado viajero, para presentación de él, así:

Salamanca, 27-7-1906

*Sr. D. Francisco Antón.
Querido amigo:*

Hasta que llegue el día —que será pronto— en que vaya a verle —y antes he de escribirle largo— abí va, como heraldo, mi buen amigo D. Luis Zulueta que ha pasado aquí cerca de dos meses. Acompáñele y enséñele eso, que mi recuerdo les una y que ustedes se hagan buenos amigos. Y que él saque una impresión grata de esa hermosa Zamora.

Sabe le quiere su amigo,

Miguel de Unamuno

No recuerdo ya la impresión que sacaría de Zamora aquel señor. La de él en mí, creo recordarla mejor.

Otra carta breve:

Salamanca, 8-9-1906

*Sr. D. Francisco Antón
Mi querido amigo:*

Estoy pensando huir de aquí los días de ferias y corridas, que son 11, 12 y 13 e irme a ésa. Dígame si estará abí. Si así lo decido, le avisaré con tiempo. De salir, saldré el martes 11, a las 11,50, para llegar a ésa a las tres de la tarde.

Llevaré algo que enseñarle.

Hasta pronto ... tengo prisa.

Sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

De vuelta de Cataluña, me decía lo siguiente en carta que, pese a su brevedad, es muy elocuente como impresión viva y sin retoques:

Salamanca, 2-9-1906

Sr. D. Francisco Antón.

Mi muy querido amigo:

He estado una temporada en Barcelona. De lo que allí he visto y oído le hablaré cuando vuelva por ahí, que espero sea pronto.

Barcelona, especie de arrabal de Tarascón, no me acaba de convencer; con haber muchas nueces, es mucho más el ruido. Todas sus buenas cualidades las estropean con una petulancia jactanciosa y un ensimismamiento agresivo. No tienen la menor idea del resto de España. Ahora les diré unas cuantas verdades. Y, si a mí no me ha acabado de convencer aquello, yo no les he convencido más que como poeta. Mi verdadero triunfo fueron las poesías. Todo lo cual me anima a publicarlas pronto. Tengo prisa, y siento no poder ser más largo.

Un abrazo de

Miguel de Unamuno

El juicio de Unamuno, áspero como suyo, no debe calificarse de ligero, ni sé yo que lo rectificara. Me parece que, cuando escribía así, lo pensaba bien antes. Ha de tenerse en cuenta su temperamento, rudamente opuesto, aquí, al sujeto enjuiciado, y el problema es no sólo de carácter personal, sino tal vez de raza y de destino.

Por lo demás, creo que era precisamente Barcelona el lugar donde mejor podía comprenderse y sentirse la poesía de Unamuno, por ser la cultura barcelonesa, entonces, la más centrífuga de España. Allí, seguramente, no pensarían de la poesía unamuniana lo que el autor les achacaba a los madrileños, como vimos, cuando lanzó «su» *Quijote*.

Y viene aquí al caso la opinión muy valiosa de Moreno Villa en pro del poeta y de su obra, cuando, en efecto, los de Madrid andaban aún a tientas, mareados por los últimos efluvios modernistas, y asistían estupefactos a las ráfagas de sonetos que Don Miguel lanzaba y que ellos no entendían.

Pues bien, Moreno Villa, que venía por entonces de Alemania, muy aireado de las brisas norteñas y desintoxicado de lo francés, me confesó la verdadera admiración que despertó en él la poesía de Unamuno, «muy alemana», dijo, y creo que me citó autores germánicos de aquel momento, eminentes, y parangonables con el maestro español por todo. Forzosamente habrá que volver a ese tema, ya que

la glosa de algunas otras cartas ha de imponerlo. Pero no se olvide lo acontecido en Barcelona, precoz y sagazmente, con la poesía de Don Miguel, tal vez el más alto poeta español contemporáneo.

Salamanca, 8-1-1907

Sr. D. Francisco Antón.

Mi querido amigo:

No sé qué desearle para el nuevo año. Trabajo y esperanzas que no se cumplan, sino que engendren otras. Porque, mire usted, he cerrado el 1906 con salud yo y los míos, con un balance económico muy regular, con acrecentamiento de mi crédito y prestigio literarios y... con una gran murria. Eso que se llaman la dicha no es más que la sombra de las angustia metapsíquica y para vivir alegre hay que ser o santo o imbécil. Estoy pasando una temporada tormentosa, acongojado por la visión de la nada de ultratumba. No sé cómo se me ha venido esto encima. Busco consuelo haciendo versos, pero éstos me salen cada vez más desconsoladores. Agregue que las cosas que pasan a nuestro alderredor, el estado de España, me trae inquieto y triste. Y me parece que voy a lanzarme a una vida de mayor actividad externa, de lucha hacia fuera, en busca de la paz de dentro. Paz de opio o de tumba, porque la vida exterior mata la interior.

«Lucere et ardere perfectum est» «Lucere et ardere perfectum est», dijo San Bernardo, pero yo veo que en esta época de especializaciones y división del trabajo, la luz se hace fría y el ardor se hace oscuro. Y hay que optar entre uno u otra.

No sé qué decirle.

Y a todo esto, la ola de la ramplonería sube, y Nietzsche no ha servido en España sino para llevar a Maura la juventud cínica. Por eso ruego yo al gran Ladrón de energías que retenga en sus manos la mía, no sea que se me pierda en las más manchadas con el dinero de la nómina.

Si nos conociéramos y nos quisiéramos africanos estábamos salvados colectivamente, pero lo malo es que seamos africanos sin quererlo y sin saberlo. La relación de oposición es una de las más íntimas que pueden existir entre dos términos, y oponerse a los principios fundamentales de la cultura europea moderna es entrar en ella.

Basta.

Que 1907 le sea leve.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Esta carta, bien se ve, es una de las más angustiosas que Unamuno escribió por entonces, y su turbación se refleja sin duda en algún ensayo coetáneo. Ello queda al cuidado y a la perspicacia de críticos e investigadores unamunianos. He aquí ahora el interés y la utilidad de estos epistolarios, aun siendo tan reducidos y modestos como el presente.

He dudado entre dejar la carta horra de comentarios o acompañarla de alguna breve glosa sobre un punto determinado del nebuloso texto. Y opto por lo segundo.

Me refiero a la primera y más importante confesión del atormentado maestro, para afirmar que nunca vi, ni ahora veo, permanencia en la idea de su duda respecto de la vida futura. Lo que sí vi siempre en él fue miedo a la muerte, y el que tiene miedo a la muerte cree en la otra vida y teme a la otra vida. Sino ¿para qué el temor de morir?... Ángel Ganivet dijo algo semejante a esto: que la muerte resolvería el «conflicto» si no hubiera más, pero «es de temer que tengamos varias ediciones». De modo que lo que él temía, en definitiva, era la vida: ésta o «aquella», y acabo enloquecido, suicidándose. Paradoja de la locura. Es decir, buscando «otra edición» de las temidas...

Lo de Unamuno es una ráfaga, un relámpago de susto. Unamuno cree en la vida de ultratumba, y cree porque le tiene más miedo a la nada. Pero se repone pronto. Es el hombre que ha escrito lo más entrañable que cabe pensar sobre la muerte - vida en *El Cristo de Velázquez*, así: ...Cristo... Triunfador de la muerte, que a la vida por Ti quedó encumbrada. Desde entonces por Ti nos vivifica esa tu muerte, por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre... Es sueño, Cristo, la vida y es la muerte vela... Tú salvaste a la muerte... Y, en fin: Los rayos, Maestro, de tu suave lumbre, nos guíen en la noche de este mundo, ungiéndonos con la esperanza recia de un día eterno. ¿Para qué más?

Pues hay más, y mucho más. Es el ansia constante del hombre religioso, pues de otra manera esa ansia no tiene sentido. La creencia y la esperanza en una vida futura informan toda una fe y de esa esperanza brota. Unamuno ha leído y releído cien veces esa maravillosa primera epístola a los Corintios, donde San Pablo discurre sobre la resurrección de los muertos con Cristo, y no sólo ha sido lectura para el maestro; bien se ve en la poesía citada antes, que es concluyente. Como lo son los raptos místicos de algunas otras de sus poesías y ese anhelo de sumergirse en Dios como en un regazo: «zambullirse», dice Unamuno. Y su apelación a Dios, al morir la madre. Y su labor difundiendo la lectura del Kempis, de Fray Juan de los Ángeles, de Santa Teresa... y, sobre todo, su veneración por el Evangelio; y ella es ya culto adorante, como es consustancial del varón íntegro la fe en una suprema justicia, y ésta no puede cumplirse aquí, sino allá, y precisamente por el justo Juez...

¿Para qué más? En la misma carta comentada nos da Unamuno prueba de lo pasajero y superficial de su angustia, olvidándola pronto y sustituyéndola por preocupaciones de menos importancia que en otro caso más grave no podría borrarla.

Pero, además, esta feliz versatilidad, aquí, ha servido para producir pensamientos y frases originales y bellas, de las más unamunescas que pueda haber.

Es evidente que yo no he pretendido ahora opinar sobre la ortodoxia del misticismo de Unamuno, sino demostrar su espiritualidad y probar, o intentar probar, lo deleznable de sus alarmas sobre la vida futura, en la que, a mi modo de ver, creía. Y obras son amores.

Saca Unamuno en esa carta a relucir a Nietzsche y alude irónicamente a su influjo en las juventudes españolas de entonces; pero bien sabía Don Miguel que aquellas juventudes no conocían a Nietzsche sino a través de malas traducciones del francés y en ediciones vergonzosas de una peseta. Algunos tomaron a broma las truculencias nietzscheanas, y éstos acertaron, porque más tarde se conoció que el superhombre y el Zaratustra de Nietzsche, y Nietzsche mismo, no eran más que personajes de manicomio. Su influencia aquí fue, pues, muy pasajera.

Grande Hotel do Porto, 27-6-1907

Sr. Don Francisco Antón.

Mi muy querido amigo:

Recibí su carta el día mismo en que salí para ésta.

¡Cómo se le ha metido a usted Nietzsche! No, la resignación no es cobarde ni es absurda, cuando es resignación activa y no pasiva. Y resignación activa es convertir a bien, a fuente de trabajo, nuestras desgracias. Con el pesar que atenaza, forjar consuelos para los demás.

Resignémonos, pues, activamente, y un día hablaremos. El que quiere que todo suceda como haya de suceder, logra que suceda todo como él quiere y se hace omnipotente.

No, no recibo el Ateneo; mas haré que me envíen lo suyo. ¿Que mis poesías son secas? Tal vez; todo lo ardiente es seco. La humedad viene del follaje, es decir, de la bojarasca, y es frío y da reuma. Ése que dijo de secas quiso decir otra cosa, y bien sé yo qué.

Nos tienen hechos a la garrullería y a la sensiblería falsa. Las gentes creen que el pensamiento perjudica al sentimiento, que no hay carne jugosa y viva cuando tiene dentro esqueleto. Es un horror el espíritu que se ha formado. Hay que desbarcerlo.

Me dice que ha estado unos días en Madrid. Anoche me habló de él un joven portugués que cree conocer nuestra literatura contemporánea y le repliqué: Madrid no es España; Madrid es un capital sudamericana, argentina o paraguaya o venezolana, lo mismo que Lisboa es una colonia del Brasil. A Madrid la han conquistado

andaluces y sudamericanos. Hasta, la tan cacareada influencia francesa es mediata, por la tribu de Rubén.

Me habló el joven portugués de Benavente, de Trigo, de Villaespesa. ¡Qué horror! Cierto es que lo internacional es una cosa y otra muy distinta lo universal.

¿Quiere hacer algo para América? Envíemelo. Pero parta de que ellos ni conocen lo nuestro privativo, ni les interesa poco ni mucho. Y eso que ahora parece se españolizan a medida que van desfrancesándose. Aunque su afrancesamiento fue siempre más aparente que real.

Así que vuelva a Salamanca, dentro de cuatro o cinco días, continuaré en mi Tratado..., en que ya trabajaba. Tengo también un nuevo regular caudal de poesías, que cuando aumente algo publicaré con un prólogo en que desarrollaré y defenderé mis puntos de vista (estéticos y técnicos o métricos) al respecto. ¡Se han dicho tales tonterías! Y la mayor la de calificarme de modernista (!!!). Es gabacho todo el que habla una lengua que no entiende, sea francés, rumano, noruego, finlandés o chino.

¡Modernista yo!

Basta por hoy...

Le abraza su amigo

Miguel de Unamuno

Salamanca, 19-7-1907

Sr. Don Francisco Antón.

Mi muy querido amigo:

Le presenta ésta el que lo es mío, don José Castillejo, catedrático de la Universidad de Sevilla, y uno del grupo de la Institución Libre de Enseñanza, de que es alma don Francisco Giner.

Enséñele esa hermosa ciudad.

Acabo de recibir su carta, a la que contestaré tal vez de palabra. No he visto el número del Ateneo que trae su trabajo.

Ya sabe cuán su amigo es

Miguel de Unamuno

Otro enviado más a quien tuve que pilotar por las sirtes de la «hermosa» ciudad, que para Unamuno lo era ciertamente, y este último turista, producto de la inevi-

table Institución, no dejó en mi recuerdo nada trascendente, salvo el de su presencia física típicamente «institucional». Todos ellos eran inconfundibles. En cambio, una visita de Cajal, sin presentación, fue deliciosa, y a la vista del Duero defendió fieramente al Ebro como más ancho, frente a mi opinión, energética y expuesta por metros.

No hubo manera de convencerlo, y yo le dejé triunfar. Así se llevó de Zamora una impresión excelente. Mucho mejor cuando le dije que los zamoranos le habían dedicado una calle de las más importantes: nada menos que la «Rua Nova». Era Cajal, y hasta el Duero tuvo que reconocerlo así, a regañadientes, porque otra le quedaba...

Salamanca, 9-8-1907

¿Y qué quiere usted que le diga, mi buen amigo, de su trabajo en el Ateneo respecto de mis poesías? Ante todo, mil gracias. Y además las gracias porque me ha de servir, y no poco, para el prólogo crítico - apologético - poético que he de poner en mi nueva colección de ellas. (El Renacimiento, revista, publicará algunas.) Allí tomaré en cuenta lo que me han dicho, y entre ello eso de la sequedad. La humedad que echan de menos es la que viene de la hojarasca. Lo peor es que nuestras gentes creen que para sentir el menester no pensar o pensar poco; no saben ni convertir los pensamientos en sentires, ni éstos en aquéllos. Hay que oír lo que los extranjeros dicen de nuestra poesía; no la resisten.

Me pregunta usted por Benavente. No lo leo. Me gusta poco el teatro y me gusta menos el ironismo profesional. Los que se dedican a ironistas los tengo por débiles que buscan un escudo. Y ese hombre me hace el efecto de una culebra por lo frío y lo rastrero. Por lo demás, no me parece mal que, cuando se siente uno incapaz de grandes cosas, proclame el reinado de la bagatela. No resisto más bagatelas y fruslerías que las de aquellos capaces de otras cosas. El chiste en Esquilo es un chiste chistoso, y nada más gracioso que la ironía de Shakespeare.

He de salir al paso a eso de que me llamen modernista. Ni por los asuntos y el fondo, ni por la forma. Ésta es la que se les ha atragantado. El modernismo se propone alterar el valor de cada verso, individualmente considerado, cambiar su acento, etc. Yo empleo endecasílabos, heptasílabos, pentasílabos, etc., corrientes, tradicionales, y todo lo que parece nuevo, sin serlo, es combinarlos libremente y sin rima. El modernismo gusta de la rima y las busca «ricas». Yo creo que ese bárbaro artificio, nacido en la decadencia romana, es un halago meramente sensual de oídos poco finos y ataraza el pensamiento.

Casi las mismas cosas que me están diciendo se las dijeron a Carducci, cuando empezaba y él continuó sin hacer caso, como continuaré yo. Soy vizcaíno, es decir, terco, y el tiempo y yo contra todos.

Estaré aquí hasta pasado el día 20 y luego me iré a Bilbao a pasar un mes refrescando los recuerdos de mi niñez y mocedad. Así se titula, Recuerdos de niñez y

mocedad, *el libro que estoy imprimiendo, mientras avanzo poco a poco en mi Tratado del amor de Dios.*

Lo que más hago ahora es leer sobre todo cosas de religión e historia religiosa...

... Créame que el recuerdo es una de las cosas más dulces y es la semilla de la esperanza...

Vaya, tengo que despedirle.

Un abrazo de su amigo

Miguel de Unamuno

Esta carta, como la de Oporto, en lo fundamental, es vibración de una misma cuerda: cierta crítica de las poesías que se le hace dura a Don Miguel. Tiene razón en su protesta, porque aquellas no son secas, sino bien jugosas. Son fuertes, son difíciles y se les atragantaron a lectores y críticos superficiales, con el oído y el intelecto hechos a lo pintoresco rimado y sonoro, como es sonora la guitarra. Lo de Unamuno requería no sólo perspicacia y paciencia, con el discurso bien agudo y alertado, sino capacidad para percibir cierta música más severa que la ordinaria. También tolerancia para comprender el virtuosismo que suponía en Unamuno su afición a buscar consonantes raras, sobre todo en los sonetos, y tan escasamente poéticos; ya se verá algo de esto.

Perdóneseme que aluda a mí mismo. Forzado a ello, yo me atreví en un artículo a decirle que sus poemas me parecían raíces de versos, lejos, pues, de todo follaje exterior, pero vehículo y camino hacia arriba del jugo de la tierra y, al fin, esencia vital de la pompa visible y sonora. Y, naturalmente, nada secas, sino al contrario, henchidas de savia. Creo que todo esto lo comentó después Unamuno.

Los poemas unamunianos estaban todo lo más lejos posible de Rubén Darío, el de «la tribu de Rubén», como dice el maestro salmantino, y no podían complacerle mucho los rubenianos, ni menos el aplauso unánime a Rubén, cuando lo de Unamuno, tan severo, tan hondo, tan pensado, pasaba incomprendido hasta por los que alardeaban de superhombres... Para Unamuno, la «tribu» semibíblica era desdeñable.

Pues si ello era así, ante un gran poeta de las dimensiones de Rubén, qué sería ahora, frente a la poesía hermafrodita, tan celebrada, o ante la nada poética vilanera, que crea celebridades con grandes márgenes y escasas tintas ...

Y muy comprensible la indignación de Don Miguel cuando le llaman «modernista». Sólo a un cretino pudo ocurrírsele semejante apreciación

Nada más opuesto al modernismo que Unamuno hombre y Unamuno escritor.

Como pensador queda aparte.

Era la antítesis de una moda, que no escuela ni doctrina; pero moda tan frágil, temblorosa y atontolinada, que no podía contagiar al hombre menos accesible que he conocido a tales divertimentos. Porque Unamuno, con sus apariencias de novedad y con sus alardes de atrevimiento literario, era en todo el clásico integral. Ni podía ser de otra manera.

El comentario a otros extremos más graves de estas dos cartas, queda entregado al pensamiento y al juicio de los lectores, y por cierto que ellas dan sobrada masa para heñir.

Salamanca, 10-10-1907

Sr. Don Francisco Antón

Mi muy querido amigo:

Le veo a usted metido en el Evangelio y me complace. ¿No lee usted el «Kempis»? le recomiendo también la «Esquisse d'une philosophie de la Religion d'après la psychologie», de August Sabatier, y, si lee inglés, los «Sermones» de Robertson. ¿Ha leído a Fray Juan de los Ángeles? A ver si voy por abí y hablamos de todo esto.

Me explico que se abogue usted abí. Pero, ¿y en Madrid? Yo a Madrid le tengo miedo... acaso a usted le sea mejor.

Su soledad no es más que relativa. Veo, en efecto, que los jóvenes de Valladolid y sus aledaños le traen y le llevan a usted asociado a eso del castellanismo. No está mal, pero ¿no le parece a usted que esa juventud vallisoletana está demasiado literalizada y que se preocupa más del modo de decir las cosas que no de las cosas que ha de decir? El verbo les aboga. A ver si logra usted meterles en que estudien cosas más hondas, en que se hagan una filosofía y una religión.

Es cosa triste que en España todo regionalismo acaba por encastillarse en lo lingüístico. En mi país quieren resucitar el vascuence, en Cataluña conservar y acreditar el catalán, en Castilla hacer casticismo lingüístico. Y lo que hay que hacer es pensamiento más que lenguaje.

Casi toda nuestra literatura contemporánea española se resiente de superficialidad; superficialidad de pensamiento y, como consecuencia, de sentimiento, o viceversa. Al promedio de nuestras producciones les falta intensidad. Y, de aquí, el cultivo de las «preciosidades», del ingenio verbal, de las malicias a flor de piel. Cualquiera diría que estamos cansados. Y sin habernos cansado.

He experimentado y experimento algo de lo que usted dice respecto a la soledad. (No sé si conoce usted mi ensayo Soledad, publicado en el número de agosto de 1905, de la España moderna). Sí, la soledad endurece al pronto, pero luego

entona. Y además, la soledad de un hombre que lee no es más que una soledad relativa.

Me interrumpen al llegar aquí, y dejo la carta.

Continuaremos.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Creo que ya en comentario anterior aludí a estas recomendaciones de Unamuno tan extrañas al parecer, pero tan reveladoras del estado espiritual del maestro. Claro es que las fugaces palabras de la carta fueron ampliadas, y sus referencias desmenuzadas en charlas y diálogos, a través de sendas y atajos zamoranos. Pero, en resolución, todo ello no era sino dar vueltas en torno a las preocupaciones de Unamuno, cada vez más hondas. A veces pienso que el problema, el suyo, pecaba de erudición religiosa. Unos horas, crítico; otras horas, místico, a su manera, pero nunca dejaba de ser crítico implacable, y esto forzosamente lleva al «desierto que espera el agua», de que habla Moeller. Y también creo que este caso y los análogos pecan de excesivo culto al yo. Es decir: la creencia de que el sujeto afectado es el centro del universo; la certeza de que su problema es el más agudo, difícil y supremo de todos los problemas espirituales habidos y por haber. Y, en realidad, no es sino uno de tantos. Al fin, soberbia, el gran pecado. De esta grandeza viene la gran solución: humildad que, al fin, es más grande que el propio pecado.

Por otra parte, en estas citas de Unamuno, se halla Augusto Sabatier mezclado con místicos tan eminentes como fray Juan de los Ángeles y Kempis. Sabatier, para don Miguel, parece personificar, en su *Esquisse d'une Religion...*, el pensamiento francés, en ese trance, pero hoy nos aclara Moeller que la fuente es germana; y aún más: que Unamuno desconocía ese aspecto del pensamiento seudorreligioso francés. No sé hasta qué punto puede ser exacta esa apreciación, porque Unamuno caía difícilmente en tales y tan abultados desconciertos. Pueder ser que la época de esta carta sea bastante posterior a los datos de que se sirve el autor belga para sus conclusiones y que, cuando la escribió Unamuno, éste pensaba ya sobre lo bien conocido.

Y repito lo que él me dice para cortar el tema de sus inquietudes religiosas: «A ver si voy por ahí y hablamos de todo esto». Él prefería hablar y yo escucharle... y preocuparme no poco también.

Lo de mi soledad, lo toma un poco a broma, y al referirse a ella comenta su relatividad y sonrío apuntando la causa, que, en efecto, era para sonreír.

Sobre todo ello prefiero callar, y más cuando Unamuno me atribuye cierto magisterio inmerecidamente. Bien lejos estaba yo de tener autoridad para conseguir

que nadie se «hiciese una filosofía y una religión, problema en que estaba por entonces Unamuno, tal vez con más ahincamiento que nunca, como lo acreditan su carta de Oporto y la que le seguía, ya copiadas: junio de 1907».

Y, por lo que se refiere a la superficialidad de aquella literatura española, en pensamiento y sentimiento, y todo lo que sigue, ya se sabe adónde apuntan los tiros.

Salamanca, 23-10-1907

Sr. Don Francisco Antón.

Mi muy querido amigo:

...¡Qué labor se les presenta a esos vallisoletanos! Lo primero desmadrileñizarlos, aprovechando esa sugestión —creo que meramente literaria hasta hoy— de castellanismo. Hay que acabar con los alejandrinos versallescos de quienes no han estudiado Versailles, con todas esas modas literarias. El que no tenga nada que decir, que calle.

He enviado a la «Juventud Castellana» unos renglones sugeridos por un artículo de usted, el de «Aislémonos», y otro de Marín, sobre la soberbia. Usted lo verá.

Aquí lo malo es que no se estudia. Hay el mismo horror a los libros que al campo. En vez de leer a Homero, a Dante, a Goethe, Platón, a Descartes, a Spinoza, a Kant bajo una encina, se lee a Salvador Rueda o a Rubén Darío en derredor de la mesa de un café. Ni aquellos resisten la mesa ni éstos la encina.

Lea usted lo fuerte, lo permanente, lo clásico. Una buena historia de la filosofía (la de Ritter, v. gr.) como guía es lo mejor.

El mal de España en la cultura es la ignorancia de esas obras que constituyen el legado universal y eterno de la Humanidad. Hay quien no tiene tiempo de leer a Goethe, a Leopardi, a Manzoni, a Walter Scott, porque no le dejan Pérez Galdós, Blasco Ibáñez o Felipe Trigo. Añada usted el desconocimiento de lenguas. Y luego, el horror a la filosofía.

Métase usted en filosofías. Por ejemplo, la «Historie de la Philosophie Moderne», de Höfding. Y en teologías, si es menester: los Santos Padres. Se respira otro aire a esas alturas.

A Gabriel y Galán, que me pidió una vez consejo, le dije: ¿Quiere usted ser poeta? Pues lea todo, hasta de poesía; pero de ésta poco. Lea ciencias, religión, historia, filosofía sobre todo.

Claro está, que para ensanchar el pecho, lo primero y principal es respirar aire libre, pero no viene mal gimnasia metódica y ordenada, según las reglas tradicionales. A Beethoven, que leía a Platón, le preguntaba uno qué tenía que ver eso con la música y contestó que la música se escribe con la inteligencia, y Platón ensancha ésta.

Aquí priva entre artistas cierta doctrina de la ignorancia, de que el estudiar mata la inspiración, que los libros secan el alma, etc., etc., y así sale ello.

Duro, pues, con esas ñoñeces vallisoletanas y esa literatura de alfeñique. He aquí una obra por hacer.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Alude Unamuno a estos escarceos, no todos sinceros, pues algunos, los sinceros, respondieron a estados de ánimo bien hondos; y dejemos esto.

Remacha Unamuno en esta carta su tema de la España ignorante y antilibresca. Tan actual como entonces, vive y colea esa realidad, y considerar como o más eminente de la cultura a la filosofía, debe hallar eco en los espíritus. Pero la filosofía-sistema, no pasatiempo: yo me entiendo...

Y en la carta siguen lloviendo capuchinos de bronce sobre las cabezas de siempre, pero no parece del todo justo emparejar a Rubén Darío con Salvador Rueda, y no digamos a Galdós con Felipe Trigo. Por lo que hace a la exaltación de Walter Scott, caben muchas reservas. Tantas, por lo menos, como los disparates históricos y arqueológicos que acumuló el inglés en su *Ivanhoe*.

Otra recomendación no del todo acertada: la *Historie de la Philosophie Moderne*, de Harald Höfding, libro mediocre y nada científico, por su falta absoluta de imparcialidad y de severidad crítica, exigibles a un historiador. Poco provecho puede acarrear esta obra a la cultura general, ni aun a la más anticatólica, que es la característica principal del libro.

Afortunadamente, tras Höfding cita Don Miguel a los santos padres, a cuya «altura» respira otro aire. Y tanto. Como las «alturas» que siguen: Platón y Beethoven.

En cuanto a la «ignorancia metódica» de los artistas, no sé si habrán cambiado las cosas, pero me parece que no se venden ahora más obras que antes de los filósofos clásicos, ni de Duns Scoto, ni de Santo Tomás, ni de Kant, ni de Hegel. Pero, en cambio, existe la pintura abstracta.

Salamanca, 3-2-1908

Cuatro letras, querido Antón, pues no tengo tiempo para más. Estoy atareadísimo. Y además, están aquí Burguete, Guerra Junqueiro (éste no quiere que se sepa) y algunos portugueses, a quienes acompaño...

Mi libro, al caer.

Voy a trabajar.

Adiós.

Un abrazo de

Unamuno

No recuerdo a qué libro se refiere Unamuno en esta carta. Lo inserto porque sirve para establecer un dato más sobre la vida ajetreada de Don Miguel, tan llena de problemas como de visitas, acompañamientos y escapatorias a Zamora o a los encinares salamanquinos, etc.

Sigue una carta entrañable, que no comento, pero que es una paladina confesión de fe en Dios y en la vida futura.

Bilbao, 23-8-1908

Señor don Francisco Antón.

Mí muy querido amigo:

Gracias, muchas gracias. Consuelo son las cartas de los buenos amigos, en trances como éste, pero mayor consuelo es considerar que fue obra santa el paso de mi pobre madre por la tierra.

Era buena, pues aunque el Evangelio dice que sólo Dios es bueno, era buena por todo lo divino que había en ella.

Luego que ha muerto me he enterado mejor de cuánto la saquearon, unos con necesidades reales y otros fingidas. Teniendo con qué pasarlo con un relativo bienestar, andaba siempre en apuros y era porque todo lo daba. Y hacía bien. Fue pródiga y no olvido lo que dice el Evangelio del óbolo de la viuda. Fue pródiga y de ella he debido heredar mi prodigalidad de espíritu. Dios, que la bendijo en vida, la habrá recogido en muerte.

Este golpe me ha removido el poso de antiguas inquietudes, pero ello será para mi bien. Es que mi madre sigue valiéndome y quiere que su muerte sea de algún fruto para mí.

Ante todo, hay que ser pródigo. Lo mejor que heredamos nosotros, sus hijos, de mi madre, son sus obligaciones contraídas por bondad. Bendito sea el corazón que le hacía tener la mano siempre abierta.

Aún quedaré aquí algún tiempo para arreglar estas cosas...

Lo que sigue se refiere a asuntos familiares de Don Miguel que afectuosamente me confiaba, y que carecen de interés para el fin de esta publicación. Y termina la carta:

Luego nos veremos. Quiero ir ahí.

Trabajo bastante.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Vino el maestro poco después a Zamora y completó, de palabra, la relación de sus inquietudes, ahora no sólo espirituales y patrióticas, sino familiares. Ellas, sin embargo, no lograron apartarle del trabajo, que fue siempre un descanso y un sedante para Don Miguel.

Salamanca, 4-1-1910

Señor don Francisco Antón.

Yo no sé el tiempo que hace, mi querido amigo, que deseaba escribirle, pero... Ponga muchas cosas tras esa adversativa. Además he estado siempre esperando verle en ésta. Aquí, durante los famosos Juegos, no. Escapé de ellos. Me cargan esas fiestas... Sé lo de su concejalía... Por Dios, que no le coma el ambiente. Rebágalo usted.

Yo, luchando como siempre. Ahora he llevado la batalla fuera. Desde una revista inglesa escandalicé a cuatro mentecatos. Maeztu me embistió falsificando mis dichos. ¡Adelante! Y ahora en el Rinovamento, de Milán, me publicarán un largo estudio sobre la condición del Catolicismo en España, cosa feroz [el estudio]. Hay el oficial o dogmático, que no me interesa y aquí es ramplón; hay el popular, digno de todo respeto y de estudio, y hay el político o militante, contra el que arremeto, aplicándole aquellas palabras del apóstol (Filipenses 1-15): «Hay quienes predicán al Cristo por envidia y espíritu de disensión».

Pero en lo que me he metido de hoz y coz es en el teatro. En el Español tienen, además de La Esfinge, otro drama en un acto: La venda, y una pieza cómica: La princesa doña Lambra. Tengo otra terminada: La difunta, y ahora trabajo en un drama y una pieza.

La princesa doña Lambra, en cuyo éxito fíjo mucho, me ha hecho pensar que cabe más poesía en la comedia que no en el drama. La escena, en un claustro gótico, a la luz de la luna. Allí está el sepulcro de la princesa, con estatua yacente. Un poeta arqueólogo, medio loco, enamorado de la estatua, va a hacerle el amor y se encuentra, de noche, y a oscuras, con la hermana del conserje que espera la vuelta de un novio que se le fue hace veinte años al Paraguay. Él cree que es la princesa resucitada, ella que es el novio, y el conserje, que les sorprende, les obliga a casarse. Pero dentro de esto, que tiene más de farsa que de otra cosa, he metido más poesía y melancolía que en las más de mis cosas. Está en gran parte escrito en una especie de prosa ritmoide, casi verso libre. Estoy seguro que le gustará.

En el drama en que ahora trabajo, el protagonista, joven entusiasta, utopista y radical, hijo de un usurero, tiene en el primer acto 25 años y lucha con su padre, a quien echa en cara su sordidez e inhumanidad. Acaba marchándose a una revolución. En el segundo acto tiene 45 años; es un desengañado escéptico y tiene un hijo, en quien se reproduce su padre. El hijo le inculpa sus liberalidades y él dice que es para rescatar culpas del abuelo. En el tercer acto tiene 65 años y se ve reproducido en un nieto, que es la resurrección de su mocedad. Azuza al nieto contra su padre. Esto me sirve para escenas en que un viejo está en coloquio consigo mismo,

tal como era de joven: un caso de desdoblamiento en edades. Cada uno de los que vamos viendo, mata al de la víspera. El viejo y el mozo se unen contra el padre, que reproduce, a su vez, al difunto bisabuelo. Son cuatro generaciones alternantes. Espero que la cosa me salga de interés.

Y la pieza en que trabajo ahora es una mujer joven que tiene celo de los libros de su marido y de una obra que éste dice está escribiendo y por la que ni le hace caso. Él le anuncia una sorpresa -es el día del aniversario de la boda- y la sorpresa es las cartas de novios encuadernadas. Al verlo, exclama ella: «¡Hasta esto es literatura. Serías capaz de publicarlas!...» «Después que muramos, si yo me hago célebre, quién sabe...» «¡Quita, quita, horror. Al fuego, al fuego. Y al fuego tu obra también!...» Coge las cartas y las cuartillas y las echa al fuego, y mientras arde, le dice: «Así vive el amor, ardiendo...» Y él «...y da humo, que es la gloria».

Estoy pensando en otra pieza, Don Quijote y don Juan, y en otro drama.

Y no dejo de la mano mi Tratado.

Pocas veces he trabajado tanto. Y es que Dios, al condenar a Adán a la muerte y la incertidumbre de su día, le dio el trabajo como consuelo. El año que finó ha sido regular para mí; el que empieza, espero sea mejor.

Sólo una cosa me angustia cada vez más y es el espectáculo de la vulgaridad y la ramplonería. Dudo que en parte alguna sea el vulgo más vulgo que aquí. Y más indisciplinado. Y lo mismo el vulgo de la extrema derecha que el de la extrema izquierda. Es cosa que mete miedo. Y luego, tenía razón Kierkegaard al decir que el hombre quiere que le engañen. Me aterra la democracia y no comprendo que un veterinario espere a que el burro rebuzne, para recetarle según el rebuzno, traduciéndolo. Cuanto más liberal, soy menos demócrata.

Adiós...

Le abraza

Miguel de Unamuno

Pocas escribiría Unamuno a sus amigos con tan descuidada espontaneidad como la carta que precede. Se ve que no repara en correcciones de estilo ni redacción. Ni le preocupa tampoco revelar proyectos, planes y argumentos. Conmigo siempre fue así de abierto, confiado y hasta modesto... ¡Cosa extraordinaria!

A veces se encrespa, como cuando ahora aludo a unos Juegos Florales que se celebraron en Salamanca por 1909 y a los que no regateó Unamuno pullas y desdenes, acabando por escapar de aquellas «justas» literarias, como de la peste, pero no sin volver la cara atrás, me parece. Y bien se ve que las recuerda con aversión fermentada.

Y, luego, ante el ambiente ahogador de la provincia, me propone que yo lo rehaga, nada menos... Y vamos con el párrafo de la carta que más enjundia tiene.

Es aquel que Unamuno dedica a su ensayo de *Rinovamento* sobre la condición (entonces) del catolicismo español. Lo que dice en la carta no pasa de ser un extracto del artículo. Aquí resulta brevísima referencia, pero lo suficiente expresiva para despertar la atención y la curiosidad muy atenta¹.

Ante todo, aparece Unamuno crítico, ya ni místico, no torturado, ni inquieto por «su» problema espiritual. Y, como crítico, original, pero confuso y, sin duda apasionado. La división que él advierte en el catolicismo no existe en realidad. El dogmático, que no le interesa (y que no era ni ramplón ni superfino), es precisamente catolicismo. Y forzosamente dogmático. Y aún más: ése, el dogmático, es, por antonomasia, el catolicismo popular que Unamuno respeta. Es decir: la religión lejos de toda crítica, de apologética, de exégesis, de erudición: la religión limpia, toda ella fe y culto, y vida cristiana y moral. Y su cimiento incommovible, el dogma. De manera, digo, que el catolicismo popular, con sus posibles desviaciones superficiales, viene a ser a fin de cuentas verdadero y genuino catolicismo dogmático, y tal vez el más dogmático de todos y sin mixtificaciones. No debió Unamuno hacer dos de los que realmente es uno solo, tan respetable para él con el apelativo de «popular», a pesar de ser también sustancialmente dogmático y, sobre eso, moral y práctico; es decir, completo.

El «tercer» aspecto del catolicismo español (¿) para Unamuno, y contra el que arremete, es el político o militante... Pero eso no es catolicismo. Eso será artificio político o seudopolítico, será el de los que llamaba Montero Ríos «cuquitos», el de los que se apoyan en un nombre sagrado para medrar, y lo de «militantes» vendrá en el sentido más peyorativo posible, naturalmente. Eso, repito, no es catolicismo. Es, en definitiva, la falsa religión de los hipócritas y trepadores, que se agarran a donde pueden y a donde no deben. Bien merecen las arremetidas de Unamuno y pocas son para tan viles sujetos... Y, sin embargo, hasta estos reptiles son útiles, por la magia divina de su nombre de cristianos. Ahora vamos a verlo, Remito al lector a la cita de San Pablo que Unamuno evacúa en su carta, donde el texto paulino se halla muy incompleto, y es necesario completarlo para pesar su importancia y su oportunidad en el ensaño unamunesco.

Dice así el apóstol (Filipenses I, 15-18): «Hay unos que predicán al Cristo por su espíritu de envidia y emulación²; y otros lo hacen con intención recta; éstos con espíritu de caridad sabiendo que estoy puesto para defensa del Evangelio; aquéllos por competencia, no con rectitud de intención, imaginándose que añaden

1. Las consideraciones que preceden están formuladas sobre el texto de la carta, puesto que desconozco el ensayo a que se refieren.

2. Emulación en el sentido de imitar con exceso de méritos (traducción directa del texto griego por C.E.B.I.H.A.).

tribulación a mis cadenas. Pero, al fin y al cabo, ¿qué importa? Con tal que el Cristo sea anunciado, hipócrita o sinceramente, me gozo y me gozaré».

San Pablo es concluyente. Claro que sus hipócritas son muy otra cosa que los «políticos» y «militantes» de Unamuno; fariseos de la peor clase, que no merecen que se los agrupe con el venerable gremio ni siquiera en el último y más bajo estrato de la escala. Los hipócritas de Pablo eran judaizantes y judíos, enemigos personales del apóstol, y aún más de Cristo Jesús.

Ahora, en esta carta, se nos manifiesta don Miguel hombre de teatro y todavía más: como apasionado del teatro y en plena fiebre de neófito. Tal vez recuerden los lectores lo que el maestro dice en una carta anterior sobre esa clase de literatura, desdeñosamente. Pero, al fin, le agarró el contagio, y aquí le tenemos metido «de hoz y de coz» —son palabras suyas— en la escena y a vueltas fatigosas con dramas, comedias, farsas y piezas, unas en el teatro y las demás en cuartillas o en esbozos y rasguños; o en la mente y en el propósito del autor. De todas ellas, no sé las que llegaron a buen puerto. Los investigadores y críticos lo sabrán. A mí sí se interesa decir que alguna de esas obras en un acto me la envió Don Miguel en unas cuartillas originales. Y más: creo recordar que un cuadernillo estuvo en mi poder mucho tiempo olvidado del autor y de mí, y confieso, avergonzado, que no sé si se extravió.

El final de esta carta, estribillo patriótico y conmovedor de Unamuno, pone los puntos sobre las «ies» en los que atañe a sus ideas politicosociales. Si hubiera dicho claramente que era un espíritu eminentemente aristocrático, no nos hubiera enseñado nada, ni ignorado ni nuevo.

No huelga, incrustada en su lamentación, la frase de Kierkegaard, que por aquellas fechas debía de obsesionarle; ni huelga tampoco, por ello, dejar de comprobar en el teatro unamuniano, coetáneo, la influencia palmaria de lo noruego. Esto seguramente lo habrán dicho ya eruditos y críticos más enterados y mucho más sagaces y avizores que yo. Mil perdones.

Salamanca, 18-4-1910

Querido Antón:

Tomo la pluma con grandísimo sentimiento...

Lo que sigue se refiere a un asunto estrictamente personal y ocupa una plana entera de la carta. Omito esa parte de ella, salvo su final, que nos lleva ya a la vida del maestro.

...Espero a que nos veamos. Pensé ir ahí, pero una desgraciada historia de una invitación para hablar—cuando tengo suspendido otro compromiso análogo ahí—me retrajo. Quiero hurtarme a invitaciones de éstas, y no puedo. Esta lucha por la íntima independencia es terrible. Dentro de dos meses me llevan a Canarias. Y me dejo llevar por tratarse de Canarias.

¿Qué hago?... Hago dramas y sainetes y versos. Y americanizo. Cuando nos veamos le leeré mis dramas, el que va a estrenar en Barcelona la Cobeña, y luego lo hará en Madrid, a principio de temporada. Y hago versos. Anteayer empecé estos, que no sé cuando acabaré:

*Cambieemos nuestras cruces:
de bruces sobre el de mi pena,
llena el alma de duelo
interrumpo mi vía de amargura,
dura y larga,
y te veo abatido,
rendido de tu cruz bajo la carga.
Cambieemos nuestras cruces,
los pesares troquemos;
no hay remedio mejor del dolor propio
—del dolor y del tedio—
que tomar el dolor de nuestro hermano;
mi mano temblorosa,
tu temblor sosteniendo se hará fuerte;
la hermandad de la suerte dolorida
es de la vida el único consuelo.
Yo sufriré tu pena,
tú sufrirás la mía,
comunidad en el dolor, hermano.
Para alzarme del suelo trae la mano;
a solas con mi duelo,
huyo de su verdad, no la resisto;
¡tú mi Cristo serás, yo seré el tuyo!*

Como usted ve, hay aquí, aparte del fondo, un intento de disociar la rima del ritmo. Me dice Pérez de Ayala que ya Garcilaso lo intentó. No lo sé, pues apenas conozco a Garcilaso.

Fuera de esto, leo a los clásicos. Ahora a Eurípides, Y he concebido el propósito de hacer una Fedra moderna, de hoy. Voy a leer la de Racine. Es un asunto inagotable. Sobre todo, la terrible némesis del amor, que busca a quien no le busca a él. El que no le hace, el que no hace el amor, le padece...

A la vez que a Eurípides, leo a Luciano y a Clemente Alejandrino, el cristiano platónico. Es todo un mundo. De alguna manera hay que sacudirse de la chabacanería canalejista.

Somos extranjeros en nuestra patria, desterrados en ella. Lo peor del desterrado, lo que hace más dura la ausencia de la patria es, según Eurípides —en esto muy griego—, que no puede ser sincero, que no puede decir lo que siente y que tiene que someterse a que le manden los que son inferiores a él (porque para un griego, el

que no era como él, le era inferior). Es un esclavo, porque esclavo es quien no puede decir lo que siente. Y vea usted cómo nos hacemos extranjeros, esclavos en nuestra patria.

Adiós.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Como se ve, me manda el principio de una poesía, que no sé si terminó. Estas comunicaciones eran muy frecuentes, sobre todo de sonetos, en tarjetas postales, y según iban saliendo del «horno».

Estos versos de su carta son de una maestría insuperable. Digo maestría, no sé si inspiración, pero sí profundidad y misterio. La forma acredita un dominio y una sabiduría de composición, a las que pocos poetas españoles habrán podido llegar. Es lo que Unamuno llama disociar el ritmo de la rima, audacia ya acometida por otros ingenios, seguramente menos afortunados que Don Miguel en el resultado de semejante ejercicio. Es él tan exigente de atención y de cuidado, que ha de hacerse por fuerza artificioso lo externo del poema. Si es que no afecta igualmente a la sustancia.

Don Miguel, que no hablaba nunca de música y que parecía refractario a ella, poseía sin embargo excelente oído musical, y bien lo acreditan sus versos en variadas, numerosas e impecables combinaciones, siempre musicales y bien rimados.

Salamanca, 7-6-1910

Sr. D. Francisco Antón.

Quería escribirle a usted largo, mi querido amigo, pero... Lo dejo para cuando vuelva de Canarias, adonde salgo dentro de unos días. Quería también enviarle mis últimas poesías, sobre todo una que empieza:

*Sueño de niño
es como flor que se abre allá en la cumbre
de la montaña,
margarita de armiño, vera del cielo,
que no la empaña... etc.
Y otras varias.*

La doña C. no es mala persona, ciertamente, pero es peor que si lo fuera, porque es tonta de remate y además medio loca. Como andaluza que es, no ha llegado aún, a pesar de sus respetables años, a la mayor edad...

Siguen algunas consideraciones personales sobre distintos «pacientes», muy ácidas y graciosas, que solamente a mí, ya, pueden interesarme, pero que sirven,

como el ejemplo transcrito, para acentuar y reavivar la personalidad de Unamuno. Las omito, naturalmente. Los vapuleados han fallecido hace mucho tiempo.

Y termina la carta:

A ver si de vuelta de las islas, me corro un día a verle ahí.

Adiós.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Volvió don Miguel de Canarias y, como tantas veces, recaló en Zamora. Llevó con él su carga acostumbrada de poesías inéditas y de miga de pan, y siguió la correspondencia, y se repitieron las visitas... Pero pronto me alejé yo de la ciudad y empezaron las cartas del maestro a viajar conmigo... Total: una laguna en el epistolario, por el extravío de casi todas las que me mandó entre 1910 y 1913.

Bien es verdad que ese período fue para Unamuno de una labor intensa y de atenciones muy diversas y acuciantes. Sin contar con la rectoría y la cátedra absorbían, mucha actividad y mucho cuidado del maestro.

Alguna excursión hizo él por esos años y en ciertos períodos me mandó sistemáticamente tarjetas postales, donde cabían a veces dos sonetos recién escritos y, algunos, inspirados por frases o incidentes de la última excursión. Y cuando el soneto venía solo, completaban la tarjeta unas líneas de prosa, como se verá.

Y he aquí ahora la carta que conservo de 1913. Es del 21 de enero.

Comienza tratando con bastante extensión de un asunto particular: cierta recomendación que yo le hacía a favor de un profesor, y luego:

No tengo yo menos gana de verle que la que usted de verme tenga. Pensé si esta Semana Santa pasaría por ahí de paso a Toro, Tordesillas, etc., mas me parece que iremos a Palencia «contratados» para unas conferencias Elorrieta, Pinilla y yo. Andamos metidos en una campaña de agitación agraria y contra los latifundiosos. Dicen, y hasta en Madrid (¡¡¡) lo dicen, que esto —Salamanca— está cambiando; se está levantando, y Don Paco Giner ha llegado a decir que esta Universidad es hoy, ¡figúrese usted!, la mayor esperanza de España. La verdad es que algo se hace. En disciplina, la primera. Y nuestra campaña agraria, repercute, Alba, García Prieto, etc. Empiezo a adquirir prestigio entre los políticos, y ya soy algo más que un original paradójico, que tiene rachas, pero no se persiste. Sólo temo que todo eso acabe en extensionismo ovetense. Pero haré por impedirlo³.

3. Se refiere a la llamada «Extensión Universitaria», obra de la Universidad de Oviedo, sin resultados.

Ayer tarde inauguramos con un éxito sorprendente nuestro Ateneo, sin local propio; por hoy, en la Universidad. Quiero darle sello. Por supuesto, tendremos conferenciantes de fuera y ya quiero escatimar a los de Madrid y buscar los de provincias y de los que menos bullen...

Lo mío de El Imparcial y lo del Mundo Gráfico es caballería ligera. Sin embargo, en esas coñas del Gráfico pongo abínco, pues quiero medir toda la candidez del público —sobre todo del periodistas— y toda su incapacidad para el humorismo. Pero lo fuerte mío, creo, fueron los doce ensayos Del sentimiento trágico de la vida (que es lo que pensé llamar Tratado del Amor de Dios), que publicó el año pasado La España Moderna y que pronto dará en un volumen la casa Renacimiento. He corregido ya pruebas. A la vez aparecerá la traducción italiana, siguiendo la traducción, aparecida ya, de mi otra obra capital Vida de Don Quijote. Y hace tres días he terminado una novela, o novila (esto de nivola, que es palabra de puro capricho, se explica abí) fantástica y humorística y llena de cínicas crudezas, de desnudo, no de desvestido. Hace «pendant» a mi Amor y Pedagogía pero es más novela y más entretenida, creo. Y tengo vendida una segunda edición de mi Quijote y un tomo de cuentos y etc., etc. Y, poco a poco, reúno poesías para otro volumen. Ya ve usted que no descanso...

El libro *Del sentimiento trágico* está en el *Índice*.

El párrafo final de la carta, dedicado a mí, como de costumbre, tiene mucho interés biográfico. Allí me dice que *lo más y lo mejor* suyo lo hizo después de pasar de los 40 años, añadiendo: *y todavía en los once y medio años que me quedan hasta los 60, pienso hacer mucho...* Y, en fin, termina así:

Cuando me casé, no tenía aún cátedra.

De esto quiero que hablemos, pero largo y tendido.

Un abrazo de

Miguel de Unamuno

Cuando don Miguel me escribió esta carta, tenía más de 48 años y, en efecto, en esos ocho años había hecho lo fundamental de su obra, a partir del año 1905, en que publicó su *Quijote*. En diez años adquirió el prestigio que no había de aumentarle los años sucesivos, pero sí consolidarlo. Y fomentarlo intensamente para fructificar después de la muerte del maestro, que es realmente cuando Unamuno ha llegado a descollar como figura de la intelectualidad internacional.

Pues bien, en plena madurez y cuando se considera de vuelta de muchas cosas, nos descubre una vez más su aspecto ingenuo; más que aspecto, consustancia suya, metiéndose en una «campana de agitación agraria», imaginándose aterrados a los «latifundiosos» y preocupados a los políticos, que le conocían mejor que él a ellos...

Y no menos inocente citar como un texto sagrado las vulgaridades del apocalíptico «Don Paco», que no iban a ninguna parte. Lo que sé es verdad es que nunca estuvo la Universidad de Salamanca y su distrito tan bien gobernados como cuando los rigió Unamuno. En cambio, la obra de «su» Ateneo se extinguió, como todos los congéneres ateneísticos provincianos.

Y, al fin, lo más sabroso de esta carta: la valiosísima confesión de que muchas de las cosas de Unamuno, que traían, y acaso traen, revueltos muchos sesos, son puras «coñas» de Don Miguel...

Y eche usted cavilaciones y eche usted exegetas y eche usted pensadores profundos para esto. Cabe, pues, pensar que anden por el mundo conceptos indescribibles de Unamuno que no sean sino eso: coñas.

La referencia que hace a sus trabajos y publicaciones de momento, bien acreditada que por entonces había ya compuesto su labor fundamental. Después... Acaso le perjudicó no poco el «empezar» a ser político, según el dice. Lástima que no se quedara en los comienzos.

Final de la carta: *Cuando me casé no tenía cátedra*. Esto contradice al texto de Moeller⁴: «La obtención de la cátedra de griego permitió a Unamuno casarse...» yo me atengo a la carta que poseo y afirmo que Unamuno, cuando se casó, no era todavía catedrático. Precisamente, era tema favorito suyo el de que deben los jóvenes casarse pronto y sin reparar mucho en como sacarán adelante a su familia, no en cómo resolverán la vida futura. Todo el párrafo de esa carta, omitido, insiste en tal criterio y lo aconseja con vehemencia.

Tarjetas postales

Su serie fue muy numerosa, pues Unamuno las utilizaba para enviarme alguna nota o alguna poesía corta, o bien para anunciarme la inminencia de una visita suya o por delegación, y también con ocasión de cualquier viaje por la comarca, para que yo me preparase a formar parte de la caravana.

Hallo y copio las postales que siguen:

Recibo su carta, querido amigo. Acaso —no lo aseguro— nos veamos ahí dentro de unos días, si salgo de ciertas cosillas y arreglo el ir a ver esas procesiones con un amigo chileno que está aquí hace ya un mes. Lo que de mi libro me dice usted, parece muy exacto. Aún en Madrid no han roto el fuego respecto de él. Parece que les tienen un excesivo respeto a mis cosas.

Hasta tal vez pronto, pues, le abraza

Unamuno

Salamanca, 10-4-1908

4. Literatura del siglo xx y Cristianismo, tomo IV, p. 84

El libro a que alude debe ser *Recuerdos de niñez y mocedad*, porque de ser *Poesías* se hubiera referido a él de muy distinto modo. *Recuerdos...* se publicó ese año de 1908, y *Poesías* el 1907.

Béjar, 11-10-1908

Sr. Don Francisco Antón.

Zamora.

Ayer, viniendo de Salamanca, escribí esto:

En brazos de la tarde el sol se acuesta — tras las encinas, — que en rebaño apretado lo reciben — con sus copas bembidas. — Las nubes se arrebolan — a la luz apagada. — Y la campiña, — de pudor se reviste — y desnuda la tierra recogida — se abraza al cielo... (No la copio entera).

Y esto otro:

Sólo hay una palabra de amargura — que lleva en su ventura — un mundo de esperanzas y de amor..., etc. (La palabra «adiós»).

Y sigue:

En un adiós se cifra nuestra vida, — en un adiós la muerte — y la vida otro adiós. — Son adioses eternos —; ni tiempo de querernos — nos deja Dios —. Adiós, grita el amor cuando está berido, — temblando ante el olvido —. Adiós es su suprema vocación; — y un adiós silencioso —, más doloroso, — el beso que vacía el corazón —. Adiós, Amor, dice al pasar la vida. — Adiós, mi vida —, a la Vida al pasar dice el Amor; — adiós, adiós, así nos despedimos —: de Dios vinimos, vamos a Dios.

Uno de estos días le escribiré desde Salamanca, adonde me vuelvo esta noche. Tengo delante un curso de mucho trabajo y de muchos proyectos. A ver cuándo le visito. Le abraza

Miguel de Unamuno

No quiero comentar estas poesías, realmente bellísimas. Tan sólo advertir que me las envió sin tener tiempo de retocarlas. Y otra advertencia, que sobra, pero que deseo hacer relevante: que seguramente se hallan publicadas, no sé dónde.

Y repetir las palabras del poeta: «De Dios vinimos, vamos a Dios».

Me parece que bastan, para tratar de «no equivocarse».

Otra:

Salamanca, 9-6-1910

He recibido, mi querido amigo, su monografía sobre la Magdalena y decididamente tenemos que ir a Moreruela. A ver si lo arreglamos para mi vuelta de Canarias, que será allá para mediados de Julio.

Le abraza

Miguel de Unamuno

Esta excursión no la hicimos hasta un año después. Más:

Salamanca, 8-4-1911

Es muy fácil, mi querido amigo, que el miércoles próximo llegue a ésa a pasar el jueves y el viernes. De ir, irán conmigo un compañero y condiscípulo, Meneu, profesor de Hebreo, y M. Marcel Robin, el encargado de la sección crítica de Literatura española en el «Mercure de France», que está aquí hace unos días. Es inteligentísimo, simpatiquísimo y poco francés y, sobre todo, nada universitario —aunque archivero— como esos borrendos hispanistas franceses.

Desea conocer Zamora. Aquí trabaja en el archivo de la catedral.

Tengo en prensa mis sonetos, pero el impresor, Ricardo Fe, va a paso de tortuga. Si voy a ésa los llevaré. Creo ser lo más denso que en poesía he hecho.

Abora preparo bastantes cosas y sólo deseo que la salud, que empieza a resentirme, no me falte para llevarlos a término. Abí hablaremos. Y entre tanto un abrazo de

Miguel de Unamuno

¿Cómo andamos de alojamientos? ¿No habrá barullo o dificultades, dados los días y la afluencia de gente?

Otra:

Salamanca, 11-4-1911

Mañana a la mañana, definitivamente, mi querido amigo, saldré para ésa, a llegar al mediodía. Al fin no va M. Robin, que esta misma noche sale para Perpiñán.

Me acompaña sólo el señor Meneu, profesor de Hebreo. Pero sé de bastantes otras personas que también van, entre ellos Rivera, catedrático de Cirugía de Madrid, el de Quirúrgica de aquí, el nuevo de Teoría de las Artes (Apraiz), etc. Espero no tengamos demasiadas apreturas. Y hasta mañana. Le abraza

Unamuno

Llegaron los viajeros y nos fuimos a Benavente, con el propósito de prolongar la excursión a Tierra de Campos... protagonista de estas andanzas: Meneu, don Pascual Meneu, hombre vivido, corrido e infantil, que nos aligeraba la existencia, demasiado solemne y gravosa, de Unamuno y de los demás, con anécdotas, cuentos y chanzas, que comenzaban siempre: «Cuando yo era pastor...», o: «Cuando yo era marqués...» mas lo famoso es que todo aquello era verdad... había sido pastor de niño y de mozo; después, condiscípulo de Unamuno; se había casado con una marquesa auténtica y terminado en profesor de Hebreo en Salamanca. Sabía Meneu infinidad de cosas del cielo y de la tierra: de augurios astrales y de las plantas curativas más extrañas. Pero, cosa rara, todo adobado con un sentido común y práctico, que le hacía, en conjunto, el tipo humano más opuesto a Unamuno que pudiera soñarse. Y esto sucedía por la época en que don Miguel había declarado la guerra al «sentido común»... y proclamado la primacía de los «sentidos especiales». Nuestro viaje había de seguir por Moreruela y, retrocediendo, repasar Benavente, y terminar en la Tierra de Campos. Se cumplió en parte ese programa: vimos las ruinas del monasterio cisterciense de Santa María de Moreirola, lo que Unamuno equivocadamente llama la Granja de Moreruela en su libro *Andanzas y visiones españolas*, donde refiere nuestra excursión muy sucintamente. La Granja de Moreruela es un pueblecito que se formó sobre una granja del monasterio y con piedras de sus ruinas, como tantos otros, después de la salvaje e inicua expulsión de las órdenes religiosas. Aquello fue uno de los acostumbrados caseños, a veces prioratos, que las abadías ponían en su entorno para la explotación agrícola, forestal y ganadera de sus enormes tierras aledañas, y las llamaban así: granjas. De una de estas surgió el pueblo que lleva por apellido «de Moreruela».

Pero lo que nosotros íbamos a ver no era ese lugar, sino lo que entonces quedaba de la soberbia iglesia abacial y de la sala capitular... lo que quedaba, y Dios quiera que quede...

Y en Benavente, de vuelta, me agarró a mí una hermosa gripe fulminante, con tal fiebre, que Meneu, por el pulso calcularía hacia los 40... Consecuencia: parada definitiva.

Más ésta sirvió para probar Don Miguel su aptitud de enfermero y su cariñoso afecto para conmigo. Me destinaron a mí la mejor habitación de la fonda, y allí caí amodorrado durante toda una noche. Pero cuando abría los ojos me encontraba siempre con Don Miguel, de pie al lado, me ponía la mano sobre la frente para

apreciar cómo iba «aquello». Hasta el trance, se adhería Unamuno al Evangelio, que llevaba apretado bajo el brazo, en un tomito negro, y que leía en su cama durante casi toda la noche. Vierais a Unamuno de aquella guisa, que para sus enemigos hubiera sido un estupendo hallazgo... A mí maldita la gana de reír que me daba su presencia, a la luz de una bombillita de diez bujías y con apariencia más fantasmal que de este mundo. Medio despierto, veía yo marchar a Don Miguel, seguro de que, pasada una media hora, tornaba, con el primitivo termómetro de su mano, a tomarme la temperatura de la frente... y con el libro santo bajo el brazo.

Bueno; la cosa no era para tanto, pero Meneu se empeño en curarme al sol de un «espolón» benaventano, con lo cual la gripe se exacerbó y hubo que trasladarme a casa, y la excursión quedóse a medias. Sin embargo, todavía hubo lugar para discutir, de regreso, en el vagón, de tercera, si sería prudente suprimir la hache de bromhidrato de quinina, por inútil, tanto para nuestra pronunciación, como para la terapéutica de la gripe. Y aquí intervino también la nueva teoría unamuniana sobre el sentido común, tan favorable a estas modificaciones analfabéticas...5.

Bien se ve en el libro de Unamuno lo poco que dio de sí la andanza de la «granja», aunque a él le produjo una pequeña cosecha de sonetos, que están allí estampados y que antes me envió a mí en varias postales. Helas aquí:

Salamanca, 18-4-1911

En la Granja de Moreruela,

Domingo de Resurrección de 1911.

En una celda solo, como en arca de paz..., etc.

Y, ya en prosa, continúa:

Ya ve, mi querido Antón, que de algo sirven las palabras de los Castelares lugareños y las visitas a los molinos barineros. Estoy, además, escribiendo un poema largo, inspirado en mi visita a la Granja. Cuando lo acabe, se lo enviaré. La sustancia es la del precedente soneto.

Quiero que me escriba usted cómo le va del catarro y más que del catarro la aprensión.

Vuelva al Concejo. Eso le curará de muchas cosas.

Meneu creo sigue tan ecuánime.

Adiós.

Un abrazo de

Unamuno

5. Un triunfo del sentido común ha sido actualmente la supresión de la p en las palabras de estirpe griega que comienzan con psi, como «psicología» tantas otras. Parece que no ha tenido en cuenta que psi es una sola letra en griego y la han partido en dos (i), dejándole útil la segunda parte.

Rompe el soneto de la postal soñando en un imposible, y así continúa, y así termina, pero Unamuno olvidó que los cistercienses no tienen celda...

Exactamente: de un compañero de excursión, que a la vista de una charca florida se puso a poetizar, salió este soneto en mucha parte.

No recuerdo el poema largo de que habla Don Miguel, inspirado por las ruinas de Moreruela, ni sé si lo terminó y me lo mandó, como prometía.

El 27 del mismo abril, en cambio, me envió otra postal, ésta con dos sonetos; el que comienza *Estudioso y modesto escarabajo...*, y el que empieza: *Me voy de aquí, no quiero más oírme...*, ambos, creo, publicados. Por eso no los inserto completos, aunque no holgaría reproducirlos.

Y añade:

Estos dos, con otros dos, son los que he hecho, amigo mío, después del de la granja de Moreruela. ¡Duro con el beocio que la está dejando arruinarse! ¡Ruinas del porvenir! Qué hermoso comienzo para algo... Porque también el porvenir se arruina. Pero, ánimo. Don Pascual sigue cara a la vida, infundiendo esperanza con su sola presencia. Adiós.

Unamuno

El segundo de estos dos sonetos tiene mucha importancia, sobre todo por los tercetos, donde aborda el tema del espejo o de los espejos, que, con tanto interés y cuidado, analiza en su libro Moeller.

Seguramente conocía esta poesía, tan inquietante.

Del 1º de mayo de este año es otra postal donde Unamuno me escribe dos sonetos; el primero, con un error notable, que Unamuno corrigió al publicarlo. En la postal, primitivo original del soneto, dice: *Solo aquí en mi jaral, como un jabardo...* No tardó el maestro en notar el desliz, y se apresura a enmendarlo, mandándome la siguiente nota: *Abí le va eso, querido Antón, a título de devolución. Acabo de encontrarlo.* Era una revista que yo le pedía.

Y sigue:

En uno de los sonetos que le envié, el verso primero debe decir, no «solo aquí en mi jaral, como un jabardo», como dice, sino «solo en mi monte, lejos del jabardo».

Confundí jabardo con jabato, y son cosas muy diferentes. Sigo soneteando y Meneu sigue viendo. Adiós. Le abraza

Unamuno

P. S.: Este artículo no llegó a tiempo a mi libro «Por tierras de Portugal y de España».

EL segundo soneto de esta postal es el que se inicia con el verso: *Soledades de mi alma, soledades...*

Para remate:

Los dos sonetos son de hoy, primero de mayo, fiesta, dicen, del llamado trabajo... ¡A afilar el colmillo! Le abraza

Unamuno

Es curiosa la confusión de Unamuno en el primitivo original del soneto primero, porque jabardo significa el segundo enjambre de una colmena y, el diminutivo, remolino de gente con ruido y algazara.

Así lo remendó, como pudo, después, Don Miguel, con esta última acepción.

Otra postal con otros dos sonetos: es de 20 de mayo de 1911. Ambos son consecuencia de nuestra visita a Moreruela y se hallan juntos en el libro *Andanzas y visiones*. Verso inicial del primero: *Si me buscas es porque me encontraste...* Comienzo del segundo: *Déjame que en tu seno me zambulla...* Como estrambote, me dice:

Cuánto más grato sonetear que intentar convencer a doña Carmen...

Un abrazo de

Unamuno

Todavía añade: Búsqueme otro consonante en: onja.

Se conoce que no le gustaban todos los que rimaban en los dos cuartetos del soneto segundo. Y no le faltaba razón a Unamuno, pues eran bastante desafortunados.

Copio íntegros los cuartetos en su redacción primitiva, la de mi postal:

*Déjame que en tu seno me zambulla,
Donde no hay tempestades; como esponja
Habrà en Ti de empaparse mi alma monja
Que en el cuerpo, su celda se encapulla.
Mientras Satán sobre esta mar arrulla
Y hecbiza al mundo con fatal lisonja
Al busmo de almas con que henchir su lonja,
Yo te gozo, Señor. Ni me aturulla.*

Reformados después los cuartetos, fueron publicados de esta manera:

*Déjame que en tu seno me zambulla,
Donde no hay tempestades; como esponja,
Habrá en Ti de empaparse mi alma monja
Que en el cuerpo su celda se encapulla.
Mientras Satán sobre esta mar aiúlla
Al busmo de almas con que bechir su lonja,
Más dulce aquí que jugo de toronja
Me es tu agua, Señor. Ni me aturulla...*

La reforma, como se aprecia, obedeció a sustituir la palabra «lisonja» por «toronja», único consonante que se me ocurrió enviarle, si es que a don Miguel no se le ocurrió también. Pero con la nueva redacción quedaron los desdichados cuartetos tan desdichados como antes.

No es muy feliz tampoco el principio con el verbo «zambulla» para abrir boca. Pero esto tiene su explicación. Es palabra sugerida por un texto del padre Sigüenza que cita Unamuno junto al propio soneto y que es como sigue: ...«*andan estas almas sencillas (digámoslo así) como zambullidas en Dios y en sí mismas*», etc. Y acaso todo el soneto salga de tales conceptos.

En cambio, el soneto primero de esta postal: *Si me buscas...*, no necesitó correcciones de ninguna clase y es magnífico. Ya he dicho que está publicado en *Andanzas...* también.

La postal del 3 de junio de 1911 me trajo solamente versos: otros dos sonetos, que presumo publicados, y no lo sé, pero que la sola sospecha me aconseja no dar aquí de ellos más que el primer verso de cada uno.

Uno: *Cada día que pasa su secreto...*

Otro: *Oh acedia del hogar, oh mal de casa...*

Si el lector no los conoce, debe saber que ellos son de los mejores que escribió Unamuno. Cuánto mejores que el Rosario de sonetos líricos, compuestos casi todos en 1910 y editados en 1911. Colección, en bastantes ocasiones, poco laudable, por abundante en sarcasmos de tipo volteriano y hasta de tal ordinariéz, que choca con la finura innata del autor. *Ese Rosario de sonetos* no tiene nada de rosario, que quiere decir corona o contrario de rosas; y es una lástima. En fin, libro desagradable, por lo menos. Y, en cuanto a sus notas, caben *corrigenda*. Por ejemplo: página 279; dice allí que los querubines bíblicos que cubrían el Arca con sus alas no son otra cosa que esfinges egipcias, animales fabulosos de cabezas y pecho humano, cuerpo de toro y garras de león y alas de águila, atributos que se distribuyeron luego entre los cuatro evangelistas. Pues, no. Las esfinges egipcias no tienen alas. Los querubines del Arca eran esfinges asirias, o sea los leones alados que describe exactamente Ezequiel en su «visión». Y, de ella, precisamente, pasan, ya desintegrados, en cuatro seres, a simbolizar a los evangelistas.

Otra errata. En ésta, Unamuno, corrigiéndose ya a sí mismo, da a la palabra «yeldo», usual en Salamanca y Zamora, el sentido de «levantado» o «enfermo» —el pan—, y eso viene a ser, por etimología, pero no sólo eso, sino excesivamente fermentado y, mejor y más exactamente, agrio. Esto último es yeldo, propiamente, «en romance paladino».

Y termina este epistolario con una tarjeta postal hallada por acaso entre mis papeles. Tiene importancia, porque señala para Unamuno la fecha crítica de su injusta destitución como rector y porque es una muestra más de su coraje.

Hela aquí:

Salamanca, 29-9-1914

Gracias, gracias por su carta, mi querido amigo. Mi nombramiento de rector, hace cerca de catorce años, me sirvió de mucho, mi destitución me servirá de más. Soy hombre de lucha y sé que a quien se está a la defensiva, acaban por arrollarle. Y me da asco el ambiente de cobarde pordiosería que aquí —en España y muy especialmente en Salamanca— se respira. Hoy hago cincuenta años; calculo que no me quedan sino diez de vida verdaderamente activa —aunque pase de los ciento será un jubilado— y la bergaminada me da nuevas fuerzas. Ya lo verá usted...

Le abraza

Unamuno

Seguramente le contesté a vuelta de correo, facilitándole por su cumpleaños, coincidente, poco más o menos, con el decreto de Bergamín que separaba de la dirección universitaria a un hombre símbolo entonces y símbolo hoy de la propia escuela.

Por otra parte, es curioso comparar lo despectivo de esta postal con lo que en alguna carta anterior dice sobre su Salamanca «ascendente», ¡hasta para «Don Paco»!... Bastaba ese testimonio para desconfiar, pero Unamuno era de una candidez infantil.

CONCLUSIÓN

Ha terminado lo que conservo de mi correspondencia con Don Miguel de Unamuno. Bien se advierte que no es completa, ni parece asidua, a pesar de serlo. Ya me he referido a esto al encabezar la serie de documentos y comentarios. Lástima no poder reavivar charlas y diálogos, o, mejor, monólogos, donde Unamuno aparecería como era. Porque, la verdad, ni sus cartas, ni sus libros lo resucitan espiritualmente; mucho menos sus libros, y muchísimo menos las críticas

y exégesis de sus celosos glosadores y comentaristas. Éstos, sobre todo, no hacen otra cosa que desfigurar y embrollar la personalidad del maestro, tal como él era.

Viene a cuento aclarar algo repetido por mí en las añadiduras, no sé si acertadas, pero necesarias: aquello de ignorar si lo transcrito está publicado, aquello también de renunciar a completar versos, apelando a esa misma ignorancia, etc., demostrando con ello que no he leído las *opera omnia* de Unamuno. Pues es verdad: no las he leído, ni he querido leerlas, ni las leeré. Las que escribo durante nuestra comunicación me fueron conocidas por sus lecturas en originales. Por entonces también, al publicarlas, me las enviaba inmediatamente. No las releía ni siquiera cuando hube de hacerle algún artículo, que a él le satisfacía siempre, porque no estaba escrito sobre el texto publicado, sino sobre lo que yo le había oído a él a propósito de la obra, aún en el telar, o sobre lo que a mí se me ocurría en comentario o réplica viva. Ya se ve lo que me dice cuando le mando el trabajo mío en torno a sus publicaciones, y a las cartas me remito.

Lo que leí ya rondando la obra por el mundo, casi siempre me desencantaba. Y no porque la hallase inferior o menos importante de lo prejugado, sino porque se me desdibujaba la personalidad del autor. Éste del libro impreso no era ya el del libro leído, accionado, discutido, aclarado, hasta recitado pidiendo dispensa y perdón, por muchas razones, al mínimo auditorio, si éste torcía el gesto. Y eso que tengo para mí que no pocas cosas se callaba Don Miguel cuando leía sus escritos.

O se engallaba desafiante también, frente a los molinos de viento de un contradictor ilusorio, que muchas veces sería su propia conciencia, o al menos sus confusiones y sus dudas tremendas. Porque esos fantasmas se hinchan, alzan y acrecen cuando escucha uno su propia voz, leyendo y razonando... ¡Y qué descubrimientos se hacen y qué equivocaciones se deshacen entonces!

Bien. Lo cierto es que yo no volví a leer a Unamuno desde que advertí que su lectura me devolvía a un personaje extraño: el pensador, el crítico, el polemista, el atormentado junto con el calculador y, en fin, el político... Pero no el hombre de campo y plaza que yo conocí. Y he preferido quedarme con el recuerdo de éste.

Por ello, he huido también de los «descubridores» de Unamuno: críticos, intérpretes, comentaristas y hasta inventores del personaje, con todo lujo de aditamentos y de accesorios. Y de los formadores de teorías unamunianas sobre toda clase de entes: la vida, la muerte, la fe, el amor... Es verdad que de todo ello escribió y discutió el maestro, pero las teorías sistematizadas y ordenadas escolásticamente son de sus testamentarios archilibrescos. Seguramente ninguno de ellos leyó a Unamuno debajo de una encina, como él quería que se leyese a Goethe. Apestan a biblioteca y a fichero, estas sentencias inapelables sobre la vida, la conciencia, la fe y los tormentos de Unamuno, hombre impresionable y contradictorio, tal vez solamente penetrable para sus familiares y para sus amigos de todos los días. En una palabra: no bastan sus escritos para conocerle y menos para juzgarle, ni para edificar sobre ellos. Pero sirven, en cambio, para que se luzcan los críticos y exhiban la profundidad de su saber. ¡Con lo que le gustaba a Unamuno esta clase de literatura! ... Porque, en definitiva, todo ello no es más que literatura. No sería

extraño, además, que se haya construido alguna teoría sobre cualquiera de esas «coñas» con que Unamuno gustaba de medir la capacidad para el humorismo de los prójimos literarios, que, sacudiendo la testa, creían nacidas en el campo de lo sublime las tomaduras de pelo del maestro.

Y ése era Unamuno. El hombre que reía con ganas cuando se terciaba; escuchaba con mucho agrado al interlocutor, hacía chistes si venía a pelo, se interesaba por las cosas del campo, dibujaba estupendamente encinas, torres y lugareños; no tenía ni raspa del erudito, del investigador, del libresco, ni del solitario. Ni mucho menos de ese tipo sombrío, melancólico, abstraído y abstracto que nos pintan sus biógrafos, como devorador de libros desde su infancia. Por lo menos, el que yo conocí, cuando él tenía 40 años, era un señor agradable socialmente, tan sólo raro por lo del chaleco, sin la menor presunción de sabio, pero sí de varón prestante; accesible, aunque con despachaderas imponentes, si venía al caso... y, en fin, lejos de esa estampa alucinante de hombre poseído por una legión de diablos, como un verdadero cuadro de ánimas. Sus angustias parecen graves, pero a caso las han ampliado los comentaristas, dándoles nombre a las infinitas herejías y errores en que incurrió el desdichado, tal vez sin saber cómo se llamaban.

Ahora bien: no se olvide, ni olvido yo, que solamente puedo referirme a los años que van del 1904 al 1914, durante los cuales tuve comunicación más o menos frecuente con don Miguel. Ni de antes, ni de luego, puedo decir nada. Debo, pues, reconocer que probablemente los glosadores meditabundos sobre antes y después de tal período tendrán motivos para decir lo que dicen, aunque niego que conocieran al héroe más que de referencias orales o escritas; mas, al fin, referencias, por valiosas y fehacientes que ellas sean. Y deben serlo; aunque de las apostillas, profundas y veraces, siempre resulta un hombre que no tenía otra vida sino la de una permanente tortura espiritual o literaria, cuando esto es inexacto. Disfrutó de la vida quieta y apacible de su hogar, de «su» Salamanca y de «sus» dehesas, hasta que, envenenado de política, renunció a la paz, si bien renunció por motivos patrióticos indiscutibles, pues Unamuno era un sincero y apasionado amante de España, de «su» España...

Sobra la mayor parte de esta palabrería de mi cosecha para lo que aprendí: que tanto la obra publicada de mi ilustre amigo, como los comentarios fervorosos y harto profusos de sus exegetas y admiradores, me desfiguran y trastornan al hombre que fue Unamuno, real, viviente y verdadero... durante su vida de diez años. Yo no sé más. Como me basta, he renunciado a buscarle tres pies al gato y, así, queda mi recuerdo de Unamuno en aquel de las charlas, de los paseos zamoranos, del epistolario y de las lecturas.

Las lecturas... Esto es triste. No recuerdo apenas nada de ellas. Los doce ensayos, que titulé más tarde *Del sentimiento trágico de la vida*, obra capital de las suyas, según el autor, me fue leída, durante años, en fragmentos semanales, y no dejó en mí la menor huella, tal vez por ir tomando el veneno en pequeñas dosis. Así, cuando supe que estaba en el *Índice*, me pregunté:

¿Por qué será? ...

Sus razones habrá para ello. Yo solamente quiero decir, con esto, que no recordaba ni recuerdo absolutamente nada de esa obra, ni de otras, hermanas.

Unamuno, hombre de vida intachable y de moral rígida, luchando por creer, cayó en mil errores, pero, si llega a tener fe, es de presumir que hubiera llevado su vida religiosa a términos de sequedad y de aspereza intansigentes, bien dolorosos.

Basta, Basta: dejemos la cosa aquí. Mejor cien veces refugiarse en la memoria visual de aquel gran niño, vestido algo teatralmente de pastor anglicano, siempre de azul marino, lanzándoles bolitas de pan a los distraídos; o del testigo severo de una vida española ramplona, indignado además contra los plumíferos de Madrid, ignorantes y majaderos, que le sacaban de quicio y le atormentaban como agentes del propio Satanás ... O acogerse al recuerdo del debelador del sentido común, en campaña perpetua, hasta cuando contemplábamos aquel arco románico mal parado, y Don Cándido decía: «Caramba, esto es un peligro para las personas». Y Don Miguel, reflexivo: «¡Cuánto sentido común tiene este Don Cándido!», que no había reparado en los estupendos capiteles del monumento. (Debe añadirse que Don Cándido era un personaje dentro del campo de la cultura provincial...) o refrescar la «memoriola» de un Don Miguel explicando, lápiz en mano, el equilibrio de una torre y, en función del mismo, la sabia distribución de las campaneras, caracol y cubierta de la obra.

Sin dejar que se pierdan, entre los accesorios del teatro, las *litis pendentiae* con Doña Carmen, destituida por el rector inexorable. Entonces, llevado yo a la rastra como «hombre bueno» de la profesora, hubé de asistir a la despedida inapelable, que fue así: «Bueno, Doña Carmen, ya estoy harto de oírla y la conozco perfectamente. Ahora, haga usted el favor de irse a dar un paseo, mientras Antón y yo tratamos de otros asuntos. Ya se reunirán ustedes en la estación».

Y sin más me condujo al cuarto más recóndito de su casa para leerme unas poesías recientes. Al pasar por el comedor, pude yo ver en el centro de la mesa un pan intacto, grande, redondo y dorado, de aquellos cocidos al horno de leña, y que era el símbolo de la paz familiar. Pero también me sugirió a mí aquel pan otras ideas: de allí saldrían las famosas bolitas para la catapulta digital de Don Miguel.

Así prefiero recordarlo yo.

SOBRE «POESÍAS», DE MIGUEL DE UNAMUNO*

Raíces de versos.

Esto son las poesías del maestro.

Me decía en carta, hace algún tiempo, un amigo poeta: «Conozco algunos versos de Unamuno. Son admirables, pero ¡qué secos!»

Eso, eso, secos, duros, fibrosos —le contestaba yo—; eso, fibrosas son esas poesías, ásperas como raíces, raíces de versos.

Como las raíces, hundidas en lo hondo de la tierra, así esos versos, buscando el jugo soterráneo —él mismo lo dice—, ahondando infinitamente hasta encontrar la vena fresca y rica de agua pura. Como las raíces, henchidos de savia y de alma estos versos: duros como hierro, como las raíces, con una trabazón de fibras, que cuando pasa el tiempo, se fosilizan.

En lo obscuro labora la raíz; tiende las raicillas, como tentáculos, en densa red, para beber la vida. Y así estas poesías, en lo obscuro, en lo ignorado, en lo no visto aún, buscan la vida y el alma en el misterio —claro fondo para los videntes— y allí beben vida nueva y son fruto de vida. Pero su labor es oculta, es como un culto misterioso a la belleza que mora en el palacio inaccesible y hondo de los iniciados. Es labor de raíz.

De ella luego, y para todos —hasta para los pájaros— surge el árbol espléndido que tiende el pabellón pomposo de su copa verde bajo el sol y sobre la tierra. Ello es salud y regalo. Las raíces allá en lo oculto quedan haciendo su labor; son secas, al parecer y duras y fibrosas, pero de ellas salió el árbol a la vida. La vena fresca de agua soterránea la hallaron las raíces: hubo que bajar allá, a las entrañas de la roca, para encontrar el manantial fecundo.

De estos versos raíces, que bajaron a lo hondo para beber el agua pura, que supieron donde estaba la vena, que se sumieron en lo desconocido, seguros, firmes, a mojar sus raicillas en el manantial de la belleza escondida; de estos versos raíces surge también la copa frondosísima de las enseñanzas altas, y surge para todos. El maestro nos dio raíces nada más. Luego, en el corazón de los hombres, irán floreciendo y fructificando, y será florecimiento y fructificación vigorosa y fuerte, porque la raíz abreva en fuerte fuente y vigorosas aguas: aguas de fortaleza, de amor y de hermosura, aguas densas que traen disuelto hierro de peñascos, sudor de hombres que se filtró por el terruño, y, con el sudor, sangre; y como están las raíces hundidas en agua de sangre, sangre será su savia, y su fruto, fruto de corazón.

* Editado en *Ateneo*, n. xviii, 2 (1907) 485-488.

Y no será efímera y fugaz la planta que de esas raíces surja, secas por fuera, como buenas raíces, y jugosísimas por dentro. Será de lento desarrollo y, por eso, más vital y perdurable.

He aquí la razón de por qué no se comprende a Unamuno y no debe comprenderse. Lo que nace pronto y se desarrolla rápidamente es planta de poca vida. Los árboles que necesitan más gestación y llevan más tardanza en su crecimiento, lento e inapreciable, son árboles de siglos.

No florecerán pronto las raíces de esas poesías del maestro; pero no deben florecer sino lentamente y poco a poco

Encinas duras, recias y fibrosas, de eterna hoja, retorcidas y austeras, templadas a fuego y a hielo, firme sostén que no lleva el viento ni el torrente; encinas «todas corazón» serán los árboles que broten de estas raíces. Ya brotarán: acaso no deban brotar todavía. Las encinas tardan mucho en crecer. ¿Comprendéis ahora por qué no fructifican todavía esas raíces en todos los hombres?

Pero ahí está la raíz jugosísima. Confiad, tened fe, que poco a poco crecerá la encina, poco a poco se comprenderá a este maestro, y después de la planta perdurará.

Ni Unamuno quiso darnos árboles formados y fructificados. De ser así, no hablaría de buscar las aguas soterrañas; buscaría la luz para el ramaje espeso, y dice: «No busques luz, mi corazón, sino agua».

Y dicen: «¡Qué secos, qué ásperos!» claro, secos, ásperos, eso es, como raíces; veamos dentro, y allí está el jugo, y más aún: cuando las raíces no tengan jugo interno es que lo dieron todo, dieron su vida y su savia a la planta. Labor más altruista no puede pedirse. En estas poesías hay acaso fuerza para todo.

Raíces de poesías son estos versos de Miguel de Unamuno.

Una tarde, en el muelle de Gijón, al llegar la noche —noche de verano—, oía yo religiosamente recitar al maestro su «Oda a Salamanca».

Había pronunciado Unamuno aquella tarde un discurso sincero, y, tras los aplausos, paseando frente al mar y lejos ya de palmadas y homenajes, el poeta hablaba en poesía y yo escuchaba callado, recogido: era la primera vez que oía a Unamuno versos, y nunca me había dicho que los hiciera. Pues no me sorprendió. Sabía ya que era poeta, como no podía menos de serlo, un hombre como él. Primero fueron unas traducciones de Carducci y de Leopardi; luego, su oda soberbia.

Era junto al agua negra del muelle, y de noche ya ...

Y después, en Septiembre pasado, una tarde serena, ante el bendito campo de Castilla, el maestro rezaba estas poesías, preparadas ya para la publicación; las rezaba en un tono igual, energético, acentuado. Era aquello así, como los golpes de un martillo pesado sobre el yunque: monorítmicos, monótonos, pero fuertes, constantes y soberbios. Cada verso un martillazo. Aquella voz, machacando con

aquellas palabras y con aquellas ideas, en su tono repetido, con la misma nota siempre, energética y dura, era el mazo, el mazo de hierro, que, terco, potente, hace su labor y modela, no cerebros de cera, sino de hierro duro.

De martillazos era el sonar de los versos y el canto del lector, más afirmador, rotundo y contundente al finalizar cada estrofa.

Escuchaba aquella tarde y no me preocupaba la salida del libro impreso, pues siempre pensé en el lento crecer de la encina...

Yo había sentido lo bastante ya y empezaba a comprender. Yo sé, además, cómo están hechas estas poesías, porque vi a Unamuno vivir y escribir alguna de ellas.

No todos, sin embargo, saben esto, ni todos pensaron tampoco que Unamuno era poeta. Esto, por la pobre y miserable idea que tenemos de la poesía en esta tierra. Ahí está Guerra Junqueiro, ahí están esas «torres de Dios», jalones, hitos visibles que sobresalen fuera de las aguas en la gran inundación del tiempo, y véase cuál es su poesía y véase qué hombres eran. Que no ha de ser el poeta la eterna alondra o el ruiñeñor eterno.

Sólo en esto pensaba al pensar en la salida del libro. En esta tierra de encasillamientos había de maravillar esta nueva modalidad del maestro, y la gente había de decir boquiabierta: «¡Unamuno poeta!» sí; poeta, y poeta desde siempre, poeta al modo de los grandes que hacen poesía con grandes ideas de esas universales y eternas, de aquellas que son las de esos jalones que marcan la vida de los hombres.

Acostumbrado estaba yo a leer al maestro y a oírle y a estudiar en él, y cuando le oí recitar versos suyos, callé, dispuesto a escuchar, nada sorprendido.

Poeta, poeta altísimo es el maestro y poesías son las suyas.

En el alma de las cosas todas está la poesía: en la esencia de todos los conceptos está la poesía.

Las cosas tienen un alma compleja y oscura. A los hombres, mirándonos a los ojos, se nos adivina un poco de alma; mejor, se nos ve, se vislumbra algo del fondo de aquel lago obscurísimo, pero el fondo entero, el lecho tal cual es, el misterio negro de nuestras almas... Ése es misterio.

Y así las cosas. Tienen una superficie cristalina, y el alma de ellas, que es su lecho, se adivina un poco de alma; mejor, se nos ve, se vislumbra algo del fondo de aquel lago obscurísimo, pero el fondo entero, el lecho tal cual es, el misterio negro de nuestras almas... Ése es misterio.

Y así las cosas. Tienen una superficie cristalina, y el alma de ellas, que es su lecho, se adivina al mirar, cambiada, lejana: los videntes ahondan más, ven más alma y saben de ese fondo mil cosas ignoradas y misteriosas que los demás no vieron.

El poeta va al alma de las cosas y canta el alma que ve. El «coro» va tras él y goza en lo que entiende, porque el poeta le guía y le lleva en su viaje soberano.

Pero muchas cosas quedaron ocultas porque el poeta no las «vio». Y el coro las ignora.

Surge un poeta más excelso, más vidente e iniciado. Sus ojos penetraron en lo más hondo del lago obscuro de la vida, y aquel hombre elegido dijo lo que vio. El «coro» se extraña, hay un movimiento de incredulidad o de asombro. «Esto es nuevo —dicen—; esto es extraño». Y entonces se dicen muchas cosas para explicar aquello. Y es, sencillamente, que no lo comprendemos porque no lo vimos. Y de lo conocido por nosotros a este fondo tan oculto hay tanta distancia, que cuando el poeta quiere guiarnos a él, soltamos su mano y volvemos atrás, temerosos de la obscuridad de aquel fondo negro.

Esto es: que nos extraña aquello por nuevo y por obscuro, y no ponemos lo posible por conocerlo por miedo a la negrura. Es más cómodo decir cuatro lugares comunes, o afirmar que hay cosas poéticas y otras que no lo son y que el hombre que descubrió el lecho misterioso no es poeta, y otras cuantas cosas...

De esa hondura, de ese fondo ignorado, de ese lecho desconocido, ha sacado Unamuno la poesía de sus versos, densos, como él dice, pesados, que llevan «plomo en las alas», firmes como golpes de mazo, secos y nervudos como raíces.

Todo es poético. Pero no todos los poetas pueden penetrar en la poesía de las cosas que parecen no serlo. Y he aquí porque muchos se extrañan de lo que Unamuno dice. Día habrá en que no se extrañen: cuando fructifique la planta. Aún tardará, pero el surgir será fuerte y tal vez definitivo.

No sé cómo he discurrido sobre el maestro y su libro. Muchas cosas más debiera decir de ellos, acaso pequeñas y de poca monta, pero sinceras y sentidas.

Día tras día voy viendo en el maestro algo cada vez más hondo o más alto. No me sorprende nada, porque siempre espero más de él aunque me asombre.

Esperamos, esperemos aún.

¡Unamuno poeta! Si; gran alma, gran corazón: ha visto muchas cosas que son un arcano para los demás. Pero con surgir de las poesías raíces del maestro frondosos árboles de enseñanzas y de bellezas, acaso nada satisfaga tanto a este poeta como que prenda y agarre el corazón que a raudales derrama.

Dije que estas raíces se abrevaban en aguas de sangre, y los frutos serán, como de sangre, frutos de corazón; y, en su apostolado, el maestro acaso quiere eso: dar corazón, y que sus hermanos se sacien en él, como en un Prometeo. Recordemos la poesía en que el maestro lo canta. Y luego, entre todos, «cogidos de las manos, como en rueda de danza, Dios cuajaría» ...

¡Unamuno poeta!

Siempre recuerdo una mañana llena de sol, frente a una ciudad en que cada piedra es una ejecutoria, sobre un altozano verde en Castilla, en esta Castilla tan bien sentida por Unamuno, en esta tierra «nervuda, enjuta, despejada, madre de corazones y de brazos»; cara a la ciudad hidalga, recitaba el poeta estrofas del

Romancero, viejas y augustas, con música de rito, y decía, fijos los ojos en la alta y gruesa torre de San Salvador de Numancia:

De un lado la cerca el Duero;
Del otro, la peña tajada...

Acaso Unamuno se acuerde también de esta hermosa mañana.
Allí vierais un poeta, un gran poeta.

FRANCISCO ANTÓN

II FRANCISCO ANTÓN A UNAMUNO

Como he comentado al inicio, a una sugerencia inesperada del buen amigo D. Felipe Ruiz Martín se debe el origen de este artículo. En una conversación en que aludí a mis investigaciones en el archivo salmantino de la Casa-Museo Unamuno, él dejó caer la pregunta incitante: ¿No se ha encontrado usted con Francisco Antón? Tuvo una gran relación con Unamuno. Atento a su llamada, pronto tuve en mis manos medio centenar de cartas de él para mí desconocido personaje, casi todas escritas entre 1905 y 1911, de bella redacción e interesante contenido.

Descubrí el espíritu de Antón Martín, sus anhelos e inquietudes, sus aficiones y esfuerzos, sus juicios y apreciaciones, su coraje y sus desánimos, precisamente en sus cartas. A esta estima nacida al filo de la lectura, he podido añadir más tarde noticias sobre su vida y sus publicaciones. La verdad es que aunque esté presente en una reciente obra de Ángel Cruz y Martín, *Galería de zamoranos ilustres* (Zamora 1985), pp. 41-47, su figura se había ido oscureciendo con el paso del tiempo y era escasamente aireada en la publicística actual. Lorenzo Rubio González la ha recordado estos últimos años y su trabajo nos aporta datos preciosos sobre la personalidad de Francisco Antón¹.

Francisco Antón Casaseca nació en Corrales del Vino, provincia de Zamora, el 22 de diciembre de 1880, aunque sea Valladolid la que le cuenta entre sus ciudadanos memorables, pues en esta ciudad vivió desde 1918 hasta 1970, ejerciendo no poco protagonismo en su vida cultural. Hizo sus estudios primarios y secundarios en Zamora, los universitarios en Salamanca, Valladolid, Madrid y Zaragoza, obteniendo licenciaturas en Derecho y en Filosofía y Letras. Su vocación inicial fue el periodismo. A los 18 años fue director de *El Correo de Zamora*, luego colaboraría en *El Liberal* y *El Imparcial* madrileños y en otras muchas revistas y semanarios. Su obra se halla dispersa y necesitada de que alguien la rastree y la reúna. Tras su matrimonio con Ventura Sánchez Álvarez (1913), de Medina de Rioseco, se instaló en Valladolid, compartiendo periodismo, enseñanza e investigación, esta última sobre todo en el campo del arte castellano. Como muestra podemos citar su Estudio sobre el coro de la catedral de Zamora (Zamora 1904), *El templo de Santa María Magdalena* (Zamora 1910), *El Arte Románico Zamorano* (Valladolid 1918) y su obra más importante *Monasterios medievales de la provincia de Valladolid* (Valladolid 1923), editado nuevamente en 1942. Presidió la Comisión Provincial de Monumentos y el Patronato del Museo Nacional de Escultura, ambos de Valladolid, y fue correspondiente de la R. Academia de San Fernando y de la de San Luis de Zaragoza, y de número de la Academia vallisoletana de la Purísima Concepción.

1. Lorenzo RUBIO GONZÁLEZ. «Literatura en Valladolid en el siglo xx» (1900-1939). *Historia de Valladolid X*, 1 (Valladolid 1989), pp. 127-140, reproducido con el título «El paisaje castellano en Llanura de Francisco Antón», en *Castilla*, núms. 9-10 (1985) 143-155.

En su haber literario cuenta poemas de juventud, cuentos y hasta novelas como *La llanura* y *Sobre todas las cosas*. Domingo Rodríguez en su *Bibliografía Vallisoletana* (Valladolid 1955) pp. 58-60 ha recogido amplio elenco de sus publicaciones en *Ideas*, *Revista castellana*, *Éxodo*, *Ateneo*, *Juventud castellana*, y en revistas argentinas, italianas y francesas. Coincide con autores de la Generación del 98 —el 98 tenía 18 años— en su amor al paisaje castellano. Amaba la soledad del campo, era gran conversador, hombre honrado y sincero, sensible al arte y de hondos sentimientos religiosos².

Tal es el corresponsal de Unamuno, cuyas cartas me propongo exhumar del olvido. Ellas de por sí nos ilustran no poco sobre el grado de amistad estrecha que le unió a Unamuno, con el que departió en persona o por carta innumerables horas, sin contar las que Unamuno pasa con él en frecuentes viajes y paseos por Zamora. Sorprendentemente Antón publicó, ya octogenario, las cartas que poseía de Unamuno, con preciosos comentarios sobre las mismas y evocaciones llenas de interés de la imagen de Unamuno de la primera década del siglo, grabada a fuego en su memoria. Aquel era su Unamuno³.

A mí me toca completar esa relación, rescatando del silencio las cartas que *entonces* le escribía al rector salmantino el joven zamorano de 25 años, quien ya en su primera carta conservada —20 abril 1905— recuerda a su «cariñoso amigo» su relación anterior⁴. Su carta primera quiere romper el silencio y seguir «relaciones cordiales y entabladas de palabra y por nuestras conversaciones, de las que tanto provecho y gusto saqué siempre» (Carta 1).

Se reconoce principiante en lides literarias, pero manifiesta con tristeza que falta ambiente en Zamora y se puede progresar poco; en Madrid prima la lucha por la existencia y se muestra impenetrable. En los pequeños pueblos se abren aficiones, pero no hay librerías, sino tiendas de objetos de escritorio. Antón añora los «buenísimos ratos» pasados en compañía de Unamuno en Salamanca⁵ y espera ansiosamente su carta. Así se inició esta relación epistolar.

La iniciativa fue correspondida. Nueve son las cartas de Antón en 1905, otras tantas las de 1906 y 1907. Seis las de 1908, cuatro de 1909-10, seis de 1911, dos de 1913, una de 1914. Luego nos quedan una de 1923 y otra de 1934. El período de relación epistolar intensa es 1905-1908. Las cartas, en lenguaje llano y terso, traslucen la admiración y entusiasmo de Antón por Unamuno a raíz de los libros que publicara éste en tales años y al mismo tiempo sirven para llenar la biografía de Antón, para conocer la manera en que se va abriendo camino, las puertas abiertas o cerradas que encuentra, sus abatimientos y cuitas, su atención a los consejos de

2. Datos tomados del artículo anterior.

3. Francisco ANTÓN, «Unamuno a través de un epistolario inédito», *Orbis Catholicus* (1963) 173-226.

4. Estas cartas se conservan en el archivo de la Casa-Museo Unamuno, bajo la sigla A 4, 32-6

5. F. Antón estudió Derecho en Salamanca los cursos 1897-1898 y pasó en 1899 su matrícula a Valladolid.

Unamuno. Algo rastreamos a través de las cartas de las visitas de Unamuno a Zamora, del entusiasmo de Antón por enseñarle sus monumentos y por conversar con el maestro sobre temas trascendentes o sobre aficiones comunes.

«¿Le parece a usted cosa de intentarse un casi estudio de la psicología de esta tierra y de esta gente observada en un pueblo, en el campo, en el cantar, en el vestir, en los ojos, en los movimientos, reflejada en los animales que rodean al hombre aquí, el borrico, el perro, el gato...?». Algo de ello intentó Antón en sus novelas. En otras ocasiones Antón se explaya hablando de la generosidad espiritual, de sus cuitas sentimentales, del porvenir de Castilla, de las visitas a Zamora de extranjeros que le envía Unamuno desde Salamanca, o comenta discursos y poesías de Unamuno. «Su amigo de verdad», «su muy amigo», son expresiones cálidas con las que cierra sus cartas. Antón se profesa discípulo, admirador, seguidor, afiliado a la doctrina y pensamiento de Unamuno, contempla su obra y su ejemplo. En momentos de desaliento, Unamuno le fortalece: «Yo, cada vez que hablo con usted, parece que recibo en el alma una inyección de fuerza, un empuje, un impulso, y pienso más hondo y siento mejor y veo más despejado todo de neblina y, por fin, anoto, escribo, realizo obra. Después, usted no sólo nos da aliento a los jóvenes, sino también fe e ideal. Dios se lo pague» (*Carta 18*). «Mucho de su ejemplo y mucho de su espíritu fuerte me ha salvado ahora y le debo toda mi resurrección», le dice en carta del 29 de septiembre de 1907. «No sabe Vd. lo sincera y hondamente que le pago su cariño y bondad para conmigo y con qué fervor más entusiasta le agradezco de lo más hondo del alma esa bondad. Ya sabe cómo le quiero, admiro y venero, maestro y amigo queridísimo» (*Carta 28*).

Estas cartas son auténtico diálogo y conversación entrañable, con momentos profundos (*Cartas 20, 22, 24*), con reflexiones sobre el ambiente literario e intelectual y orientación sobre lecturas. En algunas se reflejan momentos de tristeza y soledad. También de agobio: «Zamora me agobia... Ayúdeme ud., yo se lo pido por lo que más quiera. Estoy ya sin más esperanza que la que ud. me da, maestro querido» (*Carta 29*). En otras, el asco que le produce el ambiente madrileño, para el que invoca el «látigo» de Unamuno (*Carta 30*). En la del 1 de mayo de 1908 la incertidumbre ante su futuro personal: «Luego la incertidumbre de mi destino, lo brumoso del porvenir, todo indecisión... La repulsión que siento por mi carrera es invencible, sí. Coger un libro, un código, y ya estoy loco, me zumba la cabeza, no puedo retener aquellos casos... Y no sé qué será de mí. Esto me atormenta mucho. Me veo adelantado en la vida y sin ganar el pan» (*Carta 33*). Tenía entonces 28 años.

La carta de pésame por la muerte de la madre de Unamuno nos reserva una confidencia inesperada: «Y me hace imaginar su pena, no sólo el conocerle a Vd., sino también el haberle oído un día hablar de su madre de un modo que no he olvidado, con la devoción tan honda, con un orgullo por ser su hijo, tan profundo, que me impresionó extraordinariamente» (*Carta 35*). Elegido concejal de Zamora (1909), Antón se muestra dispuesto a cumplir con su deber, mas su pesimismo respecto a las posibilidades de rehacer el ambiente es extremo (*Carta 37*). Aún le profesa «invariable afecto», se dice «amigo cordial y verdadero y siempre admirador y devoto», se interesa por las obras teatrales de Unamuno (*La Princesa doña*

Lambra, La Esfinge, Fedra), por el *rosario de sonetos líricos*. En 1911 le escribe camino de Rioseco y en mayo desde la misma villa castellana. Allí contraería matrimonio dos años más tarde. El año 1912 en blanco, y casi también el 13. En septiembre de 1914 se asoció a la protesta por la destitución de Unamuno del Rectorado (*Carta 48*). De los años restantes sólo nos queda una carta desde Rioseco (1923), comentando un soneto de Unamuno y con unas pinceladas sobre la sequedad y polvo ambientales (*Carta 49*), y un telegráfico pésame con motivo de la muerte de la esposa de Unamuno (1934) (*Carta 50*). Dos años después moría Unamuno.

Treinta años más tarde, Francisco Antón editaba las cartas de Unamuno que poseía, con muy sabrosos comentarios. A gran distancia de tiempo, Antón las comenta. Su tiempo vital, ya con 83 años, es otro muy distinto de aquel joven de veinte o treinta años. Probablemente no recordaba con claridad los mensajes de sus cartas juveniles, pero guardaba en el alma el recuerdo vivo del Unamuno que él conociera muy directamente casi sesenta años antes, y es fiel a tal recuerdo. ¿No se filtrarían aguas de su *tempo* vital con las del *tempo* de lo evocado?

Círculo de Zamora
20 Abril 1905
Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo y maestro: Mil veces pensé escribir a Vd. y comunicarme por carta con tan cariñoso amigo, siguiendo así relaciones cordiales, y entabladas de palabra y por nuestras conversaciones de las que tanto provecho y gusto saqué siempre. Dejaba el escribirle y lo aplazaba.

Pasaban días y meses; pero hoy cumplo mi deseo.

Y le escribo, aprovechando la circunstancia de haber publicado Vd. recientemente, querido maestro, un libro sobre el «Quijote»¹.

Esperaba conocer su obra y escribirle luego felicitándole; pero pensé después que no es preciso leerlo para darle la enhorabuena por ello, pues, siendo suya, será de maestro. Reciba, pues, mi felicitación, la más humilde, pero la más entusiasta.

Yo he venido publicando algo de estas tierras en crónicas y artículos sueltos; ensayos de pricipiante. Y lo triste es que aquí se puede progresar poco; falta ambiente; y en Madrid hay una impenetrabilidad feroz, efecto indudable de la lucha por la existencia; ahora, que la teoría queda algo desvirtuada: allí no vencen los fuertes, sino los sinvergüenzas; no los que tienen mejoras y bien templadas armas, sino los que disponen de buen caballo que les ayude en el torneo y que con su poder les dé la victoria, sin grandes esfuerzos y habilidades de paladín.

Pero el caso es que en esos pueblos pequeños se abren las aficiones que es una bendición. No he podido leer el libro de Vd. por la sencillísima razón de que no hay manera de hallarlo. Los librerros, no son librerros; sus librerías son tiendas de objetos de escritorio. Y estoy doblemente interesado en conocer su obra, porque ya Vd. me adelantó de ella noticias que me encantaron y abrían el apetito de conocerla, este verano en Gijón.

Con que, mi querido maestro: moléstese, se lo ruego, en escribir unas líneas a un buen amigo de Zamora, que no le olvida, se lo aseguro, ni tampoco los buenísimos ratos que su compañía me ha proporcionado, ni lo mucho que de Vd. aprendí.

Y perdone, se lo ruego, por no haber escrito a Vd. antes, no una sino muchas veces.

Vaya con este cariñosísimo saludo, la felicitación más entusiasta por su último libro y el deseo de volver a verle pronto, de su muy amigo de verdad, de corazón y admirador entusiasta.

Francisco Antón

CMU A4, 32-6, n.º 1

1. *La vida de D. Quijote y Sancho* (1905).

Círculo de Zamora

12-Mayo-1905

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo y maestro: Yo sabía que estaba Vd. en Madrid y por eso no extrañaba no llegar su carta. El deseo de ella, de sus nuevas gratísimas, me hacía esperarla con más impaciencia; por eso la alegría que ella me ha proporcionado ha sido doble, y más aún el anuncio de su visita a esta tierra; conste que le aguardo y que le aguardo pronto.

Su «Quijote» no ha llegado, y no lo he pedido, porque no sé adónde hacerlo. Le tengo verdadera impaciencia por saborearlo. Lo que sobre él se me ocurra será siempre pobre y sin sal, pero ello sea lo fuese, que presiento será alabanza cerrada, se lo diré al público. Ahora siento de veras mi poca autoridad. Como *joven*, nada más con este título ¿quiere Vd. que le diga en *La República de las Letras*, por ejemplo? esto, si otra firma más prestigiosa no lo dice, que sí lo dirá.

Si, señor, sí, quiero colaborar en *La República*, y en *Nuestro Tiempo* en *La Lectura* y en cuantos periódicos o revistas admitan mis cuartillas. Hasta ahora, escribí en *El Liberal*, algo en *El Diario Universal* y en *España* y ciertamente, sobre todo al *Liberal*, estoy agradecidísimo, pues él me sacó una miaja a la luz. Y quiero que Vd. me aconseje, querido maestro. Me han dicho por Madrid, que esto de *Castilla* lo siento algo. ¿Vd. conoce los engendros míos? ¿cree Vd. que puedo seguir en tratar, de pintar a Castilla como buenamente puedo? si es así, le remitiría algunas impresiones de paisajes, de cielos y campos, de rincones castellanos, para la revista en que esto mejor puede cuajar. Si para *La República* es preciso hablar claro y fuerte, hablaremos; calcule Vd. lo que le agradeceré esa protección, esa amistad, esas bondades de que me hace objeto: quiero que Vd. la vea, quiero probárselo yo, porque no sé decírselo, querido amigo mío. Si lo merezco, le pidó sea yo uno de esos jóvenes a quienes piense lanzar en ese mundo.

Yo, probablemente, reuniré en un tomito unos cuantos trabajos, publicados e inéditos y los echaré al mundo; ya veremos. No sé qué tal resultará la empresa.

Con sus impresiones, consejos y noticias, escríbame, se lo ruego, y según Vd. me diga, así trabajaré pra la revista o periódico, español o de América, que me indique.

No deje Vd. de decirme dónde puedo adquirir su precioso libro; lo llamo ya así, porque lo será seguramente.

Me ha dado Vd. alientos, porque yo era de esos que los va perdiendo.

Gracias mil y mil. ¿Puedo servirle en algo? pues, en franqueza, ni empacho, con su libertad absolutísima, mándeme.

Hasta la suya o hasta su visita a Zamora. Una u otra cosa, que sea pronto.

Y, agradecidísimo y admirándole siempre, y muy a sus órdenes queda su amigo sincero, de verdad, cordial

Francisco Antón

En lo poco que pueda serle útil, me tiene Vd. a su lado, como amigo y como admirador, para todo y principalmente para reparar injusticias.

CMU A 4, 32-6, n.º 2

Membrete tachado

Juzgado Municipal de Zamora

18-V-1905

Mi querido amigo y maestro Unamuno: nuestro común amigo, Don Francisco Morán, apenas llegado de Salamanca, me envió un libro de Vd. Llegó a casa cuando yo no estaba en ella: lo pusieron sobre una mesa de mi cuarto, llena de papelotes y libros, no me advirtieron nada y, hoy, fijándome en aquella mesa, vi el paquete, atado y cerrado y medio escondido detrás de una pila de revistas. Con curiosidad rompí la cuerda —aún no sabía lo que era— y tuve la agradabilísima sorpresa de hallar lo que ya con verdadera impaciencia esperaba ya; y, dentro del libro, la dedicatoria que lo avalase, y que en el alma agradezco, y sus líneas aparte, líneas que cumpliré al pie de la letra.

Hoy mismo, comienzo la sabrosa lectura, y si se me ocurre algo, que sea digno de Vd. y su libro, lo diré y lo diré con la honra en la oreja (¿) y la adarga apercebida, aunque, pobre cabelleruco sea una caricatura, con mis humos, del grande, del honrado, del casto y cuerdisimo Quijano.

No juzgo a Zamora muy propia de escuchar lo que de su libro se diga. No está esta tierra ni aun en el tránsito al estado en que pudiera recibir esas raras novedades. De hacer algo, lo haré para fuera ¿No le parece a Vd.?

En fin, tengo impaciencia por empezar a leer su «Vida», me apresuro a escribir a Vd., acusando recibo. Ya Vd. supondrá que, si no le había escrito, fue debido a causas no voluntarias. Y hoy le doy la explicación de mi silencio, que siento de verdad, por si Vd. creyera que conozco su libro desde cuando debía conocerlo, de no ser esa circunstancia que lo impidió.

Esperando su visita y sus consejos cuando tenga el gusto de verlo, quedo. Si no viene antes, yo le escribiré cuando termine la lectura, que quiero sea entretenida, de su libro, y le mandaré cuartilla para *La República de las Letras* o para *La Lectura* o *Nuestro Tiempo*.

Mil perdones y gracias mil. Cumpliré todo o que me recomiende,

Muy de verdad y sinceramente es su amigo y admirador

Francisco Antón

Escribo volando, ni tiempo, y para que no deje de ir hoy la carta.

CMU A4, 32-6, n.º 3

Zamora 12-Junio-1905

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido maestro y amigo: con notas hechas acabada la lectura de su libro, escribí hoy el artículo que le mando.

Yo siento una profunda admiración por el libro de Vd.; no sé cómo declararle; si dijera todo el entusiasmo que me ha causado, parecería el artículo un bombo tremendo. Por eso va así.

Es sincero, sincerísimo: escrito con el corazón en la mano. Acaso esta cualidad sea lo único apreciable que tenga. Si eso vale, vale el artículo, que le aseguro que, si peca de parcialidad, es en todo lo contrario al libro. Cuando algo es cuando menos sincero soy, de verdad que sí. Sólo entusiasmo inmenso me ha producido su incomparable *Vida de Don Quijote y Sancho*. Insisto en que han entendido en Madrid ese libro, o no se han tomado el trabajo de quererlo entender.

Por aprovechar el correo de hoy, le escribo carta.

Yo quisiera que el artículo fuese en *La Lectura*, o en *Nuestro Tiempo*, o en *La República*. ¿Qué me dice? yo se lo envío para que Vd. lo vea.

Si tuviera entrada en *La República*, querría hablar claro de algunas cosas de Madrid.

Yo quedo esperando noticias tuyas.

He huido en todo la velocidad posible de la erudición, la mayor parte de las veces barata, y me he atenido solamente a impresiones subjetivas, personalísimas, y eso es lo que digo en las cuartillas que van con ésta. No sé ni la letra que llevan. Están escritas volando, y son las únicas, las originales, yo me quedo sólo con notas sueltas.

Quiero que vayan hoy.

Hasta la tuya, maestro.

¿Cuándo viene Vd.?

Hasta su visita, pues, o hasta su carta; que ellas sean pronto.

Muy afectuosísimo saludo de un admirador y amigo muy de verás

Francisco Antón
CMU A 4, 32-6, n.º 5

Membrete

Círculo de Zamora

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo y maestro: —Antón— dirá Vd. se ha olvidado de mí: y mire Vd. querido amigo mío, a media lectura de su *Quijote*, que, contra tirios y troyanos debe proclamarse como cosa honda y *no entendida* —creo yo—, me cogió un disgusto de esos que, sino graves para los demás, tiene para nosotros una importancia grande y aplanan y aniquilan. Y es que nuestra alma los siente como inmensos, en el cristal de un lago tranquilo una piedrecilla que cae, levanta espuma y conmueve el agua y la riza. Claro que ello será menos que un golpe violento de una roca que se despeña en el agua; pero cuando no hay peñascos, las piedrecillas hacen su huella también.

Lo cierto es que he estado y estoy abatido por una pena: *mía, muy mía*. Seguí leyendo en ese estado de ánimo y créame Vd., me puse más triste. Ya tenía yo dentro escarabajos y dudas y llagas de esas que Vd. quiere abrir en los corazones; ya las tenía, sí, pero Vd. se ha abierto más. Dios se lo pague. No he terminado su *Quijote*. Lo rumio y lo releo. Voy poco a poco: quiero leerlo también con calma, con el alma algo alegre: quiero estudiar la impresión que me produce así. Veo en él muchas cosas, muchas cosas no dichas hasta hoy; cosas que sentimos —acaso— sólo nosotros; unos locos que no nos hartamos de ahondar en el alma de las cosas para entristecernos más cada vez, para angustiarnos más, para —tal vez— destruirnos la vida a fuerza de tristeza y de pesimismo y de amarguras, y todo por Dulcinea, por Dulcinea, por Dulcinea, ¿Cree Vd. firmemente que no seríamos felices con Antonia Quijano, en una casa blanca, cuidando una huerta, cara a cara con Dios, pausadamente viviendo, calladamente, obscuramente, entre árboles y entre hijos —en donde rebrotan y luego en un cementeriuco de pueblo, bajo una capa de tierra, ligera, movida, como la de Becquer? yo no sé, le juro que no sé.

Pienso alegrarme y leer más veces su *Quijote*. Creo que los periodistas que *hacen críticas*, leen por encima el libro que cogen, o unas páginas sólo; en el de Vd. tienen que meter el alma y fruncir las cejas y aplicar la atención y, claro, eso es pedir mucho a quien no sabe hojear el Larouse.

Le escribiré más y, luego, si llego, lo que se me ocurra del libro, No sé si podré decir todo lo que pienso.

Escríbame.

Y ahí va el saludo cordial, cariñoso, de admirador y de amigo.

Francisco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 4

Membrete

Círculo de Zamora

29 Junio 1905

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: no sé si Vd., leería en *La Lectura* un artículo sobre su notabilísimo *Quijote*. Apenas he leído el artículo ése, pero me parece poca cosa para lo que el libro merece. Y...no he visto más. Es sencillamente imbécil lo que pasa por ese Madrid. Y cada vez me convenzo más de que todo viene del encasillamiento; esa serie de cajones con que tienen cuadrículada la vida, y ¡allí todo el mundo! al que no quepa por rebasar de la casilla, que la estruje y se la tunde para que quepa; al que baila dentro del cajón, se le rellena los huecos como los embalajes de bibelots y adelante. Y viene quien ni cabe ni encaja en una casilla y, aquel hombre que no es «poeta» o «filósofo» o «científico» o «novelista», o «dramaturgo», es...algo que no sabrán por allá y lo llaman loco, inencasillable.

Y si tiene participaciones de todas esa casillas, son unos hombres indescifrables, locos seguramente también. Se puede ser de dos o más casillas, pero hay que tener perfectamente limitada cada una de las cualidades. Echegaray es «matemático», «dramatugo»...

Desde luego, las obras que se escriben deben ser inteligibles a la primera lectura que el crítico les dé, en la cama, de vuelta de oír vulgaridades en un teatro o en una tertulia o en un ateneo. Y, maestro Unamuno, Vd. no es encasillable, ni *inteligible*. Hay que rumiarle y eso no lo pueden ni lo saben ni lo quieren hacer los de Madrid, los «críticos».

A nosotros, los jóvenes, nos desprecian un poco; somos alocados, modernistas —el encasillado— ¿Ha leído Vd. una supercrítica de un tal Castro del *Diario Universal*? ¿Es tremendo?.

Son todos ellos de los que llaman a Galdós¹ primera figura de la literatura española. ¡El pesado, cursi, vulgarísimo y eminente encasillable Galdós!. Desde luego, es una figura digna de... la literatura española.

Estoy rabiando por ver lo que dice Vd. de las cosas mías. No quería decirle que hace honor a ellas, pero se lo digo, porque sí se lo hace. Conste, pues, que no es *cliché*, que es sinceridad.

¡Si viene Vd. qué trabajo me cuesta seguir ese consejo que Vd. me dé!

1. El novelista Benito Pérez Galdós (1843-1920).

Tampoco Vd. lo practica, a pesar de predicarlo, y esto me alienta a desobedecerle. Dice Vd. que no ponga alma, que no la saben ver ni apreciar ¿Por qué le pone Vd. maestro? *no podemos menos*; es una triste verdad.

Pues a hacer alma, a metérsela en el corazón a los que ni la ven, ni la tienen; a sembrar trozos de alma en el yermo corazón de nuestros hermanos. Quiero escribir cuartillas para la *Rep. de las Letras*; hace mucho calor y enerva, peor las haré y se las mandaré a Vd.

Y que le vea pronto aquí su agradecido discípulo que tanto y tan de veras le quiere.

Francisco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 6

Ilustre Colegio de Abogados de Zamora

Particular

4 Julio 1905

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: le escribo volando y sólo para decirle dos palabras. Me dicen de Madrid que se publicó el artículo en la *Rep. de las Letras*. Aquí ni se recibe el periódico para la venta, ni cita nadie su escrito, así que no lo he visto; y tengo interés ¿Cómo podría proporcionarme algún número? dígame Vd. como y dónde puedo pedirlos. Sobre todo, quiero conocer lo que Vd. escribe, pues tal vez, si me hallo con fuerza, continúe sobre el tema y apretando, en lo del sueño de los yangüeses principalmente, y en el desprecio que se hace por los yangüeses madrileños deben lo de fuera y que llevo alma.

Dígame, se lo ruego, las señas de la casa de la *Rep.* para pedir esos núms. y suscribirme. Y si tiene Vd. uno de sobra en el acto, mándamelo, si le sobra a Vd. Perdón. Escribo de prisa y corriendo. Que la vea pronto. O tal vez le vea yo a Vd. ahí.

Mil saludos afectuosísimos de un amigo muy de verdad.

Francisco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 7

Zamora 11 Julio 1905

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo: Quería escribir a Vd. largo, y, al fin, tengo que hacerlo más deprisa de lo que pensaba, y ha de ser hoy, pues no quiero que pase más tiempo sin acusar recibo de su carta y del ejemplar de la *Rep.*, que le agradezco muy de corazón.

Me gusta el semanario, sí, y le enviaré a Vd. cuartillas en cuanto haga algo. Crea Vd. que me cuesta trabajo no escribir en modernista; ya me he hecho a un estilo que no sé si tiene algo de mío, pero que sirve mucho para expresar mis ideas y mi manera de ver las cosas, aunque es modernismo atenuado, como había visto Vd. También tengo algo de bilis en el cuerpo —justísima bilis, se lo aseguro— y pienso echarla en cuartillas. Lo que me hace falta es el espolazo: un libro como el Quijote de Vd. que me despierte y me *haga pensar*. De otro modo, tengo adormecido el espíritu de rebelión, y, por desgana, por la influencia del ambiente y de la ascendencia literaria —aquella malhadada excitación y la pereza de la «descansada vida» —me *hago* a lo que me rodea y pienso en cliché. Pero el excitador de su libro me despierta. De otra manera, nos tumbamos al sol en el huerto de la flecha y dejamos pasar y dejamos hacer.

Como habrá Vd. visto, leí su caponería, que me entusiasmó, así como suena. Es briosa, valiente y justísima y hace falta que le digan las cosas así según ellas sean como es esa; decididas, arrogantes. Mi enhorabuena, maestro. Los artículos de *Nuevo Mundo* no los he leído. Busco el número. Por eso no quería escribirle hasta leerlos; repetiré la carta en cuanto los vea.

Sigo pidiendo números de la *República* para ver todo lo que salga allí. ¿Podría colaborar en *La Lectura* o *Nuestro Tiempo*? ¿Qué le parece a Vd. propio para esas revistas.

Ahora pienso echar al mundo una serie de trabajos reunidos en un tomito:

Ya veremos lo que resulta, y, si no me metiera miedo la empresa, me atrevería con un estudio psicológico novelado, que tengo en el telar. Espero impaciente su libro *Escuela e Instituto* que salga pronto. Déme Vd. noticias de él.

¿Le veré a Vd. por aquí pronto?

Adiós maestro; le saludo cordialísimamente.

Siempre agradecido y siempre suyo un amigo de verdad.

Francisco Antón

¡Ah, mil millones de gracias por la pajarita, por la cocotte! Mande más cosas de ésas, sí, mande más bichos, que son preciosos.

CMU A 4, 32-6, n.º 8

Zamora 1 de Abril 1906
Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo y maestro: con la carta de Vd. llegó el Sr. Bushnell Johnson, recorrimos esta ciudad, y marchó para Galicia el buen profesor, después de haberme hecho subir con él a la torre del Salvador, en la Catedral y después de plantarse él, agarrado al pararrayos, sobre el picurucho de la torre, con las haldas del levitón de viento.

Ya tenía ganas de escribirle. La verdad, no le había escrito ya —y más de una vez hubiera querido— por temor a distraerle y a importunarle con impresiones y pesimismo y jeremiadas, de las que no me veo libre aunque quiera. Vd. me pregunta bondadosamente en su carta «¿qué es de Vd.?, y esto me anima, alargando algo la carta, a decirle algo más y de mi espíritu. No escribo nada hace mucho tiempo. El periódico donde publiqué algunos trabajos en Madrid, *El Liberal*, no sé por qué ha dejado de admitírmelos. Recibí de aquella casa, del redactor jefe principalmente, alabanzas hiperbólicas y aplausos que me chocaron algo, la verdad; pero es el caso que a mí me convencían por darme a conocer, además que eran dichos con algo que a mí se me antojaba sinceridad y honradez y creí, si no en los aplausos, por lo menos en el afecto del que me los enviaba. Cuantos trabajos mandé a *El Liberal* todos vieron la luz en sus columnas, como crónicas, y alternando con las de Dicenta, Nogales, Zárraga¹, etc., continué escribiendo, y un día se me antojó ir a Madrid. Les extrañó en *El Liberal* mi juventud: pensaron que era de otro más viejo el autor de aquellas crónicas, me celebraron algo y... se acabó: no sé el motivo, pero lo cierto es que desde aquel día en que me vio Vicentí, ni me ha vuelto a publicar más crónicas, aunque algunas de las últimas que le he enviado es menos mala que otras publicadas y celebradísimas por ese señor, *ni siquiera ha contestado a mis cartas*. Le advierto a Vd., querido maestro, que Palomero y Nogales me han dicho que, cuando mandaba mi trabajo desde aquí, a todo el mundo y a todas horas estaba proclamando mi mérito (¿) y alabándose del *descubrimiento* que había hecho ¡en Zamora! esto me lo han dado a entender. Bien. Lo cierto es que, sin explicación para mí, no ha vuelto a ser admitido nada mío allí. Esto me descorazonó algo: tengo la piel poco dura todavía y esta conducta incomprensible me hirió en lo vivo, y empecé a pensar si realmente todo aquello mío serían solamente fuegos fatuos y un chispazo ligero, que pasó, nada firme y duradero y fundado; he llegado a creerme agotado y a no pensar más en escribir; así me tiene Vd. Muchas veces he pensado en escribir algo de lo que Vd. me pedía; hasta me

1. Joaquín Dicenta, periodista y dramaturgo (1863-1917); José Nogales, (1860-1908), periodista y autor de novelas, cuentos, escritos costumbristas; Ángel Zárraga, mejicano pintor que colaboró en la prensa española.

he puesto a ello, pero luego empiezo a dudar de mí mismo y a declararme inepto y tonto de capirote, y tiro la pluma y me desespero. Claro es que si yo tuviera un periódico de Madrid o de América donde colaborar, desecharía al fin escrúpulos y temores y me metería de una vez y haría acopio de audacia y escribiría, pero no lo tengo. No escribo para esta tierra, porque esta gente es lo más agarbanzada, vulgar e imposible que pueda haber: ni pueden ni quieren. Y, claro, el ambiente es aplanador, infecundo y terrible: es un formidable apagavelas. No lee la gente aquí: los que leen pasan los ojos medio adormilados por telegramas de crímenes y bodas de infantes y de imbéciles con corona. Así se vive aquí. Todavía no estamos lo suficientemente educados para adentrarnos del todo, hacernos un alcázar oculto con nuestro ser y morar en él. Si esto hubiese llegado ya, escribiríamos para nosotros mismos, sin importarnos nada los demás; es decir, que ni publicaríamos lo que escribiésemos, sino que lo dejaríamos en cuartillas para leerlo nosotros solos y gozarlo intensamente, bueno o malo. Yo lo observo, cuando veo una cosa hermosa, un momento solemne de la naturaleza, siento sólo, no gozarlo tanto; necesito comunicar a alguien aquel goce: una puesta de sol por ejemplo. Creo que todavía no estamos educados para gozarla solos: de esto tiene la culpa la ciudad, el núcleo: Es indudable: si alguna alegría tenemos en la vida, se la debemos a la naturaleza o a nosotros mismos; y las tristezas, a los demás hermanos nuestros. Yo me arrepiento de haber escrito esto, porque probablemente habré dicho varias tonterías: perdóneme. La cosa es que yo todavía no sé vivir solo, es decir, sí sé, pero sin trabajar, sin producir esperando y medio durmiente; sí sé aislarme, pero escribiendo, produciendo, no; no sé guardar sólo para mí lo que escribo; me parece un trabajo muy inútil. Tal vez será esto un poco de altruismo inconsciente triste, querido maestro, su carta ha venido a despertarme ¿Qué cree Vd.? Vd. es un buen médico de espíritus. Aconséjeme. Leer, sí, eso sí, leo todo lo que puedo y es bastante, no ceso. Y, la verdad, alguna vez se me ocurre pensar que se escribe bastante mal por esos mundos. Ha salido tan poco un *Tristán o el pesimismo* ¿Qué le parece a Vd. la cosa? ¿Ha visto Vd. algo más vulgar y más falso y más tristemente equivocado que el *Tristán*?² ¿Ha visto Vd. un pesimismo más precioso y *demodé* que el de *Tristán*? pero, estoy metiéndome en camisa de once varas; hablando con Unamuno yo debo callar y escuchar lo que Vd. diga ¿Qué me dice Vd. de su *Tristán*?

Pensé escribirle a Vd. cuando sabía que estaba de vuelta de Madrid, después de la reunión de la Zarzuela, para que me dijese Vd. lo que allí hubo, pues los periódicos estaban imposibles y no daban idea de aquello. Yo hubiera preferido una sola frase de Vd., y ella podría ante mi público y orador y discurso y todo.

¿Cree Vd. que puedo *resucitar*? ¿sobre que me aconseja Vd. que escriba y para dónde? ¿me proporciona Vd. alguna salida, algún puerto donde grite o cante o llore o rabie o lo que Dios me dé a entender, pero donde haga algo? Dígame Vd. sobre

2. *Tristán o el pesimismo*, de Armando Palacio Valdés (1906), obra preferida del autor —cf. González Porto— Bompiani, *Diccionario literario de obras y personajes X* (Barcelona 1967-8), 346-7.

qué cree que puedo escribir y se lo mando y Vd. lo rompe o lo envía a un periódico o una revista si le parece bien, o hace de ello lo que se le antoje.

En Madrid no tengo agujero por donde meterme y los amigos que están en algún periódico, ya ve Vd. que me han olvidado. Acaso lo merezca, y si es así, Dios le ponga la buena obra.

Vd. si se acuerda de mí, y yo le juro que no le olvido, le juro que le reverencio siempre y tal vez, aunque pobremente, le comprendo, querido maestro, y veo en Vd. necesidades, transparencias de alma que otros no ven; sencillez, franqueza, *verismo*, que muchos llamarán *pose*. Yo he aprendido a ver que habla Vd. con verdad, con toda el alma, lo he aprendido en su *Quijote*, en párrafos, en capítulos enteros, sinceros y abiertos como alma de niño. Yo así lo creo. Y así lo son. «No ponga Vd. alma en lo que escribe; eso no se cotiza»; me decía Vd. una vez. Y Vd., maestro: ¿por qué la pone? ¿por qué la pone a raudales, como en ese *Quijote* soberbio? porque hemos de ponerla, porque debemos ponerla, porque eso es lo honrado: echar fuera el corazón, llevarlo a la vista de todos; si no se cotiza, mejor; más lejos estamos de los demás y más arriba en la torre, y más altivos, más orgullosos ¿Miró D. Quijote si el corazón se cotizaba, maestro? no miraba, y lo echó por todos los poros de su cuerpo y de su alma; fue sembrando corazón por aquellos caminos; recogía él desdenes y palos, pero ¿quién dice que no fructificará con el tiempo el corazón que sembró el caballero? ¿por qué no ha de fructificar más adelante el que siembre Vd.? ¡Ojalá pudiera yo sembrar mucho, aún a costa de palos de yangüeses pero ya ve Vd. que tal ando yo del corazón. Estoy aniquilado. Más su amigo que nunca y hoy más su devoto, agradecido y humildísimo admirador que le quiere de verdad

Francisco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 9

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi querido amigo y maestro: ¡tanto tiempo sin contestar a su grata y sabrosísima carta! Pero, óigame Vd.: creía que había Vd. marchado a Bilbao y, ahora hace pocos días leí que había Vd. regresado ya a Salamanca; esperaba su regreso para escribirle. Además quería enviarle algún trabajo de revista para que, siendo de su agrado, me lo recomendase Vd. a la publicación que le pareciera... Y ésta es la hora en que no he escrito nada, ni sé, ni puedo. No sé qué es: llevo más de tres meses sin escribir una cuartilla. En confianza, querido maestro, yo creo que hay mucho de pereza en esto. Su carta fue para mí un latigazo: desperté, pero he vuelto a dormirme; desperté, porque sus palabras y, además su ejemplo anima y alientan. Verle a Vd. con una autoridad indiscutible, a una altura ya mundial, admirado y justamente admirado, siempre en la brecha, trabajando, elaborando siempre, dándonos cosas que ni hemos soñado los demás nombres. Es un buen ejemplo, querido maestro. Mire Vd., yo he querido ver el secreto de mi vida, para oírle dictarme sus secretos, y le he oído tales inconsecuencias, tales dudas y algo tan anormal y extraño, que le atajé pronto y le hice callar. Todavía no sé prescindir de los demás, y les tengo miedo: no me atrevo a decir lo que siento, porque no tengo valor suficiente para arrastrar las consecuencias. Además podrían ser equivocaciones mis juicios y mis ideas y temo mucho que se rían de mí.

Y aquí me tiene Vd. pensando todos los días intentar algo para enviárselo y desechando todo lo que escribo, y no decidido nunca; ya tengo muchos deseos de verle a Vd. y que me hable. Estoy deseando que cumpla su promesa de venir por acá.

¿Le parece a Vd. cosa de intentarse un casi estudio de la psicología de esta tierra y de esta gente, observada en un pueblo, en el campo, en el cantar, en el vestir, en los ojos, en los movimientos, reflejada en los animales que rodean al hombre aquí, el borrico, el perro, el gato...? un artículo sobre las torres de las iglesias en estos pueblos, esas torres que se ven de lejos. Algunas veces creo que se puede escribir sobre esto; creo sentirlo y, de pronto, me acobardo y no escribo; empiezo a pensar si esas cosas interesantes para mí, serán tonterías y ya no doy plumada.

Bueno: hace mucho tiempo que no leo nada de Vd. Sé que es incansable y en estas horas estará Vd. colaborando en media docena de revistas de España y América y tal vez preparando otro libro ¿es así? digo que no leo nada de Vd. y no es cierto; no leo lo nuevo porque no lo veo, pero el *Quijote* lo leo todos los días ¡sí que vertió Vd. alma!

Es cierto, maestro, que es una gran virtud la generosidad espiritual y aquel rasgar el corazón, cuando se ha henchido, cuando se ha preñado de amor y de afectos y, a vena fecunda, volcarse sobre el mundo; y un gran vicio capital, el reseca esos afectos y el comprimir el corazón, que luego secos, dejan adentro un sedimento de amargura por el bien no hecho, una amargura que empaña las almas

nobles para toda la eternidad. Pero nosotros tendríamos más generosidad si nuestros hermanos la tuvieran; si yo le viere el alma y el amor a través de un cristal de bondad, yo creo que sería lo mejor y más generoso.... digo, no sé, es probable que no viera sino algo negro y repugnante que me hiciera peor, o por lo menos más orgulloso y altivo. De todos modos nuestros *hermanos* son poco generosos. Vd. les desprecia y les domina; yo no puedo tanto y me recojo y arranco o dejo secar las hierbecillas de generosidad que me brotan en el alma. Que le vea muy pronto querido maestro. Sabe que de verdad le quiere su fiel amigo

Paco Antón

Zamora 29 Abril 1906

CMU A 4, 32-6, n.º 10

Zamora 19 de Julio 1906

Mi querido maestro Unamuno:

¿Cuándo le veo aquí?

No le he escrito más veces, porque un día y otro esperaba a que viniese Vd. Tengo grandes deseos de verle y oírle. Tengo, además, grandes deseos de escribir, pero quiero que lo que haga sea para mandárselo a Vd. y no hallo nada digno de ello. Pensaba escribir para las revistas que Vd. me señalaba, pero realmente, no sé qué hacer que tenga el carácter especial necesario para ir a la revista. Guardo bastante inédito, pero todo crónicas, impresiones ligeras y de filosofía barata, de 6 a 8 cuartillas todo y, vamos, no creo que sean propias para eso. Son momentos de esta naturaleza, trozos de paisaje, estudios de luz y de color; yo creo que todo lo que de Castilla he hecho, formando un tomito, o reunido sin tomo ni libro, resultará algo con unidad y su poco de ambiente castellano, no sé: pero, sueltas esas cosas, ya le digo, maestro, no me parecen más que brochazos sueltos. Ahora hice una excursión a un templo visigodo que hay en una hoz, en el Esla; me impresionó la una y escribí unas cuartillas: *una lata*; 23 pedazos de papel emborronados! ¿Le agrada a Vd.? ¡Qué se yo! si hablase con Vd. seguiría la senda que me marcara: tengo ganas de escribir, de trabajar mucho y de que Vd. me guíe y, si lo merezco, de que Vd. me lance al mundo; para las revistas, para América quiero mandarle. No me diga Vd. «haga lo que se le antoje» sino «debe Vd. escribir sobre esto y como se le antoje, en cuanto a procedimiento». Nadie como Vd. sabe lo que gusta en los periódicos o lo que es propio de ellos o de las revistas en que, con su mediación, puedo yo colaborar. Por eso le pido esa guía,

Ya sé que Morán le dijo de mí que me tenía trastornado un asunto «sentimental» como diría Valle Inclán, *el repetidor*; pero crea Vd. que no es eso, por lo menos, no es eso sólo. Es también una abulia extraordinaria, porque me parezco un vencido y un agotado, y otras veces me parezco un desgraciado; luego, veo cerca una facilidad, una puerta, y me gana de repente una pereza, un ansia de dormir tremenda; o mejor incapaz de llegar allí, y me rindo antes y me abandono o procuro luchar, y la primera dificultad me desalienta y me acobarda.

Pero ahora, *he hecho coraje*. Voy a trabajar: si puedo, si Vd. cree que puedo, deme una mano, querido maestro y querido amigo mío. ¿Cuándo viene Vd.? escribame, pero si piensa venir, venga por acá.

Espero su carta de todos modos, pues si viene me lo anunciará antes ¿no es así?

Conque hasta muy pronto, maestro.

Sabe cuanto le admira, respeta y quiere

Francisco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 11

Zamora 1 Agosto 1906

Mi querido maestro Unamuno: No le he escrito enseguida porque quería enviarle esas cuartillas al propio tiempo que la carta. Hoy las he certificado y cuando éstas llegen a sus manos, ya habrá recibido el artículo; tenía 22 cuartillas ¿qué le parece a Vd. la cosa? algo hiperbólica resulta, pero me entusiasmo el asunto y vacié el depósito de los laudes. Si me lo publican, ya me dirá Vd. dónde le mando para estar al cuidado y adquirir el periódico o revista en que salga. A su talante lo dejo todo. Con el simpático Zulueta¹ pasé unas horas inolvidables. Todo cuanto Vd., me indicaba de su cultura y ameno trato resultó poco; quedé encantado y admiradísimo; ni respiré, dejándole hablar. Es admirable, se extrañó profundamente cuando, hablando de Castilla, me preguntó, qué opinaba del porvenir de la región, y le contesté que no había pensado en ello. Todavía, realmente somos un pueblo digno de cualquier cacique. Estamos bien regidos por los marmolillos o por los usureros ¿no le parece a Vd. maestro? sólo los catalanes priman por *la unidad* por la agrupación y conocen lo que vale el esfuerzo unido al esfuerzo para el bien común. Bueno, pues; qué gratísima para mí la estancia de Zulueta en Zamora. Recorrimos toda esta ciudad y hablamos, o habló de todo y especial y principalmente de Vd., al que los dos profesamos igual admiración, igual culto e igual cariño.

Amargó el último rato que con Zulueta pasé un asunto que tenía que ventilar en un pueblecillo inmediato y tuve que dejar al buen amigo, el sábado al mediodía.

Y al llegar a la estación me encuentro con Royall Tyler²; yo no salía de mi asombro. Él, como la cosa más natural del mundo me dijo lo que había comido. Hablamos sin descanso hasta que llegué a Corrales, y le dejé en el tren. Tyler le llevaría recuerdos míos. Es preciso que venga Vd. Necesito que vea la cátedra y no se qué más. Le engañaron con la catedral.

Traiga las poesías, no deje de venir, pero con las poesías, que tengo ansia de oírse las decir; y de oírle hablar y de pasar un buen día o, mejor, unos buenos días.

Hasta su visita, pero anúnciemela. Dígame qué le parece el artículo.

Afectos a Tyler y para Vd. un abrazo cariñoso de su siempre devoto y amigo fidelísimo que de verdad que le quiere

Francisco Antón

¿Recibió Royall Tyler el artículo mío sobre la custodia de Zamora?

CMU A 4, 32-6, n.º 13

1. Luis Zulueta y Escalano (1878-1964) pedagogo, político y diputado, amigo de Unamuno.

2. Royall Tyler, hispanista, autor de *Spain A study of her Life and Arts* (London, 1909) y de los tomos documentales *Calendars...sobre relaciones entre Inglaterra y España* (London, 1912-54).

Sr D. Miguel de Unamuno

Querido maestro y amigo mío: Sé que volvió Vd. a Salamanca, después de su excursión por Andalucía ¿qué me dice Vd. de ellas? De la excursión y de Andalucía?

Leí su discurso en *El Popular*, de tierra malagueña¹ ¿Qué decirle yo, maestro? que cada vez hay más hondura en sus escritos y oraciones. Dice Vd. que somos pesimistas y vencidos los muchachos ¿cómo hemos de ser? si estamos viendo el caso que hacen de lo que Vd. les predicó a estos gagnápiros dormidos ¿qué esperanzas hemos de tener y qué fuerzas para luchar? claro es que cumpliremos nuestro deber si nos derramamos fuera de nosotros, aunque sea sólo por virtud altruista y sólo por virtud, como las zapatetas de D. Quijote en la sierra, pero entristece y apena ver lo imbécil de esta buena gente. Y el caso es que son imbéciles mientras no pueden ser malos y dañinos.

Tengo unas ganas tremendas de conocer sus poesías y más de oírse las recitar a Vd. ¿Le daré una molestia; si un día me encajo en Salamanca a charlar con Vd., es decir, a oírle? también quería colocarle a Vd. unas cuartillas que he terminado (14 ó 15 sólo) y que llamo «El Canto de la tierra». las tiene en *El Liberal*; no sé si las darán. Quería que me dijera Vd. qué juzga de ello. He publicado algo más en *El Liberal* hace pocos días: todo cosa de la tierra.

Guardo como oro en paño algunas crónicas, artículos, mejor, de Vd. del *Imparcial* de varios lunes. Son tremendas de hermosas, sobre todo aquella del clasicismo, también recuerdo ahora un artículo suyo de hace poco, al correr de la pluma, pero preciosísimo e intencionado sobre una crítica de su libro, de aquel buen señor que no era de «su corro» ¿recuerda Vd. ? O ¡qué verdad es que ese maldito corro de Madrid, ese corro de mamarrachos y de vulgares y de fatuos, sigue esas leyes y esa teorías! bueno, váyanse a paseo.

Hablemos de nuestro corro —yo quiero ser del de Vd.—. Y estoy esperando que Vd. me hable de muchas cosas y recibir, con su charla, sus enseñanzas y sus opiniones y sus impresiones.

¿Está Vd. tranquilo de espíritu? ¿Puede Vd. contarme algo de su viaje?

¿Qué prepara Vd.? ¿qué proyecta?

Yo, creo que le hablé a Vd. de un libro que traigo entre manos —¡pobre de mí!— en el que recojo unas cuantas cosas publicadas y otras inéditas, todas ellas de la tierra: y como final, las cuartillas que quiero leerle. Puede Vd. figurarse el interés que tendré en que Vd. lo conozca, pues, antes que nadie, me fio de Vd. y

1. En *Obras completas* IX, 182-211. Ayuda a suplir la falta del año en la datación de la carta.

primero que nadie está Vd. para mí, maestro; Vd. que tanto me ha ayudado y enseñado.

Llevará la obrita un prólogo de José Nogales. Ya le hablaré a Vd. de ella. Quiero que la conozca, si es posible, antes de ir a la imprenta. Y basta ya de *lata*. No deje Vd. de escribirme, si tiene un rato libre, y sobre todo, venga por aquí.

Sabe cuánto le admira, respeta y quiere de verdad

Francisco Antón

Zamora 8 Septiembre

CMU A 4, 32-6, n.º 13 (sic)

TARJETA POSTAL

A Don Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad de Salamanca

Querido maestro:

Con la alegría que Vd. supondrá, recibo hoy su carta, y me apresuro a contestarle con esta postal, por no tener tiempo de más, *que le espero a Vd. el martes a las tres*; no deje de venir y traiga sus poesías; conste que le espero; no deje de venir.

Hasta verle, su muy amigo de verdad

Francisco Antón
Zamora 9 Septiembre (1906)
Matasellos: Zamora 9 Sep. 06
CMU A 4, 32-6, n.º 14

Sr D. Miguel de Unamuno

Queridísimo amigo y maestro: Dios le pague el alegrón que me ha dado Vd. con la noticia de su viaje. En la carta que hoy habrá Vd. recibido vería los deseos de verle que tenía. Van a ser días de despertar, después de este sueño aplanador.

Le puse aquella postal que habrá recibido esta tarde para que fuese por la transversal y pudiese Vd. escribirme y tener yo su carta mañana aquí.

Con estas pocas líneas amplió la postal, y se las escribo, porque fío poco de los correos, y menos en postales.

Le espero a Vd. sin falta el martes a las 3 de la tarde. Si puedo voy a Corrales al cruce, para venir con Vd. y de todos modos en la estación le espero. Yo apenas salgo de Zamora, y si hubiera salido ahora o más adelante, hubiera ido sólo para verle a Vd. querido maestro: viene Vd. aquí y es infinitamente mejor. Sí, porque en Salamanca le distraerían a Vd. tal vez otras atenciones y el tiempo de hablar con Vd. o de escucharle, sería menos; aquí, nada le reclama y en esta paz zamorana tendrá Vd. tranquilo el espíritu y sosegado. En fin, basta ya, puesto que pronto estará Vd. aquí. Hasta el martes a las 3, en la estación.

Sabe cuánto le respeta y quiere su muy amigo

Francisco Antón

No deje de traer lo prometido

Zamora 9 Septiembre 1906

CMU A 4, 32-6, n.º 15

Sr. D. Miguel de Unamuno
Zamora 17 Septiembre 1906

Maestro y amigo muy querido:

Llegó su primoroso *D. Quijote*, el redentor, y Sancho llorando como las santas mujeres. Y éste sí que es un tremendo símbolo. Murió D. Quijote crucificado por nosotros, muchos no quijotizados, no sabemos sino llorar como mujeres, santas o no, cuando lo que debiéramos de hacer era volar al sepulcro, a ver si resucita el caballero...

Pero deje yo la pluma en la espetera, que para Vd. está reservada la empresa ¡Bello e intenso párrafo se puede hacer con ese simbolismo, de maestro! espero lo que ha de escribir Vd. sobre ello.

El apunte está preciosamente dibujado. Si tiene Vd. ganas y tiempo, cuando me escriba, mándeme más.

Hoy le envío el Boletín que habla de S. Pedro ¿Cuándo vemos lo que haga Vd. sobre la iglesia y sobre la morera y sobre *la trilladora* prehistórica?

Yo, apenas Vd. marchó, me metí de hoz y coz con el asunto ése de que le hablé y estoy mareado de leer atrocidades semejantes a el que cita un Sr. Sighele, recopilador de doscientas salvajadas criminales, que ponen los pelos de punta. Pero sigo firme con mi idea de hacer las oposiciones de que le hablaba al cuerpo consular. Me dan miedo los idiomas, pero no hay más remedio que apechugar con ellos.

Una anécdota que oí anoche. Un notario creo que de aquí, pues no lo citaron, hizo el inventario siguiente en una testamentaría.

Bienes muebles

Tal-----tanto

Tal-----tanto

Un cristo malo-----2 ptas

Otro peor-----1 ptas

¿La conocía Vd.? tiene gracia, porque acaso fuera neo el notario, casi seguramente.

Me parece que pasado mañana vuelvo a S. Pedro de la Nave. Me llevan dos amigos.

Le he escrito a Perojo¹ a ver si me admite algo en *Nuevo Mundo*. Si Vd. tuviera necesidad de escribirle ¿querría nombrarme, para que me diera un hueco en el

1. José Perojo, escritor y político (1853-1908), fundador de la *Revista contemporánea*.

periódico? si no le molestase y tuviera que escribirle, sí le agradecería mucho que lo hiciese. No escribo, porque no hallo dónde publicar. No me conocen y no se molestan siquiera en leer lo que se les manda. Con los *Lunes de El Imparcial* también querría publicar algo ¿podría ser? yo no puedo tener exigencias y nada pediría por los trabajos que enviase. Si Vd. puede ayudarme hágalo, maestro.

Hasta su carta.

Sabe cuanto le admira y quiere su amigo y discípulo, que tanto le debe y tan agradecido le está

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 16²

2. En el archivo la carta va entre las de 1906.

Francisco Casals a Unamuno
Ilustre Colegio de Abogados de Zamora
Particular
Zamora Octubre-4-1906
Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi respetable amigo: No sé lo que aquí llegará a ocurrir si la directora de la Normal no desiste de su actitud. Cierto es que ha desistido de dar en el edificio de la Normal las clases teóricas de grado superior y manda a las alumnas que habían de estudiarlo a casa de los que con ella formaban esa especie de claustro privado; pero en cambio, siguen en las aulas de referida escuela dándose, por profesores extraños, clases de Música y Francés, cuyos productos los recoge la directora y con ellos paga en la forma convenida a aquellos; y dichas clases son la base o reclamo para mandar las alumnas a los que primeramente estaban con ella.

Bueno, que cada cual vaya donde le dé la gana, pero tener en las aulas de un establecimiento público unas clases particulares aún cuando sean Música y Francés, eso no puede autorizarlo la ley.

Yo suplico, pues, a Vd. que le dé un consejo, pues hay persona aquí que está dispuesta a acudir al ministro.

Reserve completamente esta carta y si desea antecedentes algo más sucios, dígamelo e iré a Salamanca.

Se que hace unos días le han desautorizado Vd. para algo. ¿Se puede saber qué ha sido?

En este momento, que estoy en estrados con Paquito Antón, le va a poner dos letras; y le saluda su affmo. S. S. a sus órdenes

Francisco Casals

Sigue:

Mi querido maestro:

En la carta de Casals y celebrando un juicio tal que de la salvaje violación de que le hablé a Vd., le pongo dos letras para saludarle.

Leí eso que ocurrió en la apertura de curso en la que un imbécil se permitió saludar a Vd. Los yangüeses, querido maestro, los yangüeses. Sólo que a Vd. No le abaten, ni ellos ni nadie.

Un cariñoso abrazo de su siempre amigo

Paco Antón

¿Recibió Vd. mi última?

CMU, A 4, 32-6, n.º 17

Sr. D. Miguel de Unamuno

Queridísimo amigo y maestro: tenía unas tremendas ganas de su carta y recibí con ella el alegrón natural.

Ya tenía noticia de su salida contra los follones y malandrines de por ahí, y sé que su vuelta de Barcelona ha sido triunfante, no sólo como poeta, sino como caballero, cosa que no le ocurrió a su hidalgo, el de los Leones.

Seguí en los periódicos las noticias de su estancia en Cataluña. Yo entonces me hallaba en Zaragoza, pero salí de ella antes de pasar Vd. por tal punto, pues de otro modo le hubiera saludado en la estación: ya sé que tuvo Vd. un exitazo con las soberbias poesías que tenía inéditas. Tenía que ser así. Y ya estoy deseando verlas publicadas. Diga Vd. ¿produjeron extrañeza? ¿cómo les sonaron en el oído a esos catalanes? tiene Vd. que hablarme mucho de ellos; ya lo estoy deseando. Venga Vd. por aquí pronto; organizaremos la excursión a Moreruela; es preciso que le veamos aquí pronto, querido maestro.

Ya estoy esperando con impaciencia las claridades que piensa Vd. decirle a los barceloneses; seguramente trae Vd. un gran ramillete de observaciones y estudios que serán hondos e interesantísimos.

Yo estuve en Zaragoza y me cansé de ver aquella piedad falsa, mercantil y ñoña que produce asco. Allí hay una procesión que llaman del rosario y en ella abundaban los militares —jefes policiales— y los jóvenes bien vestidos y alimentados que llaman *Luisés*; los baturros de cachirulo y faja ni se descubrían siquiera al pasar la comitiva. Todo aquello es una gran farsa que da buen dinero a Zaragoza; y esto, esto de sostenerlo a sabiendas de que es farsa, o no creyendo en ello, esto es lo repugnante de la cosa.

Luego he estado dos días en Madrid para adquirir el triste convencimiento proporcionado por el Dr. Cisneros, de que me quedo sordo del todo en poco tiempo, sin que haya nada que reavive el nervio acústico, ya casi muerto.

Publiqué aquello que le leí a Vd. Lo dio *El Liberal*; lo podé un poco pero así y todo creo que era difuso como Vd. me advirtió. He dado otras dos o tres cosas de Castilla en el mismo periódico. ¿Mandó Vd. aquello de S. Pedro a *La Lectura* al fin?

Ayer, un muchacho que actúa de reportero en *El Correo* de aquí me pidió una carta para Vd. Dijo que iba solamente a preguntar a Vd. una cosa referente a la enseñanza. Conste, maestro, que yo sólo le he recomendado para lo de la pregunta, cosa que bien veo no haría falta, pues Vd. había de contestarle con y sin recomendaciones, pero, en fin, me pidió con tanta insistencia que le di la carta.

¿Qué es lo primero que prepara Vd., el tratado sobre el amor, o las poesías? y luego ¿qué publicará Vd.? Es Vd. un gran despertador de energías con el poderoso

ejemplo que da de voluntad, de inteligencia soberana y de fuerza mental extraordinaria. Oyéndole a Vd., viéndole, bebiendo sus enseñanzas y escuchando su palabra y contemplando sus obras y su ejemplo, crea Vd. que se trabaja y se estudia y se observa y se aprende. Yo, cada vez que hablo con Vd. parece que recibo en el alma una inyección de fuerza, un empuje, un impulso, y pienso más hondo y siento mejor y veo más despejado todo de neblina, y, por fin, anoto, escribo, realizo obra. Después, Vd. no sólo nos da aliento a los jóvenes sino también fe e ideal. Dios se lo pague.

Que quiero una carta larga de Vd. y, mejor, una visita a esta tierra, pero antes de ello una carta todo lo larga que pueda, hablándome de Cataluña y de sus obras en proyecto y todas las cosas que quiera, pues todo será enseñanza y alegría para mí.

De corazón le abraza su amigo sincerísimo, que tanto le respeta y quiere

Paco Antón

Zamora 4 Noviembre 1906

CMU A 4, 32-6, n.º 18

Zamora 5 de Enero 1907

Queridísimo maestro: Ya hace mucho tiempo que no sé de Vd. por Vd. mismo. Claro es que ni uno de los trabajos que veo firmados por Vd. dejo de leerlos y ésta es la comunicación espiritual que tengo con el maestro. El artículo del *Imparcial* que últimamente dio Vd. era sencillamente asombroso. Ya sé que le importa a Vd. poco la opinión de los demás y que Vd. labora sin preocuparse de eso, pero no puedo menos de decirle lo que le admiro. Y crea Vd. que desearía escribirle cada vez que leo una cosa suya. En fin, en mi tiene Vd. no un admirador solo sino un discípulo, un seguidor, un afiliado a su doctrina y a su pensamiento. Poquísimo valdrá mi apostolado, pero bien sabe Vd. que a los apóstoles de la Escritura les ilumina la luz del Maestro y obraron maravillas.

Yo estoy en el período álgido —o lo que sea— del desaliento. No hago nada, y no lo hago porque veo alrededor el vacío más absoluto. Público de tarde en tarde y esto me desanima. Si, porque sale cada mes una cosa mía, ya aunque tenga algo en el telar lo dejo porque «tiempo queda». Querría poder trabajar por cuatro o cinco sitios y excitarme así en lugar de adormecerme. Si yo supiese qué es lo que podría encajar en esos periódicos americanos de que Vd. me ha hablado, trabajaría para ellos y le mandaría a Vd. algunas cosas para que Vd. si las hallaba dignas de su recomendación, las enviase a esas publicaciones ¿Qué cree Vd. propio de ellas y que pudiera yo hacer para ellas?

Ahora publicaré una cosa de Castilla en la revista *Ateneo*. No sé si he acertado. Está escrito a ciegas.

¿Cuándo da Vd. sus poesías? he visto algunas publicadas, pero yo digo el libro.

¿Cuándo publica Vd. su admirable tratado del Amor? las dos cosas van a dar en esta laguna de ramplonería una sacudida tremenda. Yo creo que nuestros papantatas conciudadanos y nuestros archivulgares plumíferos se van a quedar con la boca abierta. Realmente da asco esta buena tierra. Si es soterraño nuestro adelantamiento, yo creo que sería meritorio hundirse en la mina a laborar allí y no verle la cara del espíritu a toda esta caterva de majaderos y de ramplones que vive y come, es decir, que como cree que vive. Y algunas veces hay que pensar que es una tontería trabajar para ellos, porque yo creo, querido maestro, que no se logrará inquietarlos por nada del mundo. El efecto que les producirá el hurgales en las conciencias debe ser una especie de risa estúpida como la que les causaran las cosquillas en las plantas de los pies. Tienen así la conciencia, como los pies, y callosa además.

¡Ah! Me olvidaba. Hace unos 15 ó 20 días me vieron unos maestros para que le hablase a Vd. de las escuelas de adultos de Zamora. Como Vd. tiene razón en

todo lo que hace, les dije que estaría bien lo dispuesto. Además esto es una lata para Vd. y para mí.

Si tiene un rato libre escríbame Vd. Hasta su carta.

Y un abrazo de su más entusiasta seguidor y amigo que le admira y le quiere

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 19

Abogacía del Estado

Zamora

Particular

Zamora 22 Febrero 1907

Sr. D. Miguel de Unamuno

Mi queridísimo maestro: Releí su carta última y, de intento no quise escribirle enseguida. No quise distraerle. Le veía preocupadísimo. No quiere esto decir que ahora le suponga sin preocupaciones, pues Vd. las tiene constantes y además debe tenerlas.

Decía Vd. en su carta que para estar alegre hay que ser o santo o imbécil ¡qué verdad más grande! pues puede decirse también que el que no tiene preocupaciones o inquietudes es imbécil de nacimiento. Porque la tristeza mera (?) sería inquietud y el que está triste está inquieto. Pero las inquietudes de Vd. son fructuosas siempre, y de cada una de ellas surge para nosotros una enseñanza, porque Vd. da un discurso nuevo que es una sentencia y una observación, guía nuestra y motivo de inquietudes sucesivas en los que le seguimos *confesados* discípulos suyos, y entre los que le siguen y no lo confiendan, que son legión.

Me dio mucho que pensar su carta. Tengo ganas de oírle hablar sobre lo que en ella me indicaba «la nada de ultratumba» ¿Cree Vd. firmemente en lo que dice su Quijote? ¿De aquel destino futuro? Mire Vd. yo, ante el llano y el desierto y el mar he llegado a convencerme de que no tiene razón Schopenhauer en decir que si hay cielo será lo fuertemente bello, lo realmente bello e infinitamente serio y por eso he llegado a creer en que el cielo tiene que ser un destino realmente delicioso; ha creído en ese destino y que bajo su aparente monotonía Schopenhauerina, tiene que haber una variedad eterna y una belleza incomparable.

Hasta he llegado a saborear la vida de este pueblo; por lo monótona y gris, la voy encontrando llevadera. Escribo poco; algo en *Ateneo* y otro poco en *El Liberal*. Y sus poesías de Vd. ¿cuándo las da en libro?

Yo en esta sinrazón no me entero de nada, maestro. Ahora me han hecho abogado del Estado «con carácter de interino» —prosa de R. O.— y, ¡si viera qué honda, qué sincera y profunda tristeza me produce el cargo!

Tenemos una oficina oscura y lóbrega, y allí se consumen estas mañanas tan soleadas y tan ricas: llega allí un poco de luz, como una limosna, y así es de pálida y anémica: es insoportable. Una Vd. a esto que la mejor parte de los documentos que van a «liquidar, sus préstamos con hipotecas en fincas rústicas, con intereses de 8, 10 y 12 por ciento..., un asco! y es más penoso, porque noto alarmado que siento menos, que se me endurece el corazón, mejor dicho, que se acorcha, y el

cerebro se adormila y la voluntad se muere. Tengo miedo. Salgo al campo todas las tardes para ver si vivo de alma, y luego, en la noche, escribo sin tino, peor, cosas impublicables: por eso digo que hago poco, poco... pasadero.

Estoy en una crisis de verdadero miedo. Y yo, maestro, aprecio más que todos los destinos del mundo un poco corazón y de espíritu para sentir una puesta de sol o una noche de luna.

¿Qué me dice Vd. de Madrid? ¿Ha visto Vd. ese cuento semanal? ¿Ha encontrado Vd. un reflejo de luz en esos cuentos y novelas? pero ¿qué pasa con los escritores españoles actuales? están vivos, están muertos; hace tiempo que ha pasado sobre todo esto una ráfaga de vulgaridad y de adocenamiento tremendo, sé que es esto. No calle Vd. maestro, no calle Vd.; hable de una vez y fuerte y claro y vibrante; que se oiga su voz; sólo Vd. puede hablar aquí y además debe Vd. hablar, tiene obligación; diga las cosas claras, pero alto. Tengo unos deseos de que acabe Vd. con todo esto, enormes. Aquí ni se escribe, ni se piensa, ni se siente, sólo Vd. y Vd. sobre todos, y por eso debe acabar con toda esta ramplonería y decírselo a la gente, que sus poetas, sus novelistas, sus cuentistas, sus artistas de toda laya *madrileña* son ... lo que son. Es que resulta curioso y triste. Se leen con avidez periódicos y revistas y libros que salen, y nada, nada, nada; todo manido, pobre, vulgar y, sobre todo, insincero, falso, sin corazón, sin corazón, que es, en suma lo que crea y lo que conmueve y con que redime. Y es triste; no se vence con el corazón, vence Vd., que es un elegido; los demás tendrán para vencer que falsear y condescender, porque aún no somos lo suficientemente perfectos para satisfacerarnos con nuestra sola opinión y no buscar el conocimiento y el aplauso de los demás.

Venga Vd. por aquí pronto, si aquí halla su pozo de descanso y de afecto, maestro. Si el mío es humilde, es bien sincero, hondo y afirmado. Vd. consuela cura el espíritu, Vd. hace aquella herida que dice, en el corazón, y en la herida echa su vinagre y su sal; pero, maestro, la sal y el vinagre, atormentan, inquietan, pero curan, cicatrizan también, y así su labor es despertadora y caritativa al mismo tiempo.

Adiós. Si tiene Vd. tiempo escríbame una carta larga: cuénteme Vd. de sus libros ¿Cuándo irá Vd. a América? un ruego. Perdóneme las molestias que le ocasiono con esas recomendaciones que a veces le hago. No bastan las reflexiones que a los que me piden el favor les haga. A todo trance quieren la carta, y no se van sin ella de mi casa. Vd. ya sabe lo que yo quiero decirle en ella cuando se la dan. Hoy me piden que le hable a Vd. de una maestra, Tránsito Vaquero Ramos, que solicita una escuela en interinidad; *Otero de Bodas*, me dicen. Es cosa de un tío mío, que anda en política metido. Hablado, querido maestro. Haga Vd. lo que pueda.

Y perdón mil veces.

Espero su carta: que venga pronto. Y Vd. venga pronto a Zamora también.

Le abraza su devoto

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 20

Queridísimo maestro y amigo: Le creo en Salamanca.

Bien sabe Vd. que de no haber un motivo harto grave para mí, ya le hubiera escrito, y acaso más de una vez, desde que le puse en Zaragoza un telegrama y una brevísima carta. A los pocos días de escribírsela volví a Zamora, y al poquísimos tiempo de hallarme aquí, meditando su libro y dispuesto a enviarle a Vd. mis meditaciones, me sorprende una carta de Zaragoza diciéndome que mi prometida estaba enferma; ya me lo temía; fui precipitadamente, y hallé confirmadas mis temores: la pobre se hallaba con la fiebre del tuberculoso. Los médicos le dan de vida hasta el otoño. El día en que contestaban los padres a la petición de mano se declaraba la fiebre, sin dejar lugar a dudas; y hoy está la pobrecita desahuciada. He venido de Zaragoza en la situación de ánimo que Vd. supondrá, pero no he sido un cobarde, no me he separado del lado de ella voluntariamente; se me han cerrado las puertas de su casa ¡por eso he venido! ¿Verdad, querido Unamuno que Vd. me perdona que no le haya escrito? así estoy; y lo triste es la lentitud criminal de esa enfermedad, este deshojamiento pausado, este matar largo, porque no caben explosiones del ánimo, ni violencias que calmen; sino resignarse; resignarse que es lo más absurdo, lo más cobarde que puede haber; la resignación es la castración espiritual. Y no hay sino eso. Pero estoy tranquilo, aunque crea Vd. que le concedo importancia a este triste paraje.

No sé qué decirle de sus inmensas poesías¹. Tengo deseos de que se publiquen unas cuartillas que he mandado al *Ateneo*. En ellas he estampado algo de lo que sus versos admirables me han hecho pensar. Digo que las de Vd. son raíces de poesía, porque hubo quien me decía que eran secas, y secas como raíces son: con jugo dentro, raíces que llevan la savia a la pulpa de los frutos, raíces que ellas beben la savia en lo hondo de la tierra, en lo obscuro, en lo ignorado, para que luzca el árbol a la luz del sol, orondo y pomposo². Querido maestro, querido y buen amigo, maestro admirable, nunca bien admirado, si yo pudiera decir todo lo que siento y pienso en sus libros. Es verdad esto, verdad como la luz, que veo hasta en lo más hondo en sus prosas y versos y es asombroso. No se han dado cuenta los españoles aún de lo que es Vd. Perdóneme estos desahogos, pero necesito decirlo, y lo digo a todas horas; es que no le entienden, pero no concibo como no le aclaman en todos los periódicos cada vez que sale un libro suyo. Es que no le entienden o que no quieren entenderle o que no se ponen donde deben.

Pues aquí me tiene Vd. desorientado ahora, con este golpe, pues ya pensaba en casarme, hacer un hogar modesto en Zamora y buscar la poca dicha que haya,

1. Alude al libro *Poesías* de Unamuno (1907). Antón publicó una reseña en *Ateneo* de Madrid II, n. 18, pp. 485-488.

2. Cf. en este artículo pp. 193-197.

en vivir humildísimamente, en tener una mujer a quien adoro y en tener hijos más adelante.

Tengo fe en la labor; pienso trabajar todo lo que pueda; quería hacer algo para América. Ya le escribiré a Vd. Escríbame Vd. ahora una carta larga.

He estado unos días en Madrid. De esta visita querría hablarle a Vd. ¿Cuándo viene Vd. por Zamora? acaso vaya yo antes por Salamanca, pues quería ver el coso de Plasencia y, antes, detenerme ahí para abrazarle.

Espero su carta ¿eh, querido Don Miguel?

Hasta ella, pues.

¿Ve Vd. *Ateneo*? para decir que se lo envíen; si no, cuando salga mi artículo.

Perdón otra vez.

Y váyale con esta súplica, la admiración mayor y más ferviente y más incondicional, y un fuerte y cariñoso abrazo de su seguidor y amigo cordialísimo.

Paco Antón

Zamora 23 Junio 1907

CMU A 4, 32-6, n.º 21

Zamora 17 Julio 1907

Queridísimo amigo y admirado maestro: A su tiempo llegó la carta que me envió Vd. desde Porto, y yo, que soy el más ferviente de sus discípulos y que comulgo en sus enseñanzas, seguidor de sus consejos, no sabía practicar lo que creía y no supe resignarme activamente con mi desgracia hasta que Vd. me obligó a ello con su carta salvadora y llena de consuelos más activos y eficaces que todos. Dios le pague su cariño, maestro queridísimo. Voy renaciendo. He comenzado a trabajar y quiero seguirle: «convertir a bien la desgracia y forjar con ella consuelos para los demás»: ésta es su máxima de Vd. y quiero que sea mi guía. Dice Vd. verdad: puede hacerse uno omnipotente y que todo suceda como uno quiere, pero hace falta una gran potencia espiritual y una fortaleza de hierro duro. Es cierto, maestro, pondré fuerza y alma en ello, y a ver si me curo.

No le he escrito antes, porque quería hacerlo cuando hubiera visto publicado el artículo del *Ateneo*: ya salió; lo he visto hoy. ¿Lo recibió Vd.? si lo vio, hábleme de lo que le parece y si no lo ha recibido, escribiré a Madrid, pues a mí tampoco me lo han enviado; yo he leído un número de un amigo. Lo que deseo es acertar algo con su personalidad difícilísima. Dígame Vd. querido maestro, guíeme. ¿Vi, acerté a ver sus versos inmensos? dígame Vd.

Aquí he tenido dos días el Sr. De Antón de Olmet¹, que venía de Salamanca. Fuimos a San Pedro de la Nave. Sí, hay que deshacer el espíritu horroroso que se ha formado. Precisamente cuando recibí su carta leía un libro del Sr. Trigo *El amor en la vida y en los libros* ...² ¡válganos Dios! ¿Qué librito! pero es que resulta insultante, resulta irritante que se nos quiera hacer comulgar con toda esa morralla. Es realmente insoportable. Y no caben ya las *buenas formas*. Bien claro ha debido Vd. hablarle al tal Trigo, a juzgar por lo que dice, y ahí tiene Vd. que se disculpa con impertinencias ... Después el libro es una disparatada cosa. Y la pedantería que supone en un mequetrefe literario eso de su *estética*, y aquella *reforma social* que inventa toda bebida en grave... No sé si ha tenido Vd. la paciencia de leerlo. Yo le hablo de él, porque entre los abominados por Vd. en su carta venía Trigo. Dígame, maestro ¿qué opina Vd. de Benavente, el débil Benavente?³ no importan los hombres (¿) así; vamos, quiero decir que no me parece poeta, ni tiene derecho a ese divino título el que hace de la ironía, arma de cobardes, un recurso, y empequeñece la vida, haciendo poemas sobre las cosas triviales —no pequeñas, pues crea que en la naturaleza no hay nada pequeño en su alma—, cosa de *buen tono*,

1. Luis Antón de Olmet (1883-1923), bilbaíno autor de novelas, reportajes, biografías, asesinado por el escritor Vidal y Planas.

2. Felipe Trigo (1864-1916); la obra citada *El amor en la vida y en los libros. Mi ética y mi estética* (Madrid 1907).

3. El dramaturgo Jacinto Benavente (1866-1954), Premio Nobel en 1922.

cosas de salón ...y así queda sólo del poeta una fase aguda, que en el fondo es una desvergüenza y que...acaso ha oído; de modo que ni originalidad siquiera. Estos hombres que rien son odiosos y perjudiciales ¿Qué derecho tiene hombre alguno a estar alegre cuando sufren los demás? y acaso él mismo, y aquella risa es una máscara hipócrita entonces, y así ni hay corazón para darnos la mano «como una rueda de danza» y sentir en la mano el latido de la mano hermana y llorar cuando el hermano llora, ni hay sinceridad tampoco. ¡Ah, esa ironía esa agudeza, esa risa de Benavente! parece mentira que los hombres no hayan barrido al cantor y a los cantados...

Y, querido Don Miguel, así no se consuela uno, hace falta lo fuerte, lo rudo, lo que fortifique, nos haga de hierro. Hace falta Vd., que con una poesía, que con unas palabras de su carta, hace resucitar su espíritu ¿Cree Vd. que para un dolor, para una pena, es un buen libro de meditación y consuelo algo de Villaespesa?⁴ a quien se le pregunta esto, se ríe. Y es por lo que Vd. dice, porque no hay corazón, porque el corazón encuentra siempre al del hermano, abierto; y cuando él pone sinceridad y alma de los demás y los espíritus se abrazan y se ayudan. No hace falta prodigios de métrica, ni frases francesas y rubenianas para ello. Su libro de Vd. es un Kempis; es lo más fuerte, rudo y henchido de corazón que se ha hecho; yo no conozco nada tan hondo y tan consolador. A estos poetas del asonante y del consonante, sensibleros ridículos, hay que echarlos, pero echarlos a latigazos, porque han envenenado lo poco *envenenable*. Que hay. Y la gente es tan estúpida que les lee...; claro, les *comprende*.

Si, ya he visto que le han llamado a Vd. *modernista*. Es notable: es esta formidable pieza intelectual, es la gran lucha, es el periódico erigido en maestro, y así todos toman aquellas ruedas de molino y comulgan que es una bendición. También Nietzsche nos dice que nos hagamos duros. Y esto yo lo entiendo por dureza en las obras, de esas que llaman de piedra, pero por blandura de corazón también. Si Nietzsche no lo pensó así, hizo mal. Ya estoy impaciente esperándole, querido maestro. Traiga Vd. su *Tratado del Amor de Dios*, y más poesías, pero venga Vd. pronto. A ver si vamos al monasterio de Moreruela. Hábleme de muchas cosas y del artículo ése.

Me ve Vd. resignado y tiene Vd. tanta parte en esta resignación que a Vd. se la debo. Recuerdo y quiero más que antes, así como si, al refinarse el cariño, se hubiera aumentado y ganado su fuerza.

Y este muerto, no morirá, yo haré que no muera.

Gracias, gracias, amigo muy querido. Cada vez tengo más deudas de cariño y agradecimiento para Vd.

Le abraza cordialmente

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 22

4. El poeta Francisco Villaespesa (1877-1936), en 1906 publicó su *Tristitia rerum*.

TARJETA POSTAL

A D. Miguel de Unamuno
Rector de la Universidad de Salamanca

Vio Vd. *Ateneo*, maestro?

¿Cuándo viene Vd. o viene una carta suya? quiero que me diga Vd. qué le pareció esa impresión mía. Espero su carta y mejor su visita. Anímese. Suyo

Paco Antón

Matasellos: Zamora 1-Agosto-1907
CMU A 4, 32-6, n.º 23

Zamora 29 Septiembre 1907

Maestro queridísimo: De intento no le he escrito hasta tener seguridad de que recibirá Vd. mi carta en Salamanca. No sabe Vd. lo que me alegro que le gustara mi artículo de *Ateneo*. Dije lo que siento. Es decir, nunca podré contar como quisiera lo que su libro admirable me hace meditar. Yo lo que quiero es saber si he entendido bien, si he ahondado en el espíritu de sus versos. Creo que sí, y lo creo porque como le sigo con entusiasmo y con corazón, la fe me hace comprender y comulgar con Vd., querido maestro. Mucho de su ejemplo y mucho de su espíritu fuerte me ha salvado ahora y le debo toda mi resurrección. Dios se lo pague.

Dígame Vd. ¿Qué versión del Evangelio me recomienda Vd. para leerlo y meditarlo? quiero conocerlo como se debe. Empiezo a poner todos mis sentidos y todas mis potencias en eso. Lo malo es que yo, sólo puedo leer en francés y en castellano. Guíeme Vd. Después quiero leer a San Pablo.

Ahora voy a ir a Madrid unos días. No sé qué hacer. Aquí me ahogo. No consigo echar fuera esta tristeza. Después me aterra considerar como única finalidad de mi vida la permanencia definitiva en este pueblo; sí, porque dentro de pocos años me contagiare del espíritu ruin de estas gentes y de su pereza y ya todo mi ideal sería reposar y tomar el sol, y un día y otro y otro es espantoso. No pensó el Dante en un suplicio que fuera eso: no soñar nunca con algo nuevo, sino estar condenado a pensar siempre lo mismo y a no esperar de mañana algo diferente. Es la losa espiritual más aplanadora y pesada de todas. Yo no me conformo, no, si es mejor sufrir, salir a pelear, a que le derroten, acaso a uno, pero entonces ¡qué agradable la vuelta y el reposo! y después de reposado, otra vez al campo a sufrir estacazos de yangüeses. Mire Vd. querido amigo, yo había soñado con esta calma y esta monotonía, pero era casado, y casado con ella, precisamente, sí, porque entonces, el tener hijos, el educarles, el hacerles hombres, el volcar todo mi espíritu en ellos, eso era mi finalidad. Y lo nuevo era que el hijo pronunciaba una palabra más, que andaba, que crecía, que se transformaba, que inquietaba, que preocupaba, que llenaba la vida toda entera, con penas y con gozos, con risas y con llantos. Ya tenía llena la vida y ahí fin: pero así, solo, no puedo, no me resigno a tener por horizonte del alma la misma línea recta por donde ni sale el sol ni se pone. Creo que resistiré aquí el invierno, después quiero marcharme. Ni siquiera trabajo, pues me rinde el ambiente.

Después estoy solo. No tengo la espuela de la conversación, de la contradicción externa.

Y como su vida y sus obras son para mí ejemplo y espejo y guía, siguiéndole quiero redimirme y ser fuerte que la fuerza, por el amor y por el corazón, nos lleva a la tierra prometida. Escríbame Vd. una carta de guía, maestro.

Hábleme de Vd. Dígame sus proyectos, todo lo que ha hecho Vd. por su pueblo. ¿Cuándo va Vd. a América? ¿Cuándo sale su otro libro de poesías? ¿Y el *tratado del Amor de Dios*?¹.

Dicen que el hombre solo es el hombre fuerte y que la soledad trae la energía. Yo lo creo también, pero ¡qué triste es acostumbrarse!

Luego, acaso sea dulce la soledad. Pero de todos modos yo creo que la soledad es dulce, después del barullo. Es decir, que la soledad por sí sola es triste y amarga, pero después de haberse marcado el alma en el mundo, la soledad es fuerte y deliciosa. Pero antes hay que vivir. No extrañe Vd. estas cosas. Está lloviendo, hace un día triste y frío, y cuando aun no se es lo suficientemente fuerte para edificarse un poderío de alegría en un jardín interior, lo de fuera domina y acobarda. Y precisamente, por lo que más temo a la soledad, ahora es porque ella trae fatalmente la dureza del corazón, que predicaba *Nietzsche*.

No deje Vd. de decirme si ve Vd. en ese artº de *Ateneo* que *entre* en sus poesías admirables. Quiero saberlo.

Escríbame Vd. largo. Guíeme Vd., que soy su seguidor más fiel, más incondicional y su discípulo más ferviente que le admira y le quiere de todo corazón y le venera y reverencia rendidamente como al *primero de todos*, maestro.

Y le abraza cordialísimamente

Paco Antón

¡Ah, una súplica! quiero tener un retrato de Vd. con su firma, si no le molesta. Honre Vd. así a este discípulo suyo, una vez más. Perdón.

CMU A 4, 32-6, n.º 24

1. La obra, anunciada reiteradamente con este título, será *Del sentimiento trágico de la vida* (1913).

TARJETA POSTAL

Maestro y amigo queridísimo: Llegaron carta y fotografía. No sé cómo darle gracias. Le escribiré pronto extensamente. Gracias, gracias. Sabe cuánto y qué intensamente le quiero y le admiro. Un fuerte abrazo

Paco Antón

11 Octubre 1907

Miguel de Unamuno, Salamanca

CMU A 4, 32-6, n.º 25

Zamora 12 Octubre 1907

Mi muy querido amigo y maestro. ¿Llegó mi postal? ya en ella le decía que recibí su carta cariñosísima y su magnífico retrato. ¿Cómo agradecersele, maestro venerado? sólo con un cariño ferviente, con una admiración honda, sincera e incondicional y con una devoción religiosa. Bien le debo todo, pues no sabe Vd. la fuerza, energía y nueva vida que Vd. me ha dado con sus escritos, con sus consejos y con su ejemplo. Crea Vd. que hoy, identificado con Vd. siento de modo semejante, en la escala reducida que alcanzo. Hoy, leyendo su carta, me parecía haber adivinado su pensamiento, pues en ese sentido les escribiré a esos muchachos de Valladolid y con la misma tendencia escribí unas cuartillas que les mandé. ¡Ya lo creo que están literatizados! después entienden las cosas de un modo peregrino, sólo por fuera. Hay allí una superficialidad aterradora. Después, son famosos: la mayoría se cree en el deber de ser un poco escritor y lo es porque sí. Y le han llegado tan tarde las modas que a estas horas están todavía con las marquesitas neoclásicas de Versalles. Ese D. Rubén ha sido fatal¹. Si señor, yo quise hacer algo a ver si les encarrilaba, pero han tomado el rábano por las hojas y salen ahora discutiendo unas comparaciones que yo hacía en uno de mis artículos. En fin, lo que dice Vd. maestro, el verbo les ahoga. Es exactísimo. Yo, previendo eso, escribí lo del aislamiento y ahora otra cosa. Pero me hubiera animado ver que me entendían, y así me descorazono. De todos modos, queridísimo maestro, no crea Vd. que me ha sorprendido, pues crea Vd. que fui a esto sabiendo con quién iba a enténdermelas y casi tomé el asunto como una buena obra, dispuesto a luchar para encaminar estas energías, si acaso las había, bajo esa futilidad típica en tal pueblo. Las últimas cuartillas que le mandé antes de ahora, están escritas sin entusiasmo y por salir del paso. Yo lo sentía porque me quieren y yo a ellos también. Su carta de Vd. me ha reanimado y voy a darles unos latigazos y a decirles las cosas claras. Inspirándome en el gran modelo que es Vd. lo podré lo que yo sólo no podría. Le advierto que esa comunión de mi espíritu con el suyo es la que me inspira y la que me sugiere fuerza, rudeza, tono y luz.

Ya ve Vd., no he leído su ensayo «Soledad»² porque no veo la *España Moderna*; pues bien, estoy seguro de que, de lo íntimo, de lo sincero, de mi espíritu broten ideas semejantes a las tuyas, aunque con la intensidad infinitamente menor que yo pueda sentir las. Es ciertísimo. En su misma carta de ayer lo he visto. Hubiera jurado que me había Vd. transmitido a distancia sus impresiones; parecióme leer mis propios pensamientos, aclarados y más altos y más hondos y nuevos: los que en aquel momento rumiaba.

1. Rubén Darío.

2. *Obras completas* I, 1251-63; fue publicado en *La España Moderna*, n. 200 (1905) pp. 5 y ss.

Tengo una fe absoluta en el aislamiento y en la soledad. Sólo ellos fortifican. Ellos y los contratiempos. Es claro, si no hay resistencia, sucumbe, pero como haya hombre, no sé si es la lucha natural y la rebeldía, el hombre resurge, y más templado, fuerte y erguido. Y, solos, acostumbrados a bastarnos y a contar con nuestra alma, nos tornamos atletas espirituales y gigantes del alma.

También en Vd. lo vi y lo aprendí ¡Cuánto le debo!

Ya he pedido el libro que me indicaba. Tiene Vd. que hablarme mucho de eso. Si, leo el Kempis. Me llena lo fuerte de él, pero los diálogos del Amado y el Alma me parecen más débiles ya. Una confesión: yo, cuando al Cristo, a Dios, le dan el nombre de Amado y revisten el amor divino de sensualidad, mejor de sexualidad, pierdo entusiasmo. El amor del Cristo en el Evangelio es otra cosa: más apacible, más sereno y firme. Los amores de fuego son como relámpagos: el fuego puede apagarse y de seguro, se apagará; lo otro no. El Kempis es tremendo: sólo me desagrada la parte Católica de él; lo de la vida monástica, por ej. Le advierto a Vd. que ando un poco a ciegas; guíeme. Sobre todo, quiero el Evangelio, pero sin manchas, ni notas. Harnack³ dice que el de Juan es apócrifo ¿qué hay de ese asunto? dígame la versión que debo leer, maestro. Y de San Pablo también. Rectifíqueme las equivocaciones. Sobre el Kempis mismo dígame qué piensa; guíeme. Estoy metido de verdad en esto. El día que haya meditado lo suficiente y leído y rumiado, le expondré a Vd. mi religión, para que Vd. me de más luz y me quite hojarasca y purifique mi idea.

Me hallo preocupadísimo con esto y ha sido para mí una gran fuente de fuerza.

Madrid...Dice Vd. bien, acaso me conviniera. Aquí me ahogo. Pero ¿cómo ir a Madrid? la renta de mi casa da para vivir en Zamora, no para residir yo solo en Madrid y mi madre aquí, ni para vivir todos en Madrid. En un periódico, con sueldo y consideración regulares siquiera, es difícil entrar. Sólo con Vicentí he hablado de esto y ya hace mucho tiempo. Entonces me dijo que esperara. Creo que no lograré nada y no por culpa de D. Alfredo, que me quiere de verdad, sino Dios sabe por qué. Ahora se hace otro periódico: *El Mundo*...¿A Vd. querido maestro, le sería fácil ayudarme a lograr una plaza en un periódico amigo? claro es que sin compromiso para Vd., ni molestia. Continuo colaborando en *El Liberal*, pero yo lo que quería era fijar mi residencia en Madrid, porque no hay otro remedio, hasta para vivir, pues ahí se logra colaboración en revistas y periódicos distintos. Aquí no hago nada. Dígame Vd. se lo ruego, podría hacer algo por mí en tal sentido. No se lo había dicho antes por no molestarle. Por *El Liberal* me conocen algo ya allí. Yo querría entrar con firma, vamos como redactor considerado. En fin, lo que Vd. hiciera, si pudiera ser, tenga Vd. conmigo confianza absolutísima para decirme que no puede, querido Don Miguel.

Espero carta suya y mejor aún, su visita.

3. Adolf von Harnack (1851-1930), historiador protestante.

Yo no sé qué será esa causa de Morante. ¿Sabe Vd. positivamente qué quiere de Vd., al pedir su intervención? yo no estoy enterado de la cosa, pero si quiere Vd. me entero para comunicárselo.

Adiós, maestro queridísimo. Otra vez y otras mil gracias, gracias y gracias.

Le quiere y le admira cada vez con más fervor y le abraza cariñosamente

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 26

Diario de Avisos de Zaragoza
(Noviembre 1907)

Maestro y amigo queridísimo: Temporalmente me hallo en Zaragoza, viendo a mi novia, y aquí llega su libro admirable. Enseguida de recibirlo, le telegrafíé diciéndoselo. Ahora, en la redacción de este periódico, le pongo unas líneas cortísimas, para lo largas, expresivas, fervientes y entusiastas que yo quisiera que fuesen.

En cuanto rompí la cubierta que envolvía el libro, lo abrí y me marché campo adelante; ya he leído mucho, pero me resta mucho, y sobre todo, meditando, rumiando y sacar de la rumia las enseñanzas y el provecho debidos de ese manadero inagotable de ideas altas y bellas, que es toda obra de Vd., maestro admirable.

Si yo acierto a decir lo que piense de su obra última, escribiré sobre ella, como pueda y sepa, pero con toda el alma, bien lo sabe Vd. Me figuro lo boquiabiertos que se quedarán nuestros encasilladores madrileños. ¿Dónde meten al Unamuno de ahora? he aquí un problema. Ya verá Vd. la de tonterías que dicen esos buenos señores.

Su *Corte de los poetas*¹, va a saberles a hiel a todos esos señores ramplonísimos.

Tengo que escribirle muy largo, después de meditar su libro, querido maestro.

Hoy, con el alma entera, gracias, mil gracias por el don de su libro.

Hasta muy pronto.

Un abrazo fuerte, sincero, cariñosísimo, de su fervoroso amigo y ciego admirador

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 27

1. *Obras completas*, VI 17 h-5.

Mi queridísimo maestro: Ya de vuelta en Zamora. ¿Recibió Vd. la postal que le puse desde Zaragoza? después de sus líneas al *Juventud*, soberanas cabe decir sino que Vd. sólo ve por todos.

Es aquello que Vd. escribe y no otra cosa. Ése que Vd. dice es el aislamiento y la redención. Y me ocurría que según iba leyendo aquellas líneas, parece como que se me aclaraba la visión cerebral y que percibiría claro y nítido lo que hubiera entrevisto esfumado. En fin, queridísimo Don Miguel, no hay sino bajar la cabeza y escucharle religiosamente y aprender y admirarle. Yo tomo guía y camino de sus palabras y de sus actos y veo que cuanto más fielmente le sigo, más gano y mejor voy a la verdad. Gracias, maestro, mil gracias.

Tengo proyectado un viaje a Salamanca para charlar con Vd. No sabe Vd. lo sincera y hondamente que le pago su cariño y bondad para conmigo y con qué fervor más entusiasta le agradezco de lo más hondo del alma esa bondad. Ya sabe Vd. cómo yo le quiero, admiro y venero, maestro y amigo queridísimo.

He estado en Zaragoza, hallé mejorada a mi pobre novia, pero con una mejoría de esas características de la enfermedad que continúa implacable y que la matará fatalmente. Es tremendo oírle a la pobre enferma decir la fecha en que se muere y lo segura que de ello está, cuando todavía tiene en los ojos brillo de joven y ansia de vivir. Pero estoy fuerte, estoy curado; resistí hasta lo último. Es ya para mí un recuerdo.

También estuve en Madrid dos días tan sólo. Aquello está famoso ¡qué exposición de Bellas Artes! ¡no es posible! imaginar una colección de mamarrachos más completa. Y lo triste es que no son abiertamente malos los cuadros, sino medianos, discretos la mayor parte. No hay esos formidables desdibujos o esos coloridos absurdos o esas monstruosidades que pintan los niños y que tanta ingenuidad tiene, no: esto es cosas pintadas por personas de buen sentido, que no tienen idea de lo que es esto, porque les falta alma y corazón. En fin, es la tal exposición un verdadero desconsuelo. Y ¡qué palacio para ella! es el edificio nuevecito y de lo más *madrialeño* que pueda encontrarse. Pequeño, atenuado, blanqueadito, todo y eso ¡una delicia!

Y sin embargo, querido Don Miguel, yo voy a tener necesidad de ir a Madrid. Cada vez me ahoga más esto y veo que aquí no hago nada, me voy acercando a los treinta años y no he logrado nada aún. Espero conseguir una plaza de redactor de un periódico en la corte y con el sueldo ése vivir y poder tomar allí una orientación de vida de subsistencia, claro está. Me preocupa mucho, muchísimo, esto.

He pedido a Francia algunos libros de los que me indicaba Vd., principalmente el de Sabatier¹. También voy a enterarme de lo que dice el abate Loisy² y que es

1. Probablemente se refiere a August Sabatier (1839-1901), teólogo protestante estimado por Unamuno, autor de *Las religiones de autoridad y la religión del espíritu* (1901).

2. Alfred Loisy (1857-1940), exegeta francés, condenado y excolmugado por la Iglesia, y luego profesor del Colegio de Francia (1909-1933).

eso que al Papa le molesta tanto. Ya le diré a Vd. lo que me sugiera todo ello, para que me aconseje, y no se olvide de indicarme dónde podré adquirir un buen texto de los Evangelios y de los escritos de S. Pablo.

Sobre todo ello quiero verle a Vd. y que me aleccione y me aclare muchas cosas y que me guíe y dirija.

Releí su maravilloso artículo de los lunes. Si Vd. quisiera maestro, toda aquella genticia bailaba la danza macabra. Ya es hora de que se digan verdades y Vd. aquí es el único que puede empuñar el látigo y echar a los mercaderes del templo. Aquello era de una verdad y de unas fuerzas soberanas.

La frase de «nuestro juez, nuestro señor, el público, a quien únicamente (¡) servimos»..., de todos los días, es horrible de baja, servil y repugnante.

Hasta la suya.

Y ahí le va el abrazo más fuerte, cariñoso y sincero del más devoto de sus discípulos

Paco Antón

Estuve en Valladolid dos días. Pienso volver pronto. Ya le hablaré a Vd. de esto.

Zamora 11 Noviembre 0907
CMU A 4, 32-6, n.º 28

Membrete
Ateneo Científico, Literario y Artístico
Madrid

31 Enero 1908

Queridísimo Don Miguel: Creo que ya conocía Vd. mi pensamiento de hacer oposiciones al cuerpo consular. Me había dicho que se celebraría en Junio, aproximadamente, y he venido a prepararme. Pero ya aquí me rectifican esas noticias en el Ministerio. No saben cuándo serán las tales oposiciones, dicen que dentro del año actual, pero no lo saben con fijeza.

Pues bien, querido maestro, como no puedo prepararme de idiomas en Zamora, es forzoso que permanezca en Madrid esperando esa fecha, para aprender inglés, al menos. Y ésta es la dificultad para la que le pido ayuda con toda el alma.

Yo no puedo pedir a mi madre que pague mi estancia aquí, ni aún en las condiciones más modestas. Necesito ser yo quien lo gane, porque a ello estoy obligado. He pensado en buscar una plaza en un periódico. Creo que Vd. tiene buena relación con Soriano¹. Yo quería que me ayudase Vd. a lograr un puesto en *España Nueva*. Cuando se fundó este periódico recuerdo que Vd. me lo indicaba en una carta. Y recordándolo, me he decidido a escribirle a Vd.

En el periódico era ya deber conocerme por mis crónicas a *El Liberal*. Así que para ellos no soy un desconocido.

Le pido este favor con tanto interés, como que se trata de poder sostener la vida. Es decisivo para mí.

Zamora me agobia y además allí no puedo hacer nada, ni siquiera ejercer la profesión, pues me lo impide la sordera.

No he de decirle, amigo queridísimo, que cuando he acudido a darle esta molestia a Vd., he agotado todos los medios que yo personalmente tenía para entrar en otro periódico.

A ver si Vd. consigue que hagan en *España Nueva* un hueco pequeño, como sea. Yo creo que sí. Espero con mucha impaciencia carta de Vd.

Crea Vd. que no está el desaliento y la desgracia en mí, sino en lo que me envuelve. Es verdadera mi malaventura.

Ayúdeme Vd. Yo se lo pido por lo que más quiera. Estoy ya sin más esperanza que la que Vd. me da, maestro querido.

1. Rodrigo Soriano (1868-1944), político y periodista.

Hasta su carta.

No tengo que decirle cuánto le quiero y le admiro. Y con cuánto cariño le abraza su siempre amigo.

Paco Antón

S/C Plaza del Ángel 13 y 14-1º

CMU A 4, 32-6, n.º 29

Queridísimo Don Miguel: Han pasado muchos días desde que recibí su carta y en todos ellos he hecho propósito de escribirle. Pensaba ponerle una carta enormemente larga, llena toda de impresiones que esto me causa y llena también de admiración y de cariño más hondos que nunca hacía Vd. a quien se ve sobre todo esto a cien mil codos.

Hoy va corta, pero otro día quiero seguir, y largo; quiero contarle cosas de aquí, es decir, *confesarme* con Vd. sobre las sensaciones que aquí recibo. Además acaso sirva todo para que Vd. conozca cosas, si no nuevas, al menos características de este ambiente.

Y, en fin, sobre esto, sobre toda esta patulea, sobre la vida *literaria y pensante* española, no queda nadie más que Miguel de Unamuno. Porque Vd. crece más cada vez en sus libros y en su charla, y a todas horas se le ve a Vd. arriba, sin quererlo Vd.; porque sí, porque fatalmente está Vd. sobre todos y Vd. tiene que guiarnos. Viendo todo esto de cerca, se aprecia lo que digo. Aquí, se lo juro, no le entenderían a Vd., no le entienden.

El otro día, en casas de un amigo joven, un poco *novelista*, pensaba como Vd. ante aquella *biblioteca*; cogería los libros y los tiraría por el balcón ¡era famosísima! ¡qué fuentes! Desde Villaespesa hasta nuestros días, todo lo escrito por estos señores vacíos, blandos y vanos. Azorín es un pozo de hondura y un abismo de cultura y un portento de inteligencia al lado de toda esta hornada. Pero es que ni saben escribir, ni tienen alma, ni cultura: no han leído nada, no tienen idea del castellano; dicen cosas tremendas. O luego, en el Ateneo, dan conferencias unos señores desconocidos y adolescentes, que nos hablan de *su obra*, de *sus críticos*, de sus tesis y tendencias... Y sobre ellos, Rueda diciendo y haciendo disparates, Trigo¹ ... Da asco.

Hace falta el látigo de Vd. y venir aquí y acabar con esto. La verdad, si los españoles no fueran imbéciles, era cosa de agarrar la pluma y soltar a diestro y siniestro tajos y mandobles, diciendo las verdades. Bien es verdad que si los españoles no fueran imbéciles, no tragarían esto. En fin, estoy asqueadísimo. No sólo porque no hay pudor en esta gente, sino porque no hay ni siquiera inteligencia, ni distinción, ni pero, ni pronto, ni nada. Están desorientados: escriben y hablan de las cosas de una manera pintoresca. Hay una publicación que se llama *El cuento semanal* ¡que tonterías se dicen allí! y lo famoso es que cuesta trabajo publicar en esa revista. Y escriben tipos famosos, que se han puesto a hacer escobas. Y esto, después de todo, sería útil.

1. Felipe Trigo (1865-1916), novelista penssexualista.

2. Salvador Rueda (1857-1933), poeta malagueño amigo de Unamuno.

Después el impudor soberano para buscar el bombo y el artículo. Hay aquí un Salvador Rueda² que vale por mil. Tengo muchas ganas de charlar con Vd. de todo esto y de recibir un buen sacudimiento de nervios oyéndole a Vd.

Tiene Vd. que ser el mazo que haga añicos toda esta mentira, toda esta frivolidad y toda esta ramplonería.

Sé que ha publicado Vd. sus *Recuerdos de niñez y mocedad*³. En cuanto los vea, voy a decir en unas cuartillas lo que me sugiera. ¿Y su otro tomo de versos?

Yo quiero publicar ahora unas cuantas cosas de Castilla. Lucho con la dificultad del dinero, pero creo que al fin lo editará M. M. de Val.

Hacen falta sus versos y su prosa y sus ideas y sus martillazos.

Fui a ver a Soriano⁴ en cuanto recibí su carta y no estaba en Madrid; le escribí para saber su vuelta y visitarle y me contestó diciéndome que no tenía hueco en *España Nueva*, y que le enviase algo para juzgar, de lo ya publicado. Comprendí que era una negativa. Y no sé, tendré que volverme a Zamora, pues no puedo, con mis recursos, vivir aquí y tendré que dejar también mis proyectos de oposiciones. Estudio inglés y parece que adelanto algo. Paciencia: ya estoy acostumbrado a que me salgan bien las cosas.

Mi pobre novia murió ya, el 26 de Febrero.

¿No piensa Vd. lo mismo que yo de la respuesta de Soriano? ¿Le he dicho a Vd. algo? yo no le mandé nada, porque no lo tengo aquí; además, yo creo que él lo habrá visto en *El Liberal*, donde, como Vd. sabe, colaboro con bastante frecuencia.

Me hace mucha, mucha falta que Vd. me escriba, que me aconseje. Vd. es para mí el más alto maestro, el primero de todos, y el amigo más bueno, cariñoso, franco y honrado de todos también. Ojalá sepa yo corresponderle, que querer, bien sabe Vd. como lo quiero. Si me escribe Vd., en el Ateneo recibo su carta. Quiero leer su libro enseguida que pueda y gozar con él y estudiar y pensar y aprender en él. Allá le va un fuerte y cariñoso abrazo

Paco Antón

¡Ah, conste que vengo al Ateneo únicamente porque tengo libros y comodidad!

CMU A 4, 32-6, n.º 30

3. Apareció en 1908. Antón reseñó la obra en *Ateneo* 5 (1908) 276-8.

4. Rodrigo Soriano (1868-1944), político y periodista, que sería desterrado por la Dictadura junto con Unamuno.

Maestro y amigo queridísimo: Al salir de Madrid le puse a Vd. una postal ¿llegó?

Apenas recibí su libro pensé escribirle, pero decidí esperar a que saliesen en *Ateneo* unas cuartillas que había hecho para enviarle mi carta con la revista. Se nos puso por medio Espronceda con un número extraordinario y el artículo mío no saldrá hasta el 20, lo menos, de este mes.

Yo no he hallado la placidez que dice en sus *Recuerdos*¹. Aquello es la infancia atormentada de un hombre que ha de ser un eterno desgarrador de sus propias entrañas. Vd. —eso digo en el artículo— se ha propuesto meter su poco corvo en su propio pecho, para investigar y conocer Vd. mismo sus entrañas y para mostrarlas a los demás y para gozar en la investigación y en el propio martirio. Y hacía falta que llevara Vd. su pico hasta lo más hondo del corazón, hasta la niñez y raspara Vd. aquellas blanduras y sufriera Vd. el dolor más acerbo. Ya está hecha la obra. Tormenta hay allí, en aquella crisis mística, en todo el libro: porque es eso: una investigación, un análisis. Y después maestro, dice Vd. en aquella parte de vidente, en aquel capítulo magistral, cuando observa sagacísimamente que la humanidad, después de los *negocios* de la Edad Media y del Dante, vuelve con Goethe a la Helena homérica, a la infancia pura de la vida, que Vd. ha vuelto también, ya en lo adelantado de su vida, a su infancia homérica y suave... Yo digo temporalmente. Pronto volveremos a ver al maestro más atormentado y más sumido en su auto martirio. Si quedara uno definitivamente en su poema homérico...

En fin, maestro, su libro es de tormento y es enorme para los que sepan leer y pensar. Lo que no tiene es acritud, sino dulzura y suavidad. Esto es lo que las gentes han llamado apacible y sereno. Tengo ganas de que salga mi artículo para que Vd. me diga qué piensa de él.

Estoy deseando verle a Vd. y oírle. Otro día le hablaré de mí. Escríbame Vd. pronto. Por Benito Valencia le mandé un abrazo. Ya le hablaré de Madrid y de sus ranas y renacuajos. No hay más que un pastor —Miguel de Unamuno— y un rebaño; todo lo demás es rebaño. Pero yo me enorgullezco, porque soy de los que más fielmente y más cerca le siguen.

Un fortísimo abrazo

Paco Antón

Zamora 9 Abril 1908

CMU A 4, 32-6, n.º 32

1. *Recuerdos de niñez y de mocedad* de Unamuno (1908).

Mi queridísimo D. Miguel: Pensé ir a Salamanca el sábado pasado. No se realizó el viaje, pero ahora me propongo ir un día cualquiera. No le digo cuándo, porque depende de mi salud. Llevo una semana bastante débil, con el estómago enfadado. En cuanto me vea bien, voy a charlar con Vd. un día.

Ayer se me presentó otro maestro con un amigo pidiéndome una recomendación... para Vd. Perdóneme Vd. me he quitado de encima, a unos cuantos ya, pero al de ayer, por venir con ese amigo, no me fue posible. Yo lo que quiero es que Vd. vea lo que hago forzado y temiendo molestarle.

Ahora releo detenidamente el *Quijote* de Vd. no me ocupo más que en eso, pero hago la lectura sosegadamente y meditando.

Estoy deseando que me lea Vd. sus nuevas poesías ¿Cuándo salen? el día que vaya, espero una lectura de ellas ¿Y el prólogo? si lo tiene Vd. hecho, ya me lo leerá ¿no es así?

Tengo que contarle cosas de Madrid. Está aquello famosísimo. ¿Qué han dicho de sus *Recuerdos*? no leo periódicos ni revistas ¡aún no sé si ha salido en *Ateneo* el artículo mío!

Cuando salgo de la casa es al campo. Me paso las tardes paseando. De espíritu... estaba bien. Mire Vd., en Madrid, no sé por qué, acaso por más aislado, me hallaba mejor. Me trataba sobre todo con pintores y en el museo del Prado y en los estudios lo pasaba bien. Vivía casi en el campo; hacía vida agradable, *a toda luz*. Aquí me agarra la tristeza enseguida. Luego, la incertidumbre de mi destino, lo brumoso del porvenir, todo indecisión... La repulsión que siento por mi carrera es invencible. Decididamente, aunque pasase hambre, no seré notario ni juez.

Es algo invencible, sí. Coger un libro, un código y ya estoy loco, me zumba la cabeza, no puedo retener aquellos casos... Y no sé qué será de mí.

Esto me atormenta mucho. Me veo adelantado en la vida y sin ganar el pan. Sólo en la carrera consular hallo empleo agradable y aquí no puedo prepararme... En fin, no sé.

Ya hasta que le vea ahí. Estoy deseando fortificar el espíritu oyéndole, querido maestro. Sabe cuánto me alienta y cuánto le quiero y admiro.

Un fuerte abrazo

Paco Antón

Zamora 1 Mayo 1908

Iré también a Valladolid, no sé si antes o después que a Salamanca.

CMU A 4, 32-6, n.º 33

Queridísimo Don Miguel: Llego ahora mismo de Valladolid y me encuentro la credencial del maestro ése y un bálsamo de Vd.

Sólo unas líneas de gracias y de perdón por molestarle con esas cosas. Me caigo de sueño y por eso no le escribo más largo. Además espero a ir a Salamanca.

Yo, cada vez más descorazonado y más alicaído.

Rojas me escribe desde Bolonia; me dice que ha sabido de Vd. hace poco. Royo me dio recuerdos para Vd. Creía que iba a Salamanca directamente ahora yo.

Con que hasta muy pronto y un fuerte abrazo.

Paco Antón

Zamora 10 Mayo 1908

CMU A 4, 32-6, n.º 34

1. Pudiera ser Ricardo Rojas, quien publicó en Buenos Aires en 1908 en *Retablo español*, «Retrato de Unamuno con Salamanca al fondo».

Mi queridísimo amigo Don Miguel:

Hoy he sabido su desgracia¹. Y atropelladamente le escribo, con todo el cariño y con toda la sinceridad de que soy capaz.

No sé qué decirle, ni realmente hace falta predicarle a Vd. fortaleza, cuando es uno de los espíritus más fuertes y mejor templados de España.

Y me hace imaginar su pena, no sólo el conocerle a Vd, sino también el haberle oído un día hablar de su madre de un modo que no he olvidado, con una devoción tan hondas, con un orgullo por ser su hijo, tan profundo, que me impresionó extraordinariamente.

Si tiene Vd. buenos amigos, fieles, devotos e incondicionales, yo soy de ellos, yo soy de los primeros y a nadie concedo que lo sea más que yo. Baste esto.

Querido Don Miguel, Vd. sabe lo que me apenan sus duelos y lo sinceramente que siento sus desgracias.

Que de esta nueva herida brote la herida de ella, que será dolor, pero también de fortaleza y de enseñanza para los que le siguen.

Un cordial abrazo

Paco Antón

Zamora 19 Agosto 1908

CMU A 4, 32-6, n.º 35

1. La muerte de la madre de Unamuno.

Mi muy querido amigo Don Miguel:

Hace, creo que años, que no se de Vd. He ido a Salamanca y no estaba Vd. en ella cuando fui. Yo mismo me he zambullido en una soñarrera, y paso los meses medio dormido. Después, medio enfermo a veces; con la cabeza débil y el oído con sordina... Han pasado desde mi última carta a Vd. mil cosas y debí escribirle, por ellas, y por saber de Vd. también y para preguntarle por qué se olvidaba de tan buen amigo como yo soy. De hoy no pasa y allá le va esta fe de vida y de amistoso e invariable afecto. Bien sé ni era preciso decírselo.

Leo ahora muy poco. No sé si será consecuencia de ser concejal¹. Así, que son pocas las cosas que llegan a mi noticia. Y como, luego, aquí no hay librerías, —lo cual no sabe si será bueno o malo— va el tiempo rodando sin que aparezca ni la tentación.

Si quisiera contarle algo, veo que tendría que dejar en blanco el papel. Es tremendo; echo la vista atrás, buscando un suceso de esta mi vida de ahora, o de la vida de este pueblo, y no hay nada que decir. Vd. en cambio tendrá bien jalonado el tiempo este inmediato, que ha pasado. Cuénteme, pues.

Tengo que darle unas cuantas enhorabuenas. Todas juntas se las envío y, con ellas, la confesión de que, en cada momento y en cada caso que las requirió, pensé escribirle largamente. Pero desgana y tristeza y pereza me arrancaban la pluma. Perdóneme.

No deje de escribirme; que espero su carta.

Y siempre su amigo cordial y verdadero, y siempre su admirador devoto, le abraza

Paco Antón

Zamora 24 Diciembre 1909

CMU A 4, 32-6, n.º 36

1. Fue elegido en 1909.

16-1-1910 Zamora

Mi muy querido amigo Don Miguel: Sí que tenía ya ganas de una carta de Vd., así, larga y nutrida.

Ya le cantaba el «Yo pecador», en la otra mía, pero hoy repito la cantata, pues yo debí escribirle también.

Bueno, dejemos esto. Primero hablemos de lo que anuncia Vd. de sus obras. Tengo deseos de conocerlas, de leerlas, de meditarlas. El drama tiene que ser una hermosura, porque ese choque familiar de espíritus opuestos, que sin embargo son unos hijos de los otros, es de un formidable interés y de una potencia enorme. Y la pieza, aquella del hombre —literato y de la mujer— mujer, es de una originalidad que acaso sorprende.

Y sorprenderá porque no hay muchas mujeres así. Sin embargo, hay algunas. Y esa es la mujer tipo. Acaso nosotros comprendemos mejor que ellas que las letras y el «humor», de ellas son un gran enemigo de la esposa, cuando el artista es sincero y hombre de corazón. Bueno, la gente no se forma idea de esto. Ya lo verá Vd. Es decir, Vd. lo sabe mejor que nadie. Nos ha acabado de vulgarizar el teatrillo ése de Quinteros y compañía y de entontecer el de Benavente. Las cosas claras. Bueno, pues váyale Vd. al público de Madrid con nada que no esté trazado y compuesto por los manualitos suyos.

Y esa pieza sorprenderá. Será buena para que las mujeres se formen cuenta cabal de lo que son las obras de arte para ellas, las esposas de los artistas. Pero no se formarán idea ninguna, ni los mismos artistas tampoco.

¿Dice que *La princesa Doña Lambra* está ya en Lara? ¿Cuándo se da?

Porque no sé si iré a Madrid pronto. Aver si podía verla. Al menos, ésta y las otras las leerá. ¿No es así? ¿Y *La Esfinge*? ¿Esta imprenta?¹.

Que quiero leer *La princesa*; me interesa el cuento y sobre todo el anuncio que Vd. me hace de ella como cosa poética y melancólica. Sí que trabaja Vd. de firme. Dice Vd. verdad: El trabajo es consuelo divino, pero yo amo el trabajo inactivo más que el activo, el trabajo de aturdirse y olvidarse, pensando y planeando cosas que no se hacen. Es decir, que la labor de escribir, la material, la mecánica de mover la pluma y llevarla sobre el papel y leer después lo escrito y corregirlo... eso es lo que se me hace imposible. El trabajo consolador y dulce es ése, de escribir los libros en el alma y dejarlos allí y que se pierdan; crear más fantasías y dejarlas también.

1. Pudiera tratarse de *La Esfinge* (1898), estrenada en 1909. *La Princesa Doña Lambra* es de 1909.

Dígame Vd.; ¿qué cree Vd. que podría hacerse desde una concejalía? Dice Vd. que acaso otro que no fuera yo podría hacer mucho. Y yo quiero cumplir con mi deber, es decir cumplir hasta con lo que no es mi deber, porque para lo otro estamos acostumbrados a que baste con ser persona decente. Porque si hay tanta vulgaridad en todo, dígame Vd. la que había en estas cosas. Y me basta Vd. de rehacer el ambiente para que no me coma y me anule... Podemos rehacer el ambiente de nuestro cuarto, de nuestra casa, formado para nosotros y ser él un elemento creado por uno mismo, pero este ambiente de un pueblo, o, mejor, de una raza. Es la eterna huella. El medio impone su tiranía e incumbe el inadaptado. Yo no sé si a fuerza de voluntad y de trabajo puede oxigenarse un aire hidrogenado... Además, D. Miguel, yo no creo que pueda haber esa reconstrucción de ambiente, cuando bajo la vulgaridad y ramplonería, no duerman cualidades primitivas estimables. Y de que las hay, vamos a dudar un poco.

Seguramente que entre los salvajes los hay ramplones y no ramplones. Yo creo que nosotros fuimos siempre los primeros. Hay que averiguar en que época aparecen los primeros dibujos de rellenos y caballos en las cavernas de España; a ver si antes no habían aparecido en otras cavernas extranjeras. Y, si el vulgo no fuera tan vulgo, era de alabar que fuera indisciplinado, pero vulgo indisciplinado es intolerable. Pues bueno, hay que perder la esperanza en desvulgarizar a la gente, pero no en disciplinarla ¿Cómo? aunque será a latigazos, como los negreros, como los cómitres: hay que encerrarlos o ser más que ellos, juntos. Ya voy viendo el modo de rehacer el ambiente. Lo triste es que, si comenzamos ahora, gozarán la nueva era nuestros bisnietos.

¿Democracia? eso es una deformación de lo natural. Nacemos y somos aristócratas por naturaleza: unos para amos, otros para siervos, porque sí. Y por eso anda el vulgo indisciplinado; por esa deformación; Ellos, que estarían tan pacíficos, si no les hubieran dicho que podrían ser señores.

Y ¿sus versos? ¿Y sus Tratados?

Amplíeme Vd. lo que me dice de su estudio sobre el estado actual del catolicismo en España, ese trabajo que da en *Rinascimento*².

Y vuelvo a mi soñarrera, hasta que me saque de ella una nueva carta de Vd. Que venga pronto.

¡Ah! Mi oído peor que nunca y mi cabeza al compás del oído. Un gran abrazo, de su siempre amigo

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 37

2. Revista modernista italiana a en la que colaboró Unamuno.

CARTA POSTAL

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Maestro queridísimo: No le escribí antes, porque esperaba a que publicasen en *Ateneo* lo que he hecho sobre su libro extraño.

Hoy salgo para Zamora. Lo de *Ateneo* saldrá en este mes. Ya le escribiré. A ver si nos vemos pronto. Le abraza

Paco Antón

Madrid-15-Abril

CMU A 4, 32-6, n.º 31

Querido Don Miguel: ¿Qué es de su vida? no sé de Vd. hace siglos. Dudo hasta de que anda Vd. por Salamanca, pero ahí le escribo ¿No le llegó mi carta última?

Hoy sólo dos líneas para un asunto en el que tengo interés.

Creo que tiene Vd. buenos y altos amigos en Buenos Aires ¿Podría llevar una carta de Vd., para alguno de esos señores un amigo mío que va a la Argentina?¹ Igual ruego creo que le hará Andrés Cardenal, para la misma persona, que es un muchacho de aquí, joven excelente, perteneciente a familia de antiguos industriales zamoranos, muy competente en cosas de contabilidad y teneduría de libros. Estas labores las ha hecho siempre en la propia casa de sus padres, que tienen en Zamora almacenes y fábricas de harinas, negocios de trigos, etc. El muchacho es recomendadísimo por todos los conceptos y de gran competencia en los asuntos que le indico a Vd. Cualquiera que allá le diese labores de esa índole quedaría satisfecho.

Yo le ruego, pues, amigo Don Miguel, que, si le es posible, escriba esa carta de recomendación. Le garantizo que ese joven mi amigo lo merece.

Me parece que José Cardenal, hermano de Andrés, va a Salamanca uno de estos días. Acaso él le dé a Vd. más noticias y recoja la carta, si tiene Vd. la bondad de escribirle. Espere, pues, a que Cardenal le recoja.

Yo ando ahora metido en arqueologías y cosas de ese jaez. Tal vez dé ahora una monografía sobre un templo de aquí. Se la mandaré. Por *lo demás*, del todo adormilado. Creí que podría no ocuparse en cosas del municipio, y ya veo que no puede ser, a menos que se escandalice al gallinero. Y el gallinero es cosa sagrada e inviolable. De modo que cada día más hundido y haciendo una renunciación a cada minuto... Y cada día más sordo.

Esto, querido maestro, es definitivo. Y con el oído se va hasta el recuerdo de haber querido protestar alguna vez. ¿Cuándo viene Vd. a Zamora?

Escríbame largo y hábleme de sus escritos y meditaciones.

Gracias por lo que le pidó y siempre muy su amigo, que le admira y le abraza

Paco Antón

Zamora 16 Abril 1910

CMU A 4, 32-6, n.º 38

1. Ese amigo se llama Ignacio Alonso y Alonso

Querido Don Miguel: Quise contestarle a Vd. enseguida. No sé por qué no lo hice. Ni me chocó ni me contrarió su carta respondiendo a la mía de recomendación. De sobra veo la situación de Vd. y el sofoco de mil demandas de esas le acusarán, y también los disgustos que le habrá causado la conducta de recomendados poco dignos. Sí, amigo y maestro, no me chocó ni me contrarió su respuesta. Además se ve que Vd. hace siempre lo que debe hacer. Y ésta para mí es una razón suprema siempre: explicación táctica que me doy a mí mismo, y que no debe discutirse en el pensamiento. De modo que no necesite Vd. decirme nada de ese asunto, porque yo me adelanto a afirmar que hace Vd. bien.

De lo que sí tengo deseos es de que nos veamos: que Vd. venga por aquí alguna vez o que yo vaya por Salamanca, para charlar y para que me lea Vd. versos y dramas y sainetes.

Las estrofas que me copia: «Cambieemos nuestras cruces», no sólo intentan sino que lo consiguen, separar el ritmo de la rima. Y, es, además, con alarde de desprecio a la rima: con verdadero derroche de consonantes, que resultan inútiles como consonantes y utilísimas como palabras que expresan o contribuyen a expresar ideas. Y, verdaderamente, eso es dar a las palabras su justo valor, despreciando la rima. Es decir, «como palabras sois preciosas, como consonantes sois despreciables, pero, para que veáis, gentes ramplonas, que tengo consonantes, aquí, donde no consonan, las pongo; donde no consonan (o consuenan), pero donde son necesarias par la expresión y el ritmo, que es su valor verdadero». ¿No es así, Don Miguel? pues bueno, ya verá Vd. cómo esas genticas se asombran y se quedan con los ojos redondos y abobados. Pero aún más los ha de dejar el fondo de la composición y el de los otros que llevaré el libro: ésta es de una profundísima enjundia y de un altruismo incomprensible hoy: la hermana del dolor; la participación en el dolor ajeno, que es consuelo del propio; y descanso la carga de la extraña cruz; descanso y consuelos puros y divinos, porque no vienen de un consuelo y descanso ciertos, sino que nuestro amor al hermano y altruismo hacen el milagro de ellos y levantan el ánimo para poder sufrir doblemente por el hermano. Por eso los dos temblores unidos, hacen fuerte la mano del consolante, la mano que temblaba con el propio dolor. Es esencialmente milagroso y portentoso ese renacimiento de fuerza, gracias a la fuente viva del amor al prójimo. Bien, y todas estas cosas se hallan tan lejos de las gentes...

La Fedra moderna sería un hallazgo¹. Tiene la vitalidad más enorme que puede soñarse esas fábulas de los grandes trágicos griegos. Y es que no son suyas: son de la humanidad. Se incubaron y dieron su fruto, por primera vez, cuando aquellos hombres privilegiados las hicieron suyas y luego, siguen y seguirán fructificando. Yo no sé si se ha aprovechado la fábula de Fedra en castellano. Y es de un

1. Drama unamuniano escrito en 1910.

infinito dolor y de una infinita verdad, que es la más triste. Dice Vd. la verdad: infinita tragedia sería la de una mujer enamorada de un impotente.

Y sigamos en nuestro destierro. Ya no me quejo: me resigno a vivir así. No escribo. Ahora publico esa monografía. Se la enviaré en cuanto esté impresa. Si pudiese colaborar en algún periódico grande de América, lo haría con gusto. Dígamelo Vd.

He visto anunciado no sé dónde un libro de Vd.: *Mi religión*². Aquí no sé si llegará. Hábleme Vd. de él.

Y adiós. Le supongo archimareado con las cosas de las elecciones a senadores por la Universidad.

Hasta su carta.

Le abraza

Paco Antón

Zamora 15 de Mayo 1910

CMU A 4, 32-6, n.º 39

2. *Mi religión y otros ensayos*, en que recoge escritos de 1904 a 1905 editados en *La Nación* y en *Los Lunes del Imparcial*, *Obras completas II*, 257-367.

Muy querido amigo D. Miguel:

Su postal me trae un gran alegrón. Al fin viene Vd. por acá.

Yo creo que no habrá dificultades para eso del alojamiento. Si Vd. quiere, yo veré a ver en los hoteles, con anticipación. Dígamelo.

Y también la hora en que llegarán Vds. el miércoles. Supongo que será a las dos de la tarde.

Traiga Vd. el libro de sonetos¹ y más cosas que estén en el telar. Y veremos estas viejas piedras y estas mudas tierras de nuevo.

Y apreciará Vd. lo infinitamente sordo que me he quedado. Es cosa perdida.

En fin, avíseme para lo que le digo y gracias por este alegrón de su visita.

Hasta el miércoles, pues. Y un gran abrazo.

Paco Antón

Zamora 9-IV-1911

CMU A 4, 32-6, n.º 40

1. *El Rosario de sonetos líricos* apareció en 1911.

Querido Don Miguel: gracias, por su postal, que me cogió en plena calentura. Cuando llegué a casa, el lunes pasado, me acosté y hoy, desde entonces, me levanto por primera vez. Como Vd. ve no ha sido sólo aprensión: ocho días de cama me ha costado y aún no estoy bien.

Me dura todavía el catarro gripal, que ha sido bueno.

Bravo por el soneto: «solo florece el agua que está queda». Sólo florece, sí, el agua estancada y posada, como sólo florece lo que se posa y se duerme; hasta las palabras que nos decimos y hacemos posar en lecho del alma son las que florecen y fructifican, no las de la vena fluyente y suelta, que corren y brincan y tienen rumor de vida; las que viven son las otras, sin rumores ni murmullos... El soneto es muy hermoso: «sin el amargo pasto del mundo» y la «celda arca»¹,...

Admirable de par de sosiego, de lentitud apacible, de descanso en el apacientar la visita por «el verdor de la comarca»... hermosa poesía.

Ahora, venga pronto el poema largo que hable de la Granja de Moreruela. Yo, en cambio proyecto *meterme* con el dueño de las ruinas aquellas. Si hago algo, ya se lo diré a Vd.

Sé que se celebró la velada del P. Ojeda, pero no tengo noticias ninguna. Démelas Vd. y además también, deme noticias de lo que hace y proyecta; y mándeme versos.

Yo, en cuanto pueda salir de casa, que será dentro de cuatro o seis días, pasearé y andaré por el campo. Voy a regenerarme, al sol y al aire. Y a alegrarme también ¡caramba! que ya estoy harto de tanta murria y de tanto alicaimiento. D. Pascual² será mi norte de ecuanimidad y de «cara a la vida».

Y voy a tirar al diablo todo lo encuadernado y sin encuadernar que vea y a no leer ni escribir, ni pensar ¡Benditos sean los analfabetos!

Ni le escribo hoy más, porque me mareo aún. Perdóneme. Ya le avisaré cuando se proyecte otra excursión.

Salude Vd. a D. Pascual y pregúntele qué es de su vida.

En suma, mi arrechucho de gripe ya pasó. Tuve fiebre seis o siete días y me abatió mucho, pero ya parece que salimos.

Escriba; perdone que tardase estos días en contestarle y reciba un abrazo de

Paco Antón

Zamora 25-IV-1911

CMU A 4, 32-6, n.º 41

1. *Obras completas* VI, 497.

2. D. Pascual Meneu, catedrático de Salamanca.

Querido Don Miguel: Le escribo poco antes de tomar el tren para ir a Rioseco. Ya estoy valiente. Ahora, allá me reharé mas. Voy a pasar unos días de aire bueno y de alegría.

Sus sonetos «Soledades de mi alma.» y «Me voy de aquí...» son estupendos. De los cuatro que han venido, estos dos me parecen los más hermosos; y «Sólo en mi monte...» tiene una hosquedad dura y terca, una valentía bizarra y libre y una enjundia enormes. Ya me mandará más, que quiero leerlos. Traen un aire de fuerza y de energía, de afirmaciones rotundas y altivas, que es bueno sople por estos ambientes. El soneto «Me voy de aquí...» es admirable:

«si esta cárcel por otra al fin no trueco
en mi vacío acabaré de hundirme»

Está bien de verdad.

Ahí le devuelvo el artículo de *La Nación*.

Es verdad: tiene Vd. razón: hace falta un Ruskin, que descubra estos lugares viejos. Zamora está vista como hay que verla. De Zamora creo yo que puede escribirse mucho. Pero ¿no es mejor ver y sentir y emocionarse y meditar y cantar bajito, para uno solo, todas las emociones que producen estos lugares? y no describirlos, ni acaso comentarlos... Yo cada vez le voy comiendo menos importancia a la palabra, ni hablada ni escrita. La verdad, el espíritu está en lo que nos inspira o lo que nos emociona... Pues dejarlo allí, que esté allí, escondido, obrando... Los paisajes más hermosos serán los no descubiertos, los no descritos, lo no profanados... Además, todo resultará un forcejeo, un debatirse contra el imposible, al querer trasladar ese espíritu,... Lo mejor es ver, sentir, comprender... y luego... recordar...

Bueno, Don Miguel, esto sea una hipócrita defensa de la vagancia... Yo lo sospecho tímidamente...

¿Por qué no reproduce Vd. *Zamora* en algún otro libro que dé, donde quepa? porque debe conocerse por aquí, en España o reproducirla en un periódico español.

El párrafo «En España se enfría y apaga el culto al pasado...etc.». Vale un libro de comentarios... Es verdad: «las esperanzas se fraguan con recuerdos»

De verdad le agradezco que me haya Vd. hecho conocer el artículo. Zamora, sus piedras, su alma su vejez sus recuerdos petrificados, vivientes, erguidos aún y demoronándose, lo merecen todo. Pobre Zamora esta de los usureros, de los acieiros, de los advenedizos, de los pobres de espíritu!

Latigazos sería poco para despertarle ¡Si sirvieran, al fin, para despoblarla y dejarla desierta! entonces sí que sería hermoso este viejo solar!

Adiós, querido D. Miguel

A Meneu, muchos recuerdos. He de escribirle.

Ya le avisaré, si se proyecta alguna excursión.

Le abraza

Franciso Antón

Zamora 5-V-1911

CM A 4, 32-6, n.º 42

TARJETA POSTAL

Rioseco 8-V-1911

Sr. D. Miguel de Unamuno

Salamanca

En Rioseco, ya, querido D. Miguel y totalmente bien. Estaré aquí aún unos días. Acaso yo también haga versos... Si los hago... no sé si enviárselos o romperlos... En fin, hace un sol espléndido, y hay una soberana sequía en estos campos llanos y floridos.

¿Recibió Vd. mi carta, con el artículo *Zamora*?

Adiós y lo abraza

Paco Antón (1911)

CMU A 4, 32-6, n.º 43

Querido Don Miguel: Por un verdadero compromiso tengo que ir mañana a esa con Doña Carmen Tapia, que quiere hablarle a Vd. del asunto de la Dirección de esta Escuela Normal.

Le escribo antes para que no le extrañe a Vd. mi presencia, con dicha señora. Un tío carnal mío me pide este favor de que la acompañe a verle a Vd., y yo quiero darle esta explicación. Vd. hará siempre, como siempre lo hace, lo que sea justo. Hágalo ahora también. Y con esto está explicando lo que puede significar mi presencia y mi viaje, al que me obliga el afecto que debo a mi tío, que me lo pide.

En suma, es un compromiso mi ida ahí. Perdóneme Vd. y ya sabe que lo que Vd. piensa en este asunto, lo pienso yo, y hallo sus decisiones, porque sé que son justas. Así, pues lo que Vd. crea conveniente, eso creo yo.

Perdón otra vez y hasta mañana, que tenga el gusto de verle. Sólo siento el motivo del viaje. Puede Vd. calcular cómo voy.

Guarde reserva de esta carta, se lo ruego.

Hasta mañana, pues, le abraza

Paco Antón

Zamora 16 Mayo 1911

CMU A 4, 32-6, n.º 44

Querido Don Miguel: Qué honda poesía resignada y melancólica tiene su soneto «Mi acedía del hogar, ¡oh mal de casa!» lo he releído mil veces, en silencio, y cada vez me parece que dice algo nuevo... «ese ensueño de encanto de la huerta cerrada del hogar... Y sugiere una meditación todo él. En este soneto, la inquietud de vivir late también, pero me parece hallar una consolación para ella en algo que flota sobre los catorce versos: la inquietud vuela pausadamente como si fuera a pararse y a reposar. Y es que la «acedía del hogar» el «mal de casa» son una dulce acedía y un pausado y buen mal, acaso también los únicos que pueden aplacar la inquietud.

Y, diga Vd.: ¿nos conocemos mejor cuando el insomnio nos agarra, o cuando soñamos que somos reyes o papas, y nos despeñamos de una torre abajo, cuando inquirimos mejor la hondura de las cosas, despiertos a las altas horas, o soñando con los nervios desatados y la máquina cerebral loca? y sobre todo, cuándo vivimos más? Al despertar de uno de esos sueños de pesadilla, tiene uno tal cansancio de espíritu que parece que ha pasado un siglo desde la noche al amanecer; y bien: ¿ha pasado, acaso, ese siglo?

Y ¿qué hemos de hacer sino, forzosamente, esperar a ver si sale «nuestro sol», aunque la vista acabe esperándole? es verdad: «nadie sale cuándo sale su sol», pero si otro sol que salga no es nuestro sol ¿qué hemos de hacer? el sol que no sea nuestro, ¿puede servir para alumbrar nuestra vida?

No hallé otro consonante en «oveja», fuera de los que Vd. escribía, que toronja, pero éste creo que no le servirá de nada.

Estoy leyendo a Rabelais. No conocía sino alguna cosa suelta y citada de segunda mano, de este hombre.

Envié más sonetos.

Meneu me puso una postal diciéndome que se marchaba al África. Le tengo envidia. Por salir de aquí, me iría yo al quinto infierno.

Tengo que envidiarle el libro de Mogrobejo¹; tal vez aproveche el viaje de cualquier amigo a Salamanca, para que él se lo lleve a Vd.

Esto de las excursiones está completamente parado. Cuando haya alguna, le avisaré. Le abraza

Paco Antón

Zamora 10-VI-1911

CMU A 4, 32-6, n.º 45

1. Creo que se refiere a la monografía sobre el escultor bilbaíno Nemesio Mogrobejo, muerto en 1910, debido a la pluma de Juan de la Encina.

Círculo de Recreo

Valladolid

9-II-1913

Querido Don Miguel: No sé cuánto tiempo hace que no le escribo a Vd. Perdóneme. Mejor hubiera querido charlar con Vd. y pedirle consejo en muchas cosas. Hago intención de verle pronto.

Estoy, hace ya medio año, en Zamora y, ahora, de dos días acá, en Valladolid, para marchar mañana otra vez a mi tierra.

Y aquí recibo hoy una carta apremiante de Jacinto González Justel, un amigo mío de Zamora, pidiéndome que le recomiende a Vd.

Por lo que me dice, aspira a la plaza de ayudante de la Sección de Letras en el Instituto de Zamora. Son dos los aspirantes y creo que el que tiene servicios y méritos es este González Justel. Quería que si ello es justo, le proponga Vd. en el primer lugar para la plaza.

Yo tengo mucho gusto en recomendárselo así, pero siempre que Vd. estime de justicia la pretensión y sólo así.

Ya le escribiré a Vd. largo o le veré a Vd. Leo mucho de lo que publicará Vd. en *El Especial y Mundo Gráfico*. Otras cosas, no, porque estoy en Zamora cada vez más aislado y encerrado en casa.

Perdón otra vez, querido Don Miguel

Un fuerte abrazo de

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 46

TARJETA POSTAL

Sr. D. Miguel de Unamuno
Salamanca
Zamora 27-Mayo-1913

Querido Don Miguel: ya no (iré) mañana, pues no me es posible, estaré ahí un día cualquiera, cuando menos me lo espere.

Quiero charlar mucho con Vd. y escucharle sobre varias cosas. En la fiesta del Ateneo estoy con Vds. Otro día voy a pensar ahí 24 horas o más acaso y muy pronto: en cuanto tenga libre un día. Salude a los amigos.

Un cordial abrazo para Vd. de

Paco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 47

Caserío de Pozo-Pedro (Rioseco)

8-IX-1914

Sr. D. Miguel de Unamuno

Querido maestro: Aquí, a este caserío en medio del campo, me ha llegado la noticia del estupendo e inconcebible atropello de lo que ha sido Vd. objeto¹. Es incalificable.

Yo no se lo que hará «la España intelectual» (?) en este caso. Pero si hay una España celosa de sus prestigios y de sus glorias, ella debe ser la que levante el grito, la protesta.

No caben atenuaciones a lo hecho, para los que, como yo, le conocen a Vd. de verdad; para los que sabemos qué íntegra, clara, firme y provechosa era la dirección de Vd. en esa Universidad y en esa provincia universitaria. Bien puede afirmarse, sin adulación ni hipérbole, que provocó Vd. en esa Escuela y en esa ciudad un verdadero renacimiento.

No se trata ahora del polígrafo eminente; se trata del Rector, que lo ha sido tan bueno como no volverá a conocerlo la Universidad. Esto es lo que hace falta que sepan todos, desde el ministro hasta el último.

Ve Vd. en mis palabras y en mis sentimientos la protesta más calurosa, ferviente y sincera contra lo hecho. Bien sabe Vd. qué de corazón le hablo.

Y reciba un abrazo cordialísimo del más fiel de sus admiradores y de sus amigos

Francisco Antón

CMU A 4, 32-6, n.º 48

1. La destitución como rector de la Universidad.

Caserío de Pozo Pedro
Medina de Rioseco
24-Julio-1923

Querido amigo Don Miguel: Llegó su soneto, fresco y juvenil. Aquí, en este desierto de tierra seca, lo parece más, con serlo tanto. Ese médico, que «además» es poeta, probablemente todo será «además», incluso médico. Poeta es lo único que no se puede ser «además».

Por aquí, en plena faena y en plena sequedad, las tempestades, aquí, son también de tierra, como todo. Cuando se presenta un nubarrón en cualquier punto de la rosa y con cualquier aire, indefectiblemente se desliza sobre el horizonte, para dejarnos su seco, y, si se aventura a pasar sobre nuestras cabezas, es para traernos un tormentazo, que asusta... de polvo, de tierra; nos ciega y nos arroja con tierra, sin una gota de agua,... y se va. Ese amigo de Vd. venía a Castilla «a secarse los huesos»; en «Tierra de Campos vendría a enterrarse los huesos», o a empolvárselos... Pero, en fin, el cielo está siempre bien alto y bien claro, y el sol nos visita puntual y seguro y no hay más que pedir.

Cumpla su promesa de venir en Septiembre a Rioseco y, antes, envíeme algunas líneas, si tiene ganas.

Le abraza su siempre buen amigo

Francisco Antón
CMU A 4, 32-6, n.º 49

Francisco Antón y Casaseca
Valladolid
16-Mayo-1934
Recoletos 16

Querido Don Miguel:

Con el más sincero y profundo pesar por la desgracia que le abruma¹, le envía un cordial abrazo su viejo y fidelísimo amigo

Paco Antón
CMU A 4, 32-6, n.º 50

1. La muerte de su esposa Dña. Concha Lizarraga.

TARJETA POSTAL

D. Miguel de Unamuno
Salamanca

Le espero, querido maestro, avíseme su llegada.
Hace un tiempo espléndido.
Hasta uno de estos días.
Le abraza

Antón
13-Abril
CMU A 4, 32-6, n.º 50 (sic.)